

# Medellín a cuatro manos

# Medellín a cuatro manos

**Ministerio de Cultura**

Dirección de Comunicaciones

**Fundación Gabriel García Márquez para el  
Nuevo Periodismo Iberoamericano – FNPI**

Bogotá  
2012

Ministerio de Cultura  
República de Colombia

Mariana Garcés Córdoba  
*Ministra de Cultura*

María Claudia López Sorzano  
*Viceministra de Cultura*

Enzo Rafael Ariza Ayala  
*Secretario General*

Germán Franco Díez  
*Director de Comunicaciones*

María Orlanda Aristizábal Betancurt  
*Coordinadora Grupo de Políticas e Investigación*  
*Dirección de Comunicaciones*

Ricardo Ramírez Hernández  
*Coordinador Grupo de Gestión y Ejecución*  
*Dirección de Comunicaciones*

Yolima Apolonia García Jaramillo  
*Asesora Dirección de Comunicaciones*

*Foto Portada*  
*Título: Ciudad "Modulación-aleación"*  
*Autor: Nadir Figueroa*  
*Pintura de acrílico sobre tela, canvas, madera*  
*650 X 370 X 300 cm. 2011-2012*

Fundación Gabriel García Márquez para el  
Nuevo Periodismo Iberoamericano – FNPI

Jaime Abello Banfi  
*Director General*

Ricardo Corredor Cure  
*Director Ejecutivo*

Ana Teresa Hernández  
*Directora Administrativa y Financiera*

Carlos Serrano  
*Editor de Medios Interactivos*

César Órtiz  
*Coordinador Logístico*

Medellín a cuatro manos

Cristian Alarcón  
Patricia Nieto  
*Edición general*

Martín Ale  
Sebastián Hacher  
Diego Galeano  
*Editores adjuntos*

Germán Franco Díez  
*Presentación*

Patricia Nieto Nieto  
Cristian Alarcón  
*Prólogo*

*Autores crónicas*

Alfonso Buitrago Londoño  
Lucía Donadío

Alejandro González Ochoa  
Jorge Ignacio Sánchez

María Isabel Naranjo Restrepo  
Carlos Mario Pineda

Ana María Bedoya Builes  
Óscar Roldán Alzate

Juan Pablo Tettay De Fex  
Daniel Gómez Roldán

Juan Camilo Jaramillo  
Ronald Castañeda

María Camila Vera Arias  
Juan Esteban Agudelo Restrepo

Juan Jacobo Franco  
Santiago Restrepo Veléz

María Claudia Mejía  
Jorge Caraballo Cordovez

Julián Roldán  
*Fotógrafo*

*Coordinación del Proyecto*  
*Periodismo Cultural*

María Fernanda Márquez Ramírez  
Catalina Samper Martínez

*Maestros del taller anfibio*  
*de periodismo cultural*

Cristian Alarcón (Argentina)  
Patricia Nieto (Colombia)

*Relatoría taller*

Yolima Apolonia García Jaramillo

*Diseño y Diagramación*

Nelson Mora Murcia

*Con el apoyo de*

Universidad Nacional de San Martín  
(Argentina)  
Revista Anfibia (Argentina)

*Impresión*

Graficas Gilpor S.A.S

ISBN 978-958-753-081-0

Bogotá - Noviembre de 2012

## CONTENIDO

Presentación <b>GERMÁN FRANCO DÍEZ</b> .....	<b>5</b>		
Prólogo <b>PATRICIA NIETO</b> <b>CRISTIAN ALARCÓN</b> .....	<b>6</b>	Juan Pablo Tettay De Fex Daniel Gómez Roldán <b>LA CALLE DEL SABOR</b> .....	<b>51</b>
Lucía Donadío Alfonso Buitrago Londoño <b>EL POETA Y LA CIUDAD</b> .....	<b>9</b>	Juan Camilo Jaramillo Ronald Castañeda <b>SONATA PARA TRES</b> .....	<b>57</b>
Alejandro González Ochoa Jorge Ignacio Sánchez <b>RÍO DE AGUAS CRISTALINAS</b> .....	<b>19</b>	María Camila Vera Arias Juan Esteban Agudelo Restrepo <b>ESTA CRÓNICA BUSCA UN MECENAS</b> .....	<b>71</b>
María Isabel Naranjo Restrepo Carlos Mario Pineda <b>EL MÉTODO PASOLINI</b> .....	<b>29</b>	Juan Jacobo Franco Santiago Restrepo Vélez <b>SEXI, DIVA, NATIVA</b> .....	<b>77</b>
Ana María Bedoya Builes Oscar Roldán Alzate <b>LOS HIPERAMIGOS</b> .....	<b>39</b>	María Claudia Mejía Jorge Caraballo Cordovez <b>“ME SACÓ A BAILAR EL DESTINO”</b> .....	<b>85</b>



# Presentación

En Colombia sigue siendo necesario que el periodismo se acerque a la cultura, entendida como las redes de significación tejidas por los hombres en su larga historia de interrelaciones entre ellos y con la naturaleza, más que como estrategia para fabricar e instalar estereotipos por medio de la publicidad en los medios de comunicación. Al país le haría bien lograr una mayor comprensión del universo de las diversidades que se crean, recrean y conviven permanentemente en sus comunidades y menos la *farandulización* y el mercadeo de los talentos individuales.

En consecuencia, la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura adelanta el proyecto de *Periodismo Cultural* para cualificar su ejercicio en el país. Así, en octubre de este año se realizó en Medellín el *Taller de periodismo anfibio: usos prácticos y sentidos de la ciudad* para provocar una aproximación a las expresiones culturales de una ciudad donde con frecuencia se dejan de ver múltiples maneras de hacer y vivir en la cultura por la sobre-exposición de referentes que ya son lugares comunes.

La novedad de este encuentro de cinco días fue aplicar la metodología anfibia para la construcción de los relatos por parte de duplas conformadas por un periodista y un experto. Tal proceso fue guiado amorosa y pacientemente por los maestros Patricia

Nieto y Cristian Alarcón, quienes desde hace una década bucean en las profundidades de la crónica en busca de estrategias que permitan romper los cánones y proponer experimentos para ver y narrar la realidad según la complejidad de cada momento. Que un cronista y un académico se unan como pares en la investigación y escritura de un acontecimiento supone una fertilización mutua que da vida a un texto descriptivo, narrativo e interpretativo que se acerque con rigor periodístico y disciplinar, y con belleza literaria a las necesidades de información de los lectores.

El resultado de ese trabajo intenso y en contra del reloj es el libro *Medellín a cuatro manos*. Son nueve crónicas escritas por dieciocho personas y un fotógrafo que se entregaron a una vivencia profesional y personal que, sin duda, sacudió sus más firmes certezas sobre el qué, el cómo y el para qué del periodismo cultural en una sociedad en convulsión permanente como la colombiana.

**Germán Franco Díez**  
Director de Comunicaciones  
Ministerio de Cultura

## Prólogo

# De tierra, de agua, de aire, de fuego

*Medellín a cuatro manos* es el resultado de un viaje vertiginoso por la ciudad. Durante cinco días apenas, veintiuna personas nos internamos en el laberinto de calles y de voces que es esta urbe de 2.5 millones de habitantes. Nuestra misión era buscar una ruta de investigación y de escritura para contar cómo la gente construye significados a través de diversos lenguajes. En otras palabras, la tarea era reconocer expresiones de la cultura local y contarlas a través de crónicas cargadas de información, interpretación y virtuosidad en la escritura.

La particularidad de este libro no está en los temas elegidos pues son los mismos que motivan el trabajo de los magazines culturales en todo el mundo. Su novedad se sostiene en la metodología propuesta tanto para el proceso de reportería como para la construcción de las narrativas. *Periodismo anfibio* es como se ha denominado la práctica que provoca un encuentro de conocimiento y creación entre un cronista y un académico.

Lo anfibio es el cruce de los discursos del periodismo hacia las fronteras académicas y de los discursos de la teoría y el análisis hacia las nuevas narrativas. En este sentido, lo anfibio es el elemento sintético de dos metodologías de investigación y de dos lenguajes que, al dialogar, entran en crisis. Los territorios

liberados de las murallas son aquellos que tradicionalmente han sido los espacios de seguridad para cronistas y académicos: investigación, posición de autor, uso del lenguaje, estructura del texto y aporte al conocimiento.

Lo anterior supone la aparición de un ámbito experiencial nuevo para los cronistas y para los académicos. El cronista permite que a su universo de observador del mundo ingrese un intruso que ha de mostrarle nuevas aristas de un tema a través de preguntas que harán más complejo el conocimiento de un acontecimiento. Para el académico o experto, la experiencia anfibia lo lleva al encuentro con una nueva narrativa que lo reta a abandonar su lenguaje expositivo y a ser parte, con su experiencia, del universo de los lectores.

El *Taller anfibio de periodismo cultural. Usos prácticos y sentidos de la ciudad*, que dio como resultado el presente libro, reunió a diez cronistas, ocho expertos, un fotógrafo y dos maestros quienes durante cinco días debatimos, exploramos y escribimos a partir de las siguientes consignas: decir la ciudad, sonoridades, Medellín en cinta, la piel de los huesos, no solo para sostener la cabeza, nuevas cocinas para viejas papilas, ciudadanos vestidos para la fiesta, modos de ver y de mirar, y ¿cómo gestionar todo

esto? Al final obtuvimos nueve crónicas escritas y fotografiadas que cierran el lente sobre sucesos particulares ubicados en un contexto académico de interpretación.

También supimos algo más del método anfibio porque los autores y los maestros nos dedicamos a pensar cómo estábamos haciendo lo que hacíamos. Es decir, miramos críticamente el taller mediante un ejercicio de reflexividad sobre esa propuesta de trabajo intersubjetivo y aprendimos que es en esencia una larga conversación. Se trata de un diálogo sincero que nos lleva a aceptar y asumir las limitaciones, las faltas y los vacíos.

El cronista anfibio renuncia a poseer la totalidad de los datos y permite que ese vacío sea ocupado por la interpretación del experto. El académico anfibio resigna su intención de comprenderlo y explicarlo todo y cede ese agujero para que allí la voz del cronista se haga potente y memorable.

El encuentro anfibio se parece a un juego de roles en el que se propone a los participantes no ser lo que siempre han sido sin dejar de ser lo que son. Entregarse, disponerse, afectarse, resignar las certezas propias para escuchar al otro.

La pareja anfibia solo está completa cuando da a luz a un tercero, que no es otro que una novísima voz que muere cuando se descarga el punto final. El texto queda como huella de la

existencia de una anfibiedad efímera que se hizo carne durante una fascinante experiencia de conocimiento y creación.

La *anfibiedad* es una mirada compartida de la realidad que conduce a textos quizá memorables. Pero, antes que eso, derriba las certezas levantadas por fuera o por dentro de las murallas de las ciencias. Sin muros que separen los haceres y los saberes según los mandatos de las disciplinas, los anfibios quedan expuestos al agua, al sol, al fuego, al desierto, al páramo, al huracán, al terremoto.

Con *Medellín a cuatro manos* presentamos las voces que nacieron de un encuentro fértil entre cronistas y académicos auspiciados por la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura de Colombia, e inspirados por el proyecto de Periodismo Anfibio al que la Universidad Nacional de San Martín, Argentina, y la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano dan oxígeno y alas.

Esperamos que disfruten de estas historias y que se unan al coro de narradores múltiples, transformables, versátiles, plurales, diversos: anfibios.

**Patricia Nieto  
Cristian Alarcón**



*Sin embargo mi padre en sueños me ha contado  
Que es una hermosa trampa de colores  
Con urnas pintadas a pistola  
Y que debo quedarme en casa toda la semana*

Oscar Hernández, "Invitación".

Lucía Donadío  
Alfonso Buitrago Londoño

## El poeta y la ciudad: “me gradué en estos muros”

En la ciudad que en plena guerra contra el narcotráfico sacó a sus poetas a la calle –y cautivó a legionarios colegas de todo el mundo que vinieron a compartir sus cantos– la poesía parece confinada entre muros. La sensibilidad de Medellín, por generaciones volcada al paisaje, a la calle, al barrio y a los conflictos sociales, hoy se puede encontrar encerrada en un garaje.

**Ó**scar Hernández, poeta sin ciudad y sin horario, a cinco días de cumplir 87 años, espera sentado en un sofá en la sala de su casa. De una de las paredes, a su derecha, cuelgan de un clip tiras de recortes amarillentos de las columnas de opinión semanal que ha publicado durante 40 años en el periódico *El Colombiano*. “Papel sobrante” se llama la columna y sus recortes lucen como un tendedero de ropa vieja.

La casa está en un garaje del barrio Belén Los Alpes, en una de las montañas occidentales de Medellín. El poeta espera, sin prisa, como si en realidad le sobrara algo: el barrio, la casa, las horas; cansado de esa ciudad con la que llenó sus columnas por tantos años: de su alarde, de su caos, de su política.

“A mí las ciudades no me gustan –dice desde su sofá–. Mientras más grandes y más hermosas, peores. Son un alarde, una enfermedad y motivo de divergencia y competencia. Les parece mucha gracia tener más habitantes, cuando la gracia es tener menos”.

\*\*\*

Llegamos a la puerta del garaje media hora después de haberlo llamado. Nos recibe con alegría de niño. Uno de nosotros –Lucía, editora de Sílabas– lo conoce desde hace años. Le gusta visitarlo porque lo siente muy solo. Primero no quiere hablar de la ciudad; luego se levanta y busca en su habitación, y regresa con una carpeta repleta de hojas escritas a máquina.

*La ciudad, la ciudad/me ha matado los sueños / su cemento agresivo / su cristal y sus dueños / cada día me gritan que estoy menos vivo...*, lee Lucía con voz de rezo.

Esa casa del barrio Belén Los Alpes, en la que Óscar vivió con su mujer, sus cuatro hijas y su hijo varón, fue atravesada por un muro interior que dejó al poeta recogido en un garaje alargado de unos 40 metros cuadrados. Eso fue hace años.

La casa que había comprado con el sudor de múltiples oficios, y había modificado a medida que crecía su familia, la partió y se las entregó en vida. Alargó el muro del garaje, atravesó la sala y lo llevó hasta el patio. En su lado se quedó viviendo solo.

Al principio dejó una comunicación entre ambos espacios en la parte trasera, pero con la llegada hace siete años de una sobrina venida del sur del país, a quien él acogió, decidió separarse por completo. La explicación que él da es quizás más poética. A lo largo de los años tuvo 28 automóviles, que recibía como pago de deudas y que cambiaba con facilidad, pero un día se cansó de ellos.

–En la ciudad no hay por dónde moverse y como me quedé sin carro me metí al garaje.

\*\*\*

El poeta Juan Manuel Roca (1946), quien preparó una antología de poemas del libro *Las contadas palabras* publicada en 2010 por la Universidad Externado de Colombia, dice que “las nuevas generaciones, como suele ocurrir con poetas escondidos por la niebla de una falta de crítica o por la neblina pasajera de la moda, vuelven ahora sobre los poemas de Hernández y encuentran en él a un hermano mayor, despojado y humano”.

Hemos preguntado y nadie nos da razón de un poeta en ejercicio más viejo en Colombia; Álvaro Mutis tiene 89 años y Rogelio Echavarría 86, pero hace años que no publican. A ese redescubrimiento del hermano mayor de la poesía antioqueña se suman el libro *Un hombre entre dos siglos*, antología de poesía y prosa, publicado por Sílabas Editores y la Alcaldía de Medellín en la colección Letras Vivas (2011), y *Experto en muros blancos*, que publicarán la misma editorial y el Ministerio de Cultura al final del 2012.

Óscar Hernández dice que no hay poetas fundadores de la ciudad: “Quizás Barba Jacob (1883-1942) o León de Greiff (1895-1976)”, dice sin convicción, pero con conocimiento. La vida de Óscar atraviesa dos siglos de letras en Medellín. Es paradójico: es quizás el poeta más aislado con la vida pública más intensa de su generación.

A los doce años fue jefe de la “Comisión de Hormiga Arriera”, en la zona cafetera del Quindío: tenía dos trabajadores a su cargo. Con un hornillo y cianuro aplicaban veneno en las bocas de los hormigueros usando un ventilador. Tuvo un taller de mecánica, un restaurante que se llamaba “Caminito”, un café, un bar. Fue secretario de León de Greiff y cofundador del diario *El Sol*, donde escribían Manuel Mejía Vallejo (1923-1998), Fernando González

(1895-1965) y otros escritores de la época. Trabajó en *El Correo* como cronista, columnista, traductor y jefe de redacción. En *El Colombiano* también tuvo varios cargos y lleva más de 50 años vinculado a esa casa editorial.

El poeta colombiano que más admira es Aurelio Arturo (1906-1974).

–*Por los bellos países donde el verde es de todos los colores...* Él es un verdadero poeta. Yo no pertencí a ninguna escuela, si acaso a la nocturna.

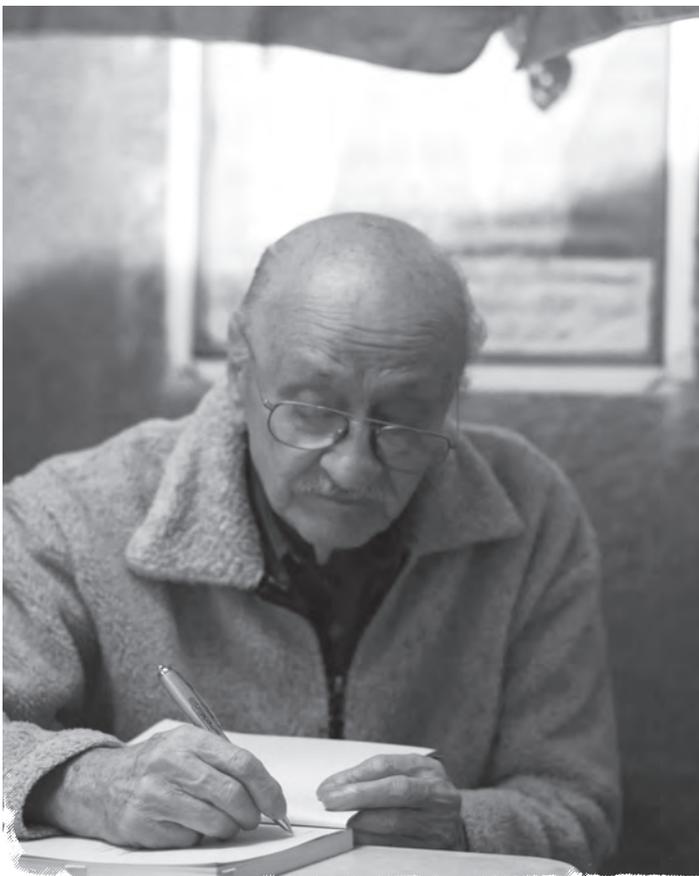
Este año la Universidad Autónoma de Nuevo León, en México, le encargó a los poetas Santiago Mutis y Samuel Vásquez una selección de poetas colombianos para una antología de “los veinte del veinte”. Óscar está al lado de los grandes nombres de la poesía colombiana del siglo XX: Fernando Charry Lara (1920-2004), Héctor Rojas Herazo (1921-2002), Álvaro Mutis.

“Óscar es un poeta necesario –dice Luis Arturo Restrepo (1983), poeta y profesor de poesía colombiana–. Su obra ha mostrado coherencia. Era muy común que los poetas mayores empezaran escribiendo sonetos, pero Óscar desde el principio tuvo una obra contemporánea. Logra equilibrio poético, ir a temas cotidianos y tratarlos con una delicadeza que a otros poetas les da miedo. No se siente artificio, su poesía es pensada, sentida, genuina, muy vital; él es así. Esa reflexión sobre los zapatos viejos, esos poemas: “Cementerio de payasos”, “Invitación”, que están en *Experto en muros blancos...*”.



En la mitad de esta sala. Así lo encontramos, sentado en el sofá, el día que fuimos a visitarlo.

Luis Arturo toma un manuscrito que ha sacado de su maletín y lee: *Cuando muera el último clown / Si es que el amor permite su viaje final / Será un luto universal en colores / Llanto de niños con la nariz encarnada / Con sus trajes de retazos hechos del arco iris / Pero se dice que el último payaso / Ya no está entre nosotros.*



El poeta debajo de la sombrilla de colores y sobre la mesa plástica que están en su patio, firma su libro. Un hombre entre dos siglos, publicado por Silaba Editores y la Alcaldía de Medellín en 2011 en la colección Letras Vivas.

\*\*\*

El poeta no conocía a su sobrina. Ella no sabía nada de Medellín ni de su tío. Óscar hacía años que no hablaba con su hermana –“¿de qué íbamos a hablar?”–. Él tenía 80 años y de ella, de la muchacha, solo sabía su nombre bíblico, Sandra Sansón, y que venía a estudiar una especialización en psicología. El primer día de clase la acompañó a la universidad. Tomaron un bus con un recorrido enrevesado. Sandra, curiosa, preguntaba. Con cada pregunta recibía una sorpresa, como si el recorrido estuviera hecho de giros inesperados: fui boxeador; otra pregunta: fui pescador y futbolista; otra pregunta: fundé el partido socialista de Colombia y compuse canciones.

La curiosidad de la Sansón daba para más, como si en las preguntas estuviera su fuerza. Le gustaba el cine y preguntó por *Rodrigo D*, una película de culto en Medellín, del poeta y cineasta Víctor Gaviria (1955). Entonces Óscar bajó el telón de un recorrido de película: Yo era el papá de Rodrigo y estuve también en *Sumas y Restas*, en total he actuado en nueve películas.

–¿Actor de cine?

–Es más fácil actuar que escribir un poema –le dijo.

La sobrina supo que se quedaría con ese tío. Vivió con él tres años, en un minúsculo cuarto hecho al final del patio. Lo veía cada día, al final de la tarde, cuando ponía en su equipo de sonido una grabación del rosario y rezaba caminando desde el cuarto hasta la puerta del garaje. Óscar no solo se asume como un hombre de izquierda, sino como un ser profundamente religioso. “La revolución rusa no hubiera perdido nada si no tocaban la religión. Habría ganado, en moral, por ejemplo. El hombre es un ser religioso por naturaleza”, dice.

El último martes de cada mes, cuando escribía las cuatro columnas de “Papel sobrante” que publicaría al mes siguiente – todas en una misma noche–, Sandra lo tranquilizaba cuando no encontraba las palabras; a veces, lo acompañaba a la redacción del periódico para entregarlas impresas, porque no confiaba en el correo electrónico.

Hace cuatro años no vive con él, pero Óscar sigue llevando la misma rutina y Sandra sigue siendo su fiel escudera. Lo visita semanalmente, lo acompaña a los eventos literarios en los que participa y coordina su último proyecto: “La casa del escritor”, cuya sede es tan acogedora y esquiva como un garaje: una página de Facebook.

Salimos a la calle y nos sentamos en una tienda. El poeta pide una copa de helado.

–*Light*, por favor –dice.

Come sin parar y saboreándose. Acaba y pide una más.

–*Light... light* –dice como si quisiera estar dos veces vivo. Como si adelantara su cumpleaños para celebrarlo con nosotros. Lo invitamos a salir el sábado para escuchar tangos y celebrarlo, pero nos dice que en casa tiene más de 800 tangos. Con eso le basta. Ama a Gardel desde los nueve años.

\*\*\*

Medellín ha sido tierra de poetas y de cacharrereros –como dice Óscar Hernández– y se enorgullece de tener el festival internacional de poesía “más grande del mundo”. La mayoría de sus habitantes se enloquecen por la poesía durante esos diez días pasajeros. Nos apeñuscamos en auditorios y parques, nos peleamos por un puesto, aplaudimos con más fuerza al poeta que habla en otra

lengua, lejana y desconocida, que a nuestros propios poetas. Óscar dice que es el circo de la poesía y el poeta Jaime Jaramillo Escobar (1932) dice que aquí vuelan los poetas, pero no vuela la poesía.

Durante el resto del año los recitales de poesía son huérfanos. No hay multitudes para esconder el desconocimiento de la poesía que muchos llevan por dentro. A los recitales o presentaciones de libros de poesía vamos cinco o diez personas, entre los que no falta el “loquito” que no sabe en qué verso de la vida está parado. Algunos nos asomamos por la ventana para ver qué pasa adentro, entre esos muros blancos, con curiosidad y miedo; como el gamín que en una ocasión le preguntó al poeta con ojos muy abiertos y un balbuceo continuo:

– ¿Usted fue el que escribió ese libro?

–Sí –contestó el poeta.

–Ah, yo no sabía que los que escriben libros estaban vivos”.

“¿Qué sería de Medellín si toda la gente que asiste al Festival de Poesía leyera poesía? ¿Qué sería del Festival de Poesía si toda la gente que asiste leyera poesía? El Festival está carente de poesía, es un show”, dice Luis Arturo, quien participó en él el año pasado.

Conocemos la Medellín que habita en algunos poemas. La ciudad y sus montañas están en la poesía de José Manuel Arango (1937-2002) –que a Hernández le parece muy conceptual–: *Esta es una ciudad amurallada / entre montañas... Nada en ellas es blando. / No son estas, por cierto, / las formas de una tierra / llana y amable...*

Buscamos a Helí Ramírez (1948), un poeta que narra la ciudad en sus versos, con ese mismo lenguaje que hablamos, sencillo y escueto. Buscamos a sus mejores amigos, quienes lo llaman para pedirle que nos reciba. “Para la semana entrante”, dice. Es un gerente de su tiempo y de su alma, y no deja que se le acerquen mucho. Perteneció a la República Independiente de Castilla y a las Comunas: su barrio, su casa, su ladera.

Visitamos a Helí –del que Hernández dice: “es muy simple”– en las páginas de sus libros; recorreremos Castilla, con asombro y con dolor: *Encima del barrio hay un puente sobre la quebrada esa / bajo ese puente a más de uno le han dado en la cabeza / y nadie ha dicho que ha visto espantos o quejidos...*

En los cientos de talleres literarios que atraviesan la ciudad se lee y se escribe poesía. La de los autores consagrados de aquí y de otras partes, y la de los jóvenes y viejos que muestran esa otra



latitud de la vida en versos, anécdotas, crónicas y cuentos donde siempre hay *poesía*.

Uno de nosotros –Lucía– ha sido jurado de varios concursos, convocatorias y becas locales: casi todos los que se creen poetas escriben un mar tormentoso de palabras vacías o un río contaminado de besos y abrazos que ahogan el amor. Unos pocos abren la puerta de la poesía y traspasan las fronteras de lo cursi; y en silencio van construyendo una obra sin apegos por la ciudad ni por el mundo.

En estos tiempos, pocos poetas escriben sobre la ciudad. Los poemas caminan por otras avenidas, quizás dormidas, como en los poemas de Óscar Hernández: *Duerme la ciudad, pero no duerme la ciudad / Solamente abre los ojos / para atrapar en sus pestañas/los primeros asesinados / aquellos que de un solo golpe / perdieron sus historias sus zapatos / su beso final sellado con la amada saliva / de quien compartió sus lechos / su torta de maíz sus cuatro hijos / y todo aquello que seguirá viviendo / en un olvido al que llaman recuerdo...*

–La ciudad no ocupa un plano fundamental, la ciudad ni siquiera es amada–dice Óscar–. Es el escenario y la denuncia de los muertos. Uno puede

ignorar la ciudad en su poesía. No es ninguna condición ni una ordenanza. La poesía está en cualquier parte, donde menos la imagine. Recuerden lo que decía Borges: "esto no lo escribo yo, esto lo escribe el espíritu santo".

–Entonces, ¿qué salvaría de la ciudad?

–Ese pequeño rincón donde está uno con su mujer... pero puede estar en cualquier parte del mundo, sin ciudad. Tanto el amor como la poesía podrían existir más calmadamente sin la ciudad. Y esa es mi idea sobre la ciudad. No le tengo ningún amor ni afecto especial. Nací en Medellín, pero no tuve la culpa. Son un alarde de riqueza y de pobreza.

\*\*\*

Los poemas de Hernández brotan en las paredes de su garaje, de espaldas a la urbe que crece al otro lado. Una ciudad que no para de crecer poblando de muros y gente sus montañas. En lo alto, donde termina el Valle de Aburrá, a un costado de la carretera que lleva al mar, crece el barrio más joven de Medellín: la Ciudadela Nuevo Occidente. Más de 20 urbanizaciones de interés social, con bloques de entre 7 y 11 pisos sin ascensor, con 80 apartamentos

en promedio por bloque, donde viven más de 40 mil personas.

Cada día nace un nuevo muro; cuatro muros, cinco muros, hacen un nuevo apartamento de 47.2 metros cuadrados. En pocos años la Ciudadela podría tener 100 mil habitantes encerrados entre muros. A Medellín ya no solo la refundan de repente los barrios Sol de Oriente, Minuto de Dios, Vallejuelos, levantados por pobres y desplazados por la violencia que se apoderan de las últimas pendientes que quedan libres en las montañas; también

**Hierbas y enredaderas en las juntas del piso y algunas se agarran a los muros grises del patio del poeta, como si no quisieran abandonarlo.**



crece con urbanizaciones con nombres planificados: La Aurora, Las Flores, La Huerta, Cantares, habitadas por equilibristas del rebusque diario.

“También son poetas los recicladores, que hacen oficios que parecen menores; son oficios de supervivencia y la supervivencia no es menor. Miro con muy buenos ojos a los recicladores, por su persistencia en vivir sin certezas, la misma de nosotros los poetas”, dice Óscar.

Entre sus muros ha construido una teoría para solitarios. Dice que el encierro hace que la gente conviva mejor. No puede concebirlo de otra manera. Puede ser una muestra de optimismo o una manifestación de su convicción cristiana.

–Si uno está en una habitación donde difícilmente entra el sol, con tres, cuatro o cinco personas, durante mucho tiempo, terminamos por identificarnos, por amarnos...

–O por matarnos.

–Muy difícil, se lo digo por mi experiencia, fui soldado, interno de un colegio y estuve en la cárcel durante quince días por razones políticas, y nunca sentí malas inclinaciones por los demás ni de ellos hacia mí.

\*\*\*

A dos días del cumpleaños visitamos al poeta. Estaba esperando. Llevamos torta dietética, vino, empanadas argentinas y helado. Las empanadas debían ser de Versalles, las más famosas de la ciudad, pero no las pudimos comprar allí; el helado debía ser *light-light*, pero no había en la tienda donde fuimos; acordamos no hablar de las empanadas y si preguntaba decirle que el helado era “medio *light*”.

Entramos al fondo del garaje, al patio, que está cubierto por un techo de madera y en el interior tiene una mesa plástica blanca con una sombrilla de colores, como de playa. Los muros son grises, sin revoque. En uno de ellos crece una enredadera silvestre. En una esquina hay una mata “siempre viva”, dice Óscar, que la sembró su hijo, muerto hace cinco años. Murió a los 51, un 14 de febrero. Fecha que escogió su padre para fundar “La casa del escritor”, un lugar sin lugar aún, para tener a donde ir. Tenía el mismo nombre del poeta y era profesor de niños.

En “Gato”, uno de los poemas de *Experto en muros blancos*, hay unos versos que podrían describir la cercanía que había entre hijo y padre: *Yo descubrí que me llamaba Óscar / Una mañana en que el gato / Jugaba con mi nombre / Y luego después de muchos años / Después de muchos gatos / Frente al espejo de la madre / Donde ella iba de visita a saludar su cuerpo / Pude ver que mi nombre y yo / Éramos ya una pobre sola cosa...*

Sus nietos, los dos hijos de Óscar Luis, artistas, tienen cuadros colgados en los muros del garaje. Tatiana, la mayor, un autorretrato y un retrato de su abuelo; Ricardo, una silla pintada con acuarelas cuando tenía 7 años.

Los cuadros no sobresalen ni pasan inadvertidos; conviven con los recortes de “Papel sobrante”; con las copias de las ilustraciones que hizo el pintor Fernando Botero, cuando era un joven desconocido, para el primer libro del poeta; con las cartas que le enviaba el filósofo Fernando González al leer sus manuscritos, con las quejas de Jorge Amado –sorprendido con *Versos para una viajera*, escrito de un tirón la noche antes de la partida de una enamorada–, quien no entendía por qué esos poemas viajeros no cruzaban las fronteras colombianas.

Es un decorado vital, sin vanidad, que le hace compañía.

Servimos el vino. Óscar se resiste, pero al final acepta una



copa que mezcla con agua. Ponemos la torta y las empanadas sobre la mesa.

–¿La torta es *light*? –dice Óscar.

–Claro, es torta dietética –dice Lucía.

Empezamos la celebración anticipada del cumpleaños del poeta comiendo las empanadas. La carne amenaza con delatarnos, parece atún de lata.

–¿Son de Versalles? –dice Óscar.

–No pudimos ir hasta allá –dice Alfonso, asumiendo la culpa.

–Mmmmm.

Partimos la torta *light* y servimos el helado “medio *light*”. Alzamos las copas y brindamos por la salud del poeta.

–¿El helado es *light*? –dice Óscar.

–Es “medio-*light*” –dice Lucía.

–¡Entonces ustedes me creen “medio bobo”!

Una carcajada juvenil retumba en el patio, en esa mesa plástica blanca, cubierta por una sombrilla de colores. La noche es cálida y nosotros parecemos confinados en una playa inverosímil. En los muros grises lucen frescas las enredaderas.

–Eso soy –dice–. Me gradué en estos muros.■



Barrio Comparsa desfila por las calles de Santa Cruz.  
Foto: Alejandro González Ochoa.

Alejandro González Ochoa  
Jorge Ignacio Sánchez

## Río de aguas cristalinas

La comparsa es como un río de aguas cristalinas lleno de peces de todos los colores. Se disfruta al verla pasar, pero es mejor zambullirse y nadar. Desde que a comienzos de los noventa el *Gordo García* creó la primera, este arte de danza y música se regó por un Medellín que baila hoy al ritmo de los saltimbanquis, en un goce de encuentro y abrazo popular.

**E**s la tarde del primer domingo de noviembre de 2012 y por la calle sinuosa pasa la comparsa, bulliciosa, alegre, multicolor. Desde el balcón de su casa, Jorge Agudelo Cano tiene una vista privilegiada.

“Este es mi palco desde hace veinte años. Cada año, cuando pasa este río de gente, no sé qué es mejor: verlo pasar o meterme en él”, dice Jorge. Vive en la calle 99 con carrera 45, frente a la Casa Amarilla, la vieja casona donde funcionaron las *Camas de Amelia*, o “Las Camelias”. El prostíbulo donde la pista de baile dio paso al auditorio, y el bar y las habitaciones a las oficinas y a la sala de teatro de Nuestra Gente. Allí mismo Jorge tiene su tienda “El perdido”, llamada así en memoria de aquellos hombres que un día se envolataban de sus esposas y aparecían *por allá, en las Camelias*.

Antes de subir al balcón de Jorge, recorrimos, por dentro y por fuera, la comparsa inaugural del XVII Encuentro Nacional Comunitario de Teatro Joven que organiza la Corporación Cultural Nuestra Gente. A la orilla del río, lelos ante el derroche de alegría y creatividad. Adentro, felices, sumergidos en medio de arlequines, payasos, saltimbanquis, magos, bailarinas, acróbatas, mariposas, músicos, duendes, juglares, dragones, bestias míticas, serpientes, hadas, contorsionistas y zanqueros.

## La comparsa somos nosotros

“Aquí la comparsa la hacemos nosotros para que los jóvenes no se sigan yendo a la guerra”, dice Jorge en su palco, adornado con decenas de flores.

La comparsa, como esa esquina, es de Jorge, de su familia y de sus vecinos. En ella crecieron sus hijas Alba Liliana y Zoraida y sus nietos Samuel y Alison. En estas calles empieza y termina la comparsa del barrio Santa Cruz, al nororiente de Medellín, un rito que se repite y se hereda, renovado, fresco, vital.

La fiesta que inició Luis Fernando García meció a su hijo Sebastián en la cuna. Con 24 años se prepara para festejar la Noche de Brujas.  
Foto: Julián Roldán.



La fiesta comunitaria se calienta desde la una de la tarde en la Escuela República de Honduras. La profesora chocoana, Amparo Lucumy, transformó los salones en camerinos para recibir a cientos de artistas de los barrios de Medellín y más de 20 grupos de Colombia, Brasil, Argentina y Cuba que recorrerán el barrio con ella y sus 25 niños del Grupo Expresiones. Esta maestra ganó el premio *Medellín, la más educada* en el 2010 con su grupo de danzas y por su trabajo comunitario con más de 500 estudiantes.

Jorge Blandón, director de Nuestra Gente, y Luis Fernando García, fundador de la Corporación Cultural Barrio Comparsa, pronuncian el pregón en el patio de la escuela. “Dicen que viene el fuego pero llegó la alegría”, gritan para iniciar la celebración de 25 años de teatro, fiesta y color. Exaltan el espíritu del carnaval y se lanzan a las calles a bañar su tierra de fiesta.

## Contra la muerte

La comparsa nació con fuerza en este barrio, cuando muchos jóvenes desfogaban sus energías con violencia y muerte. Hoy, esa fiesta se goza en la ciudad, en eventos especiales como el Desfile de Silletteros, la

Feria de las Flores y el Desfile de Mitos y Leyendas, con el que se abre la celebración de Navidad y Año nuevo.

Más que una fiesta, se trata de una manifestación de resistencia de la cultura popular con la que las comunidades se protegen cuando la muerte acecha en las barriadas. El sábado anterior, por ejemplo, desfiló una comparsa proclamando paz en medio de la agitación por el asesinato de *El Duke*, un rapero líder en la Comuna 13.

Agrupaciones como Son Batá, integrada principalmente por negros de la Costa Pacífica, han liderado eventos como la marcha *Porque la Vida es Sagrada*, que recorrió el occidente el 29 de marzo de 2011 para “clamar por el respeto a la vida de todos los jóvenes de Medellín”.

El Circo Medellín sacó a las calles la comparsa *El equilibrio de la vida*, con “personajes chaplinescos, mimos, pierrots escapados del cine mudo, que llegan a invitarnos a escuchar otras músicas y a utilizar más el silencio como meditación y terapia para alcanzar la paz interior y, por ese camino, la paz colectiva”, cuenta Carlos Álvarez, uno de sus creadores y promotor del circo sin animales que tiene su carpa en la base del Cerro Nutibara.

Y en la segunda semana de noviembre de 2012, marcharon otras dos comparsas: una en el barrio Moravia, antiguo basurero, y otra en el corregimiento de San Cristóbal, acompañando la “zancozanquiada”.



Invitados de Cuba, Argentina y Brasil, y más de 20 grupos nacionales participaron en la inauguración del XVII Encuentro Nacional Comunitario de Teatro Joven.  
Foto: Alejandro González Ochoa.

## 1990 – 28 de diciembre - 2011

Fernando García, el *Gordo*, tuvo una visión el 28 de diciembre de 1990. Estaba en Cali con Julia, su compañera. Mientras escribía un proyecto cultural gigante, lo atrapó el sonido lejano de un cencerro con el *tiquipó tiquipó tiquipó pipó* de la salsa caribeña. “¡Eso es lo que necesita Medellín!”, pensó. “Un sonido nuevo, una propuesta grande para que la gente salga a la calle a gozar de la fiesta, en comunidad, ahora que nos están robando las esquinas.

Se aferró a esa idea. La revelación se volvió obsesión y tomó forma al poco tiempo. Sentado en medio de muñecos gigantes, en su casa del corregimiento silletero de Santa Elena, el *Gordo* García cuenta que entre enero y febrero del ‘91 armó la primera comparsa, en el nororiente de Medellín.

Desde entonces, la comparsa es un pretexto para acercar, para abrazar, para soñar. Esa fue la respuesta festiva que se tomó las calles para espantar la muerte, para buscar que los ojos de la ciudad y del Estado miraran hacia esas laderas.

Julia Victoria Escobar Holguín, fundadora de Barrio Comparsa y quien ahora comparte la experiencia de su organización Caja Lúdica con las maras de Guatemala, también desfila este domingo en Santa Cruz. En Centroamérica aprendió que la comparsa es el convite heredado de los mayas, una fiesta a la que acuden las comunidades del continente para alcanzar propósitos comunes.

La locura de danzar en medio de las balas para rescatar las calles pegó en Medellín. Desde entonces, la figura imponente del *Gordo* montado en un par de zancos se ha paseado por las calles con cientos, miles de jóvenes, músicos, teatreros y bailarines en un ritual que, para él, empezó hace medio siglo.

## 50 años atrás

La fascinación del *Gordo* con los zancos empezó en 1963 en Medellín. Se crió en las cercanías del Jardín Botánico o Bosque de la Independencia. Toda su infancia jugó

en esas mangas, a las que un día llegó un gigante, un señor montado en zancos, a vender *cofio* (arroz tostado, molido y mezclado con azúcar) y *minisigüí* (cítrico o tartárico, mezclado con anilina vegetal, azúcar y saborizantes). Empacaba las porciones en saetas de papel.

El *Gordo* recuerda la competencia que le propuso al gigante para ganarse una golosina:

–Si lanzan una moneda y cae en esta saeta, les regalo un paquetico de cofio o de *minisigüí* –dijo el gigante.

–Yo soy capaz de *encharlarle* una piedrita. ¿Se vale? –propuso el niño, sin plata en el bolsillo.

La comparsa se toma las calles y paraliza el transporte automotor.  
Foto: Julián Roldán.



“Pero un día –cuenta– a la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín le dio por ponerle muros al Bosque de la Independencia y cobrarle a la gente por entrar. El señor de los zancos no volvió. No me acuerdo si gané o perdí con las piedritas. Nunca supe el nombre del señor. Pero no se me olvida que encerraron el bosque”.

Tampoco olvidó los zancos. Aprendió a manejarlos en Bogotá, haciendo teatro callejero.

En 1984 llegó a Medellín *A Recreo Teatro*. Era el *Gordo* disfrazado, montado en un par de zancos con los que cruzó los muros del Jardín Botánico, mirando desde arriba. “Yo era el gigante. Tenía funciones los domingos, trabajábamos en una casita, cerca



Sebastián García, desde las alturas, sorprende a los niños de Manrique.  
Foto: Julián Roldán.

del vivero, que después fue la primera sede de Barrio Comparsa”.

En 2004 el *Gordo* estaba en Guatemala con los amigos de Caja Lúdica y algunos zanqueros cuando vio en las noticias que derribaron los muros del Jardín Botánico de Medellín. “Lo celebré como un niño... bueno, y con unos rones y tocando gaita, porque era volver a abrir ese lugar para la comunidad”.

## Zancos para mirar más alto

Con los zancos ocurre algo maravilloso: el que los ve siempre se pregunta “qué es eso”, y quiere subirse en unos.

En zancos, Fernando invitó a la comunidad a limpiar el lodazal que tapó la cancha de fútbol de El Raizal. Como la alcaldía nunca la arregló y no había dónde jugar, se disfrazó con trapos caseros, salió a la calle con tambores y tocó las puertas de los vecinos para armar el convite. Muchos que se burlaron de él agarraron palas y picas, despejaron el campo: el fútbol regresó y los locos de los zancos salieron en la prensa.

Así, a zancadas aprendieron a saltar otras dificultades. Los artistas populares, claves para la transformación de la zona

más conflictiva de Medellín, se organizaron en grupos como Barrio Comparsa, La Polilla, Laberinto, Carantoña, Manicomio de Muñecos, Canchimalos, Circo Medellín, Son Batá, Crew Peligrosos. Entraron a la alcaldía con dignidad: lideran proyectos, son gestores y tramitadores, gerentes y mensajeros, dirigentes comunitarios y políticos, electores y veedores; son ciudadanos.

El 28 de diciembre de 2011, a tres días de finalizar la alcaldía de Alonso Salazar, un periodista que conoció los primeros pasos de la comparsa, visitó a Fernando en la nueva casa de Barrio Comparsa en el barrio Prado Centro.

“En la sociedad misma de Medellín germinó su salvación”, reflexiona hoy Alonso Salazar, el ex alcalde que, siendo un cronista de esta ciudad, conoció a Barrio Comparsa desde sus inicios y le ha seguido las huellas. “Tengo la imagen de esta comparsa que parecía volar en sus zancos, atravesando desde Manrique Oriental, barrio tras barrio, los límites que se suponían infranqueables. Nadie detuvo la alegría, sin precedente histórico, de esos jóvenes convertidos en músicos, malabaristas, tocados como seres invencibles”, recuerda.



Junto a los zancos, mudos, vienen los Pantolocos. No hablan pero arrebatan sonrisas. Son payaso y mimo, dos personajes en uno: el “PantoClown”. Son generosos en miradas maliciosas y regalan gestos simpáticos a quienes estamos cerca, al vecino que mira desde el andén, a la señora que aplaude desde el balcón.

Fiaco, uno de los “PantoClown”, con su cabello erizado en forma de cruz, es una mezcla de niño y adulto que deambula con una personalidad indefinida, contradictoria: vanidoso / tierno, ridículo / simpático, lejano / familiar...

Bajo ese maquillaje está su creador, Juan Camilo Baena, actor y director que atravesó la ciudad desde el corregimiento Altavista, para asistir a la comparsa. “Hace siete años recibí esta idea de unos artistas de Barranquilla con los que trabajé mil horas conociendo los secretos del maquillaje del mimo y del payaso”. Baena dice que siente lo mismo que sintió cuando niño, el 31 de octubre de 1996, sacó una pintura que su mamá había botado a la basura y se la aplicó. Tenía 9 años y ya se vestía de fiesta, como hoy, cuando sale al encuentro de los vecinos de Santa Cruz.

## Hijos de la comparsa

Los hijos de Luis Fernando montan en zancos desde la edad de ocho años. Sebastián insistió en hacerlo desde los cuatro. El *Gordo* siempre encontró el camino para entretenerlo con otras golosinas, aunque el niño mantuvo los zancos en su mente.

Durante los siguientes cuatro años, Sebastián tocó una tambora más grande que su cuerpo. La cargó y la interpretó sin cansancio en cuanto desfile ocurriera, esperando cumplir los ocho años. “Eso fue famoso en un desfile de mitos y leyendas, cuando Jesús Abad Colorado fotografió la tambora inmensa y el pedacito de niño que se veía cargándola”, recuerda Fernando.

Hace más de un año Fernando no se calza sus zancos debido a una afección cardíaca. No ve la hora de volver a hacerlo, aunque desde el suelo también disfruta la comparsa. Su hijo, Sebastián, ha recibido parte del legado zanquero y, junto con su hermano Juan Fernando, integran Siguarajazz y Candela Verde Quinteto, agrupaciones de salsa y jazz derivadas de Barrio Comparsa.

Tal vez por esa relación vital con la tambora y con la música,

a Juan Fernando lo llaman *Trucupey*, como a *Juancito*, el mítico dominicano que inmortalizó Luis Kalaf, en la voz de Celia Cruz: “*Juancito Trucupey me dijo que tiene una fiesta formal, la toca con su tambora allá, por la madrugada. Juancito Trucupey es un hombre popular. Y le gusta ir a bailar... ¡Sublime!*”

Después de vestirse y maquillarse para desfilar, Sebastián se pone los zancos con maña, casi en un rito. “Hasta para eso se necesita técnica”, dice.

La técnica se hereda en la familia y en el barrio, entre amigos. En el patio de la escuela, minutos antes de la partida, Jhonatan, a sus 13 años, hace gala de las destrezas que logró en tres meses de trabajo con los zancos. Hace *la bailarina*, figura acrobática en la que se lleva una pierna hacia atrás, la levanta en línea vertical, pegada a la espalda, y la sostiene mientras da pequeños saltos. Nos pide fotografías con sus amigos haciendo *los cuatros, la estrella, la pirámide*.

Esa habilidad, lograda, después de una clase en la que estuvo pegado a una reja, le permite dar consejos como todo un experto: “lo principal es no quedarse quieto, moverse siempre, en un pie, o en los dos, para arriba, para abajo, para adelante, para atrás, con tranquilidad”. Ya ha participado en cuatro comparsas; conoce el municipio de Granada, en el oriente antioqueño; y bajó al centro de Medellín, a moverse en comparsas en el parque de Berrío, la Plaza Botero y la Plaza de las Luces.

Juan Esteban Zapata Martínez estudia artes en la Universidad de Antioquia. Este domingo camina la comparsa, se mete en su cauce, sin disfraz. No le es extraña; ella le sembró la semilla artística, la cultivó junto a la profesora Amparo Lucumy cuando llegó a la escuela.

A sus 22 años camina por la calle 99 hacia lo alto de la ladera, entre los cientos de hombres y mujeres que bailan, cantan y juegan. Va en medio de los niños, jóvenes y viejos que desde temprano se transformaron para el rito anual.

Amparo enseña danza a los niños desde 1999. En los primeros años los recibe en el semillero. Los enamora con los ritmos afro de su costa pacífica. Los bailes tradicionales y folclóricos paisas tienen un nuevo sabor en los pies de esta negra y en los de sus pupilos. Los golpes y los tiempos chocoanos se incorporan a la cadencia paisa para ofrecer un movimiento fresco, frenético.

Tocados con turbantes africanos, ataviados con ropas de colores vivos y con la energía de su edad, los niños recorren el barrio, calle arriba y calle abajo, como un día lo hizo Juan Esteban, uno de los motivos de orgullo para la profesora Amparo: “Él es el único de un grupo de 16 niños que empezaron conmigo y que permanece en la danza y en el arte. Pasó por todos los niveles, desde la pre-danza, cuando era pequeñito, hasta el máximo nivel, cuando salió de 11°. Ahora me gusta verlo como bailarín profesional y estudiante de artes de la Universidad de Antioquia. Veo que valió la pena este proyecto”.

Los chicos de Expresiones subieron la loma bailando el Mapalé y el Porro. Su profesora les da agua, los entusiasma y los reta a no bajar el ritmo. Llevan una hora danzando, están a mitad de camino, los espera el rito de bienvenida, abajo, de regreso, frente a la Casa Amarilla.

Cerca viene el Grupo Renovación, con sus vestidos naranja, verde, rosa, azul cielo. Jesús *Chucho* Mejía se alegra con su danza. Discreto, los observa desde una acera. Él siempre acompaña a la comparsa. No falta donde haya un concierto. En más de 40 años como profesor y como investigador del folclor popular no

pierde la oportunidad para alegrarse con quienes mantienen viva el alma y resisten con el arte. Sus trincheras han sido el periódico *El Radar*, la Biblioteca Campesina, el Liceo de la Universidad Autónoma Latinoamericana y la Escuela Popular de Arte EPA.

Juan Esteban baila, actúa y canta, contra viento y marea, apoyado por su mamá y por su abuela. Ensayando duro y con dificultades, como cuando las balaceras le impedían cruzar las calles; o como cuando *Los Sotos*, el combo que desplazó a su familia, armó una balacera en el patio de la escuela.

“Todo desaparece con la comparsa y con la fiesta –dice Juan Esteban-. Bajar por la 99, ver la Casa Amarilla y las calles adornadas, las luces encendidas. Todo eso me produce mucha alegría. Es muy bonito ver a las señoras que salen en chancletas a las calles al paso de la comparsa, o tocan con las tapas de las ollas desde el balcón”.

## Felices peces de colores

La comparsa trajo su magia.

Un par de enamorados se abrazan, se cortejan, se miran tras sus máscaras blancas. Él, azul, la besa. Ella, rosa, le regala una flor. Danzan como amantes que no pueden separarse. Conquistan la loma; han caminado seis cuerdas desde abajo, desde la Escuela. Se acercan a la carrera 49 para tomar desde la calle 98 hasta la 101 en esa tierra nueva para ellos. Es su primera participación en la comparsa, vienen desde el municipio de Caldas, al sur de Medellín. Su presencia es distinta, se nota, y la gente los aplaude.

Por unas horas, desaparecieron los buses y carros de las vías; las calles se llenaron de niños, de hombres y mujeres que

corren y ríen y se maquillan; los tambores, cencerros, trompetas, flautas y clarinetes invitaron a la danza; los miedos se olvidaron y ocurrió el abrazo.

Otra vez se rompieron las fronteras; se reencontraron los amigos, los que se fueron un día, este domingo de noviembre volvieron al lugar de sus sueños, al barrio en que nacieron y crecieron.

Tras el recorrido por Santa Cruz, llega la hora del rito. Formados en un círculo gigante, arlequines, payasos, saltimbanquis, magos, bailarinas, acróbatas, mariposas, músicos, duendes, juglares, dragones, bestias míticas, serpientes, hadas, contorsionistas y zanqueros. Todos lucen sudorosos.

El *Gordo*, como el chamán que trata con los espíritus, lanza de nuevo su exorcismo: “Dicen que viene el fuego pero llegó la alegría”. Las trompetas retumban. Los tambores marcan el compás. Todos gritan y danzan con frenesí. “Los colores de Medellín se resistieron a la muerte y danzan con los tambores de la vida”, grita agitando su sombrero puntiagudo, arropado en su camisola. Toca su gaita y recibe la noche con cantos alegres, bajo el ondear de las tres banderas amarillas que se izan en lo alto de la

sede de Nuestra Gente, para señalar al visitante que allí se reúnen los vecinos del sol y de la luna.

Don Jorge seguirá en su balcón privilegiado. Pasará las horas al frente de su tienda *El perdido*, junto con su esposa, doña Marina. Alba Liliana, su hija, prepara desde ya la próxima comparsa, la próxima temporada, el próximo encuentro, el próximo viaje, el próximo taller. Samuel y Alison, los nietos formados en el arte, tienen otra comparsa para contar, otro año para trabajar.

La comparsa es una riqueza para Medellín. Su esplendor se despliega en su casa, en su cuna, las comunas populares, donde no hay límites para el goce, donde la fiesta comunitaria tiene nombre de vecino y sabe a empanada.

Lejos del protocolo oficial, desinhibida, desenfrenada, la comparsa se revela en sus raíces: es cómplice de la vida, para festejar con otros y vencer los temores con baile, circo y bullicio. Es el carnaval que desahoga, el agua que lava la carne, libera el espíritu y desnuda el corazón; es el torrente que invade la calle, que se convierte en pista, circo, libro, teatrino, en río cristalino donde nos abrazamos nosotros, felices peces de colores. ■



La vida de los habitantes del Popular 1 es la retratada en las canciones de Eleison y sus amigos.  
Foto: María Isabel Naranjo.

María Isabel Naranjo Restrepo  
Carlos Mario Pineda

*“Yo necesito el cuadro, el marco. Necesito sus límites.  
En el arte, sin límites, no hay transposición artística.  
Creo que el cuadro fue un gran descubrimiento  
(anterior, por supuesto, al cine)”.*

Néstor Almendros

## El método Pasolini

Un grupo de antropólogos visuales decidieron llamarse Pasolini en Medellín, reivindicando el método del cineasta italiano asesinado en 1975. Llevaron la etnografía y las cámaras a los barrios de la ciudad. Capacitaron a los jóvenes en las notas de campo, el manejo de la cámara, la edición y el montaje. Juntos produjeron más de sesenta documentales y videoclips, imágenes de la periferia desde adentro.

Con un marco de cartón en la mano izquierda y una cámara fotográfica en la derecha, Eleison Stiven Figueroa bajó las escalas que hacen de calles en su barrio, buscando una imagen del paisaje de ladrillos amontonados en las laderas. Se detuvo en la esquina de la iglesia, levantó el brazo a la altura del hombro y giró el cartón para enmarcar un poste, una antena, una maraña de cables, muchas palomas. Cerró los ojos y recitó: *Estamos tan seguros que hacemos lo que queremos / mira a tu alrededor / tenemos lo que hacemos*. Luego, detrás del marco y con la cámara enfocando el paisaje, disparó el flash.

Así recuerda Eleison uno de los momentos del proyecto más ambicioso que tuvo a los catorce años: grabar un videoclip de rap junto a Wilson Palacios y Juan Obed Yepes, con el acompañamiento de la Corporación Pasolini en Medellín. En ese momento no pensó que aprender a mirar el barrio a través de un marco, guiado por el método Pasolini, le cambiaría la vida.



El marco es el símbolo de la Corporación Pasolini. Se compone de dos manos dibujadas dentro de un rollo de película: una hace pistola, mientras la otra, con los dedos extendidos, completa un encuadre cinematográfico. La misión explica el símbolo: “Sembrando arte y cultura para des-armar mentes”.

De eso hablamos hoy, cuatro años después, sentados en una terraza mirando cómo se extiende el lugar donde nació, creció y aprendió a cantar rap, el Popular 1. El barrio es uno de los primeros asentamientos de campesinos desarraigados que llegaron a Medellín a finales de los cincuenta. Ahora se compone de montones de ladrillos apretados sobre montañas verdes, calles empinadas y curvas. Cabinas que suben y bajan pendiendo de cables que vienen desde el río y llegan hasta *los tres ataúdes de piedra negra*, los edificios de la Biblioteca España, imponentes, en el barrio Santo Domingo Savio.

Quizás, si Pier Paolo Pasolini, el poeta y cineasta italiano, no hubiera sido asesinado, estaría filmando en estas laderas de Medellín. En 1975 su cuerpo fue encontrado en las afueras de Roma, golpeado y arrollado varias veces por su propio auto. ¿El motivo? Homofobia, dicen algunos. Lo cierto es que él a nadie

le servía: ni a la izquierda ni a la derecha ni a la iglesia. Era un tipo incómodo para todos los poderes. Si Pasolini aún viviera, quizás llegaría donde estamos sentados, porque fue en este lugar donde la inspiración de lo que hizo se transformó en un método que lleva su nombre.

Fue en medio de este paisaje donde creció Germán Arango, el estudiante de antropología que volvió de la universidad con cámaras, marcos de cartón y un discurso sobre la identidad, el territorio, la etnografía y el cine. Su propósito, y el de su compañero de tesis Camilo Pérez, era que los *pelaos* del barrio se transformaran en “etnógrafos visuales nativos” y representaran ante la cámara las historias del barrio, de su vida cotidiana, de sus sueños y anhelos. *Pasolini en Medellín, apuntes para una etnografía visual sobre la periferia urbana* fue el título del proyecto de grado que más tarde se convertiría en la Corporación Pasolini en Medellín.

Antes de llegar a la cita, Eleison se fumó un *porrito* para estar más tranquilo. Fueron pocos *plones*, dice sonriendo, los suficientes para sentirse mejor. Por la manía de taparse la boca cuando habla, un tic de inseguridad, no puedo verle los dientes y cuesta escuchar sus palabras al comienzo de la entrevista.

Con su primer y único videoclip, Eleison o *MC Blaster*, como lo conocen en la escuela de hip hop Klan Guetto Popular (KGP), quería demostrarle a todos en el barrio, a su mamá Maryluz Figueroa, a su abuela Libia, a sus hermanos Duver y Alejandro, incluso a su papá John Jaime, que para él la música era algo serio. Y así fue. Con su voz y su imagen en *Ojos de Asfalto*, el álbum de *hip hop* que resultó de los talleres en los que participó por primera vez con la Corporación Pasolini, pasó de ser un simple rapero, a ser uno con un videoclip.

\*\*\*

*Blaster* viene del inglés *Black Star*, que en español significa Estrella Negra. Así le pusieron a Eleison a los diez años cuando sus compañeros del colegio Federico Carrasquilla percibieron que empezó a cantar rap. La chapa era por artista y por negro. Él lo dejó "blas-ter", como le sonaba en español. Ahora casi nadie le dice Eleison, el nombre que su padre escogió del latín *Kyrie Eleison*, que significa "Señor ten piedad".

El apellido Figueroa es de la madre. El nombre Eleison fue lo único que heredó del padre. Eso y cuatro recuerdos. Tres muy



vagos y uno que retiene con exactitud. El primero, a los cinco años, "una llevadita al parque". El segundo y el tercero, las *pelas* que solía darle a la madre. El cuarto, a los doce, en el manicomio. Ese día Maryluz no iba a decirle nada a su hijo, pero ante la insistencia del padre tuvo que llevarlo hasta el Hospital Mental.

Eleison no recordaba bien el rostro de John Jaime, al que había visto un par de veces en una fotografía. La espera en el pasillo del sanatorio era una película de suspenso en la que "el cucho saldría como un loco". *El cucho* apareció ante Eleison peludo y con una guitarra. Hubo una pregunta "¿usted sí es mi hijo?" Hubo llanto. Y luego vinieron dos canciones, una cristiana y otra que se perdió en el olvido.

El bazuco y los químicos de una empresa de perfumes, según supo Eleison, desencadenaron la locura del padre. Pero la locura venía de antes, cuando Maryluz, a los quince años y recién parida, tenía que soportar duros golpes y que John vendiera la poca ropa que tenían ella y su hijo. Por

**Eleison Figueroa estudia filosofía y sueña con crear su propia escuela de creación musical y visual. Foto: María Isabel Naranjo.**

eso el padre se marchó. Eleison fue criado por su madre, su abuela y sus tías. Eso, según él, explica que sea tan sensible. Quizás algo así explique el tic de llevarse las manos a la boca.

\*\*\*

La fatiga del mediodía, el sol que comienza a picar y a quemar en la espalda, nos hace mover de la terraza. Bajamos hacia la vía principal que se cruza con el Metrocable y subimos para buscar una tienda con sombra y comida. En la calle debemos esquivar los buses y los piques suicidas de los jóvenes en las motocicletas, que alzan una de las ruedas exhibiendo el dominio de la máquina. En menos de una hora vemos caer dos parrilleros, pero Eleison nos calma. Es costumbre conducir así hasta lo alto del barrio. Mientras caminamos, le entregamos la cámara para tomar algunas fotografías. “Hace mucho no tenía una en mis manos”, dice sonriendo. Por fin se le ven los dientes y una pizca de seguridad.

El videoclip que grabaron en 2008 fue para la canción *Estados*. La compusieron *Blaster*, *Psique* (Wilson) y *Yackgo* (Juan Obed) en el taller de hip

hop *De las mediaciones globales a las resignificaciones locales*, dirigido por *Luckas Perro* y Ana María Muñoz. Eran treinta raperos de cinco comunas que atendieron la convocatoria a través de la Red Artística y Popular Cultura y Libertad. Solo ellos tres representaron a la Comuna 1. En esos días el barrio estaba *caliente* y los de la escuela de la KGP se dispersaron.

Carlos Holguín, un líder que apoyaba la Casa Juvenil donde tenían lugar los ensayos de la KGP, fue asesinado cuando salía de una reunión barrial. Al siguiente día, un disparo en la chapa de la puerta fue una advertencia directa para los de la escuela. Así empezó “la última guerra”. Eleison la recuerda como parte de una guerra brutal que sucedió entre 2008 y 2010, con una breve pausa en la que pudieron grabar el videoclip. “En todo caso, esto acá siempre se para por guerras. Por eso es importante saber dónde está uno parado para iniciar cualquier proceso”, dice para que entienda que la cosa es *color de hormiga*.

Cuando *Blaster* pensaba cómo harían el video, se le venían a la cabeza dos cosas: si no tenía plata, cantar *encima* de la cámara. Si había presupuesto, contratar viejas *empelotas* y hacer una fiesta al estilo de los raperos de la “USA”, como los que

veía en televisión. Aunque, precisa, esos no eran los que más le gustaban.

Unos meses atrás había visto uno diferente: *La Rutina* de *MC K-no*, el primer videoclip que dirigió *Luckas Perro* en las calles del barrio. Comienza con una voz en off que grita: “Milton, Milton, las 4:30”. “Milton, Milton, levántese tiene que ir a trabajar”. Milton se levanta con desgano, se baña, se arregla, se monta al bus todavía con sueño. Ahí comienza el rap: “(...) quien dijo que existe un hada madrina cuando hay que soldar para poder salir de la ruina”.

*Blaster* no conocía a *Luckas*, pero quedó recordando su nombre después de ver el video. No pudo disimular su sonrisa cuando supo que el maestro del taller era el mismo *Luckas Perro*. Entonces supo que estaba donde quería y tomó nota de cada sesión. Así lo recuerda:

– *Luckas* llegó con otro cuento y podría decir que con otro mundo. ¿Si me entiende? Quería que pensáramos en la identidad de nosotros. Nos decía: ustedes son raperos, pero lo que cantan en sus canciones no lo pueden mostrar como los gringos porque ustedes están en distintos contextos.

Durante diez sábados, Eleison tuvo que bajar a la Universidad de Antioquia a las sesiones del taller donde aprendió



Una urbe marrón,  
vertiginosa, de cielo  
azul inspira canciones y  
guiones.  
Foto: María Isabel  
Naranjo.

los principios básicos del encuadre cinematográfico, analizó el punto de vista, los colores, las secuencias y las escenas de videos. Escuché diálogos sobre la memoria, la crítica social, los símbolos y las relaciones entre la cultura hip hop local y global. Pero lo más importante fueron los “truquitos que tenían para despertarnos la sensibilidad”, dice.

Los truquitos se refieren a la sensibilización creativa: un viaje interior por el que transitan la memoria y las emociones. Elevarse como un gallinazo sobre las tejas, los callejones, hasta llegar al punto más alto del barrio. Caminar desnudos recorriendo cada rincón de la casa, sintiendo texturas y colores, haciéndose conscientes de los espacios.

Luego, escribir los sentimientos que tuvieron en el viaje. Y durante todo el proceso, ver y conversar sobre fotografías de la ciudad, álbumes familiares y muchos videoclips de rap. Lo que *Blaster*, sin saber, estaba aprendiendo, era la etnografía y el preciado “punto de vista nativo” de los antropólogos visuales.

\*\*\*

El sol seguía picando. Salimos de la tienda y avanzamos lentamente por la calle. Eleison dispara la cámara sobre un par de piñas, el señor de la basura y la esquina de la *revueltería*. Las señoras en los balcones y los *pelaos* de las motos nos escanean con los ojos. Nos ponemos un poco nerviosos. Él, mirándonos a través del lente para tranquilizarnos, nos dice: “así me veían por acá cuando estaba grabando y ya me reconocen”. No ha dejado de sonreír desde que tiene la cámara en las manos.

Volvemos al video. Cuenta que los días de rodaje comenzaron a finales de septiembre. Salieron a grabar un día a las 5 a.m. *Blaster* no pudo hacer más que un par de imágenes “vagas” para el videoclip. Sus ideas estaban en el guión y en todo el proceso de la preproducción: entre amigos consiguió a los actores, el vestuario, los utensilios, las locaciones. Para esto último sirvieron las fotografías con el marco.

Dos días de grabación dieron como resultado el videoclip de *Estados*. Casi seis minutos en los que *Blaster* y *Psique* narran cuatro historias de la vida cotidiana del barrio. En el primer bloque, en “estado positivo”, está *Psique* haciendo que los personajes obtengan lo que quieren al despertar, un día esperanzador para

el trabajo, la universidad y el colegio, mientras canta: “*Con los sentidos despiertos antes del despertador / me he levantado con el pie derecho / siento latidos agradables dentro de mi pecho*”. En el siguiente “estado”, más negativo, *Blaster* canta: “*El rencor dejó atrás a la esperanza / la confianza perdió la batalla con la inseguridad*”. Luego llega el coro: “*Enfréntate a la vida y date cuenta que como tú / hay personas que van felices, confundidas o sin luz*”.

\*\*\*

La primera vez que *Luckas* vio al Popular 1 en televisión, fue un día de marzo de 1991. En primer plano aparecieron Fernando *El Gordo* García, de Barrio Comparsa, y Jorge Blandón, de Nuestra Gente. Era el primero de muchos episodios emitidos por el primer canal regional del país, que que empezaría a mostrar la otra cara de la juventud de los barrios populares. Los programas de televisión *Arriba mi barrio* y *Muchachos a los bien* hicieron que *Luckas*, veinte años después, soñara con una Medellín opuesta a la muerte.

Ese mismo año, entre los sicarios del narcotráfico, las milicias de la guerrilla

y los paramilitares, se dispararon más de 6.700 balas que mataron a 6.700 jóvenes, la mayoría menores de 26 años, según cuenta Jorge Melguizo, uno de los creadores de *Arriba mi barrio*. *Pelaos* de las comunas que solo *parchaban* en las esquinas como “carne de cañón” de uno u otro bando, fueron estigmatizados en los medios de comunicación como seres violentos y temibles porque mataban para comprar un equipo de sonido.

Trece años después, con el proyecto de *Pasolini en Medellín*, Camilo y *Luckas* decidieron subir a las periferias con una cámara para volver a mirar a los jóvenes, desde adentro, deteniendo su mirada en lo que parecía no tener importancia: la memoria y la vida cotidiana. En estos barrios no encontraron héroes ni grandes eventos, sino historias particulares. Desarrollaron una estética que se aleja del panfleto o la denuncia, y se acerca a mirar lo cotidiano con otros ojos.

Si bien Pasolini era uno de sus guías, fue la cámara de Jean Rouch en África y en las calles de París, la que los impulsó a aplicar su método. Así tomarían los elementos del *cinema vérité* para observar la cotidianidad y la vida como forma de arte. Traspasar la creación audiovisual de las manos de los investigadores a las

manos de los protagonistas, para lograr el “punto de vista nativo”.

En 2003, *Lukas* y Camilo se lanzaron, sin saber mucho de cine, con el documental *Derecho por San Juan*, un retrato etnográfico de los habitantes de Barrio Triste. La cámara grabó horas y horas de recuerdos de mecánicos, indigentes y vendedores ambulantes con salsa, tango y milonga de fondo.

– Las personas grabadas prestaron su voz, porque querían ser escuchadas y retratadas, y no porque quisieran la fama ni salir en televisión –dice Diego Gómez, otro antropólogo que se unió a la Corporación y se graduó con una tesis sobre el proceso Pasolini–.

Al final de esa experiencia, apareció otro proyecto con el antropólogo César Tapias en San Basilio de Palenque. Allí debían retratar la historia oral y la tradición cultural de una comunidad que vive a 50 kilómetros de Cartagena, y que todavía conserva el conocimiento ancestral de África. Esto les permitió poner en práctica la metodología audiovisual que venían explorando: la transferencia de medios. La reflexión era: “¿quién sabe más de la cultura de Palenque que un palenquero?”.

Los palenqueros recibieron cursos de etnografía, llevaron su diario de campo,



**Eleison Figueroa y Wilson Palacios caminan, observan, recitan, escriben, cantan.**  
Foto María Isabel Naranjo.

aprendieron a manejar la cámara y participaron en todo el proceso de montaje. Cuatro de ellos viajaron hasta Medellín y, junto a los antropólogos, eligieron las imágenes y hasta el título del documental en su propia lengua: *Mineno ma kusa ri Palenge* (Miren las cosas de Palenque).

El equipo de la Corporación se fue armando con profesionales de diferentes disciplinas y con chicos que reciben los talleres y se *empeliculan* al trabajar con ellos.

Entre todos han construido una narrativa audiovisual de la periferia de Medellín con protagonistas *outsider*, moviéndose al margen incluso de la violencia.

*Cinco p'a las 13, Ojos de Asfalto, Ficciones del pasado, memorias de futuro, El archivo de los excluidos, Recomposición, Con la casa al hombro*, son algunos de los más de sesenta títulos audiovisuales que han realizado. En estos, más que en la calidad de las imágenes

“cinematográficas”, se han detenido en los procesos, las formas y reflexiones sobre la construcción de las imágenes documentales, argumentales o piezas más experimentales como el videoclip.

\*\*\*

Bajamos algunas escalas y un callejón para encontrar la casa de Eleison. Vamos lento y conversando. Desde abajo nos observa un hombre sentado en un sofá que permanece en la intemperie. “Ese *man* es uno de los duros de la cuadra”, nos dice en voz baja. El sofá está sobre un *mezzanine* que desafía el borde de un barranco. El *man* levanta la mano para saludar.

Eleison cree que los que están en los combos ven en el hip hop algo parecido a lo que ellos hacen: *pelear por sus clanes*, luchar por *la causa*, pero con otras armas: la palabra y la música. Después de entrar a su casa, Eleison explica que el *empelicule* de ellos consiste en defender su territorio y su parche para que los otros no vengán a matarlos a ellos, ni a los que viven aquí.

–Y no los culpo, es la misma necesidad

de todo ser humano: sentirse protegido con otros, sentirse parte de algo.

Nos sentamos en la sala y su abuela Libia, canosa, morena, bajita, nos sirve dos vasos de agua.

– ¿Usted es la que ha estado llamando a *Blaster?*, pregunta.

– Qué pena recibirla en pijama, pero siéntese tranquila que está en su casa.

Han transcurrido cuatro años desde que *Blaster* grabó su videoclip. Aunque es el único que tiene, siguió haciendo rap y componiendo canciones. A eso sumó una nueva pasión: las cámaras de video. Hizo un curso para aprender la técnica. Participó en varios proyectos de la Corporación Pasolini y en otros personales: *Si pudiéramos*, *El juego de la vida*, *Un barrio muy popular*, *Alicia en el otro lado*, *La graba*, *Recomposición*, y un filmminuto que ganó el tercer puesto en un concurso del barrio. Lo hizo con Visión Urbana, un colectivo audiovisual que quiere replicar el método Pasolini en la zona.

La realidad de *Blaster* es levantarse cada día para bajar a la Universidad de Antioquia donde intenta salir bien librado de su primer semestre de Filosofía. Y en la tarde, subirse a las rutas de buses que

van hacia el nororiente para transmitirle a la gente sus sentimientos a través de las letras que compone. A sus 18 años, lo define el afán de crear. Él siente que no ha hecho nada y eso lo ha llevado a retraerse, a pensar que es hora de dar un gran paso.

– ¿Qué sentís cuándo pensás en lo que has hecho?

– En este momento de mi vida me siento frustrado, he estado en tantas partes que hoy debería tener un semillero audiovisual.

–¿Y qué estás esperando?

– Estoy haciendo lo que debo hacer. Pero qué bonito sería estarle contando lo que estoy haciendo, y no lo que he dejado de hacer.

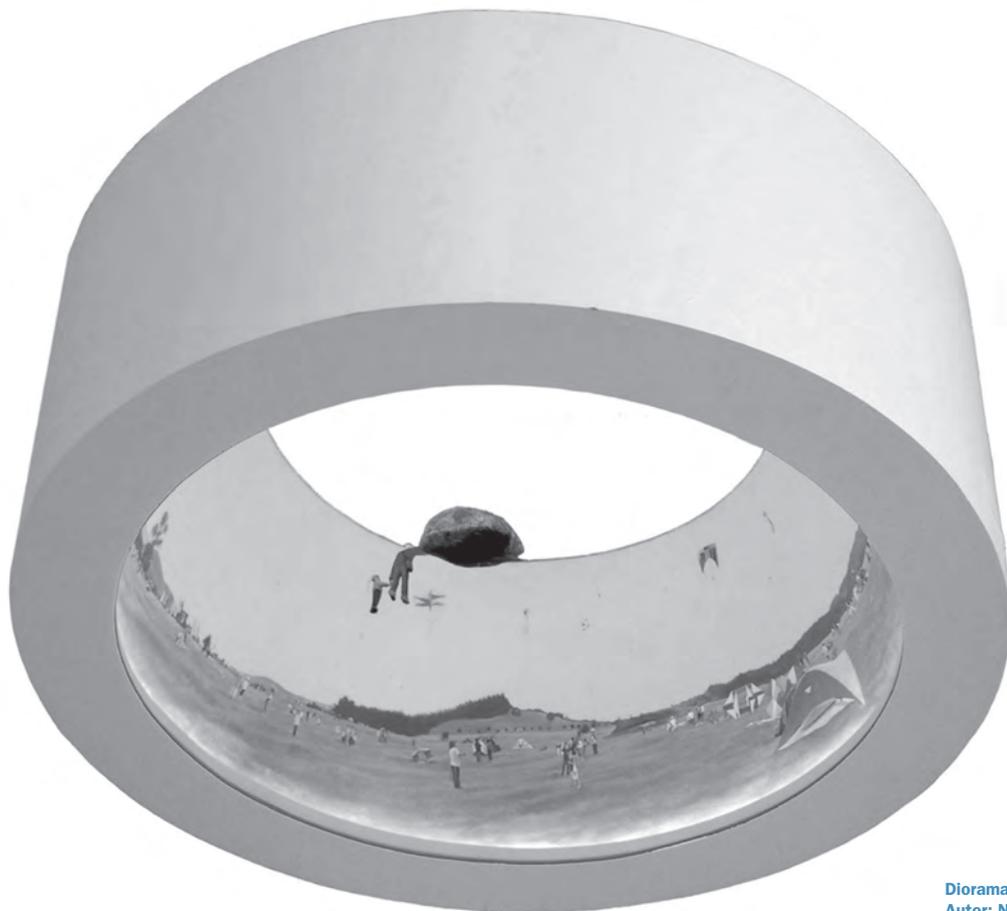
– Pero si apenas tenés 18 años...

– Primero no sabía cuál era el afán, pero me vine a dar cuenta hace poquito. Tener tantas cosas en la cabeza hace que uno sienta que tiene que hacer grandes cosas por la familia. Pero he desaprovechado oportunidades. No he grabado el CD por pulir mi voz, pero si fuera más juicioso ya lo hubiera grabado.

– ¿Qué sería de vos si hubieras grabado ese CD?

- Quién sabe, estaría tocando por ahí en bares; hubiera conseguido contactos para tocar en otras ciudades, y así...
- ¿Qué es lo que más te duele?
- Que muchos de los parceiros que yo más quiero piensen que me quedé en un *STOP*. ■





**Diorama 9**  
**Autor: Nadir Figueroa.**  
**Pintura en acrílico, madera, vidrio, luz**  
**de neón. Personajes en resina.**  
**Dimensiones: 43.5 x 90 cms. 2007**

Ana María Bedoya Builes  
Oscar Roldán Alzate

*"Ningún gran artista ve las cosas como son en realidad;  
si lo hiciera, dejaría de ser artista".*  
Oscar Wilde

## Los hiperamigos

Hay un maestro: Oscar Jaramillo. Alrededor suyo, un grupo de estudiantes de dibujo construye su obra. El maestro los ayuda a crecer y se convierte en mito. El trabajo del grupo se cristaliza en una muestra colectiva, una exposición que recibe un nombre que los marcará: *Hiperamigos*. Una mezcla de hiperrealismo y amistad, de trazos de dibujo e historias cruzadas.

Todo había salido perfecto pero él no llegaba. Amigos, familia y amantes del arte paseaban por las salas de la galería. Los meseros llenaban las copas con vino. La música de fondo era un murmurio de voces; brindaban por los hiperamigos. Y ellos, los pintores y dibujantes discípulos de Oscar Jaramillo -el ausente-, parecían seguros. Las obras se vendían, por primera vez. Pero a cada rato volvían la mirada a la puerta para buscarlo; la verdad es que estaban nerviosos. Si el maestro no llegaba, sería como el nacimiento de un grupo de huérfanos.

Aquella noche a finales de noviembre del 2007 en Abierta Galería se presentaron dos exposiciones más. La galería tenía un año y se proponía ser un espacio independiente para el arte contemporáneo. Quedaba en el tercer piso de un edificio de El Poblado, el barrio rico de Medellín. Al fondo del salón, un ventanal exhibía la ciudad.

A principios de ese mismo año se inauguró el MDE07, un evento que reunió durante seis meses a artistas de distintos países. Hacía una década no se daba un encuentro internacional de arte. Antes, en Medellín hubo una tradición de bienales organizadas por Coltejer, en los años 68, 70, 72 y 78, gracias a la bonanza de la industria de la confección y las telas y al altruismo de los empresarios que invertían en la cultura.

Lo que más originó el MDE07 fue controversia. Estuvo regido por la corriente del arte relacional, noción del esteta francés Nicolás Bourriaud. Lo que importa en esta tendencia es la relación entre las personas involucradas en la dinámica artística y no tanto el objeto, como una pintura.

En la nueva propuesta del MDE07, los artistas locales no fueron los anfitriones. El encuentro descartó propuestas centradas en la representación y demás formas convencionales del arte. Artistas como los hiperamigos, que no son los únicos en Medellín preocupados por la gramática del dibujo y la pintura, quedaron excluidos.

Todos nacieron a mediados de los ochenta en distintos municipios de Colombia. Ninguno se había graduado de la facultad de artes. Todos asistieron al mismo curso de dibujo, donde se conocieron y se hicieron discípulos de Jaramillo.

—¡Cuidado se vuelven conceptuales!— les decía el maestro a los alumnos, medio en broma, medio en serio.

Las paredes blancas, inmaculadas, de la galería fueron pintadas por los anfitriones de esa noche; el día anterior cambiaron el pincel por la brocha. Mientras lo hacían conversaron sobre el nombre de la exposición: Hiperamigos. Les pareció ridículo. La idea fue del galerista, un profesor de la Universidad de Antioquia y curador, quien los convocó para la muestra. Cuando fueron a decirle lo que

pensaban del nombre, los catálogos ya estaban impresos con esa letra inflada, grande, como las que se usan para los nombres de los superhéroes en las historietas.

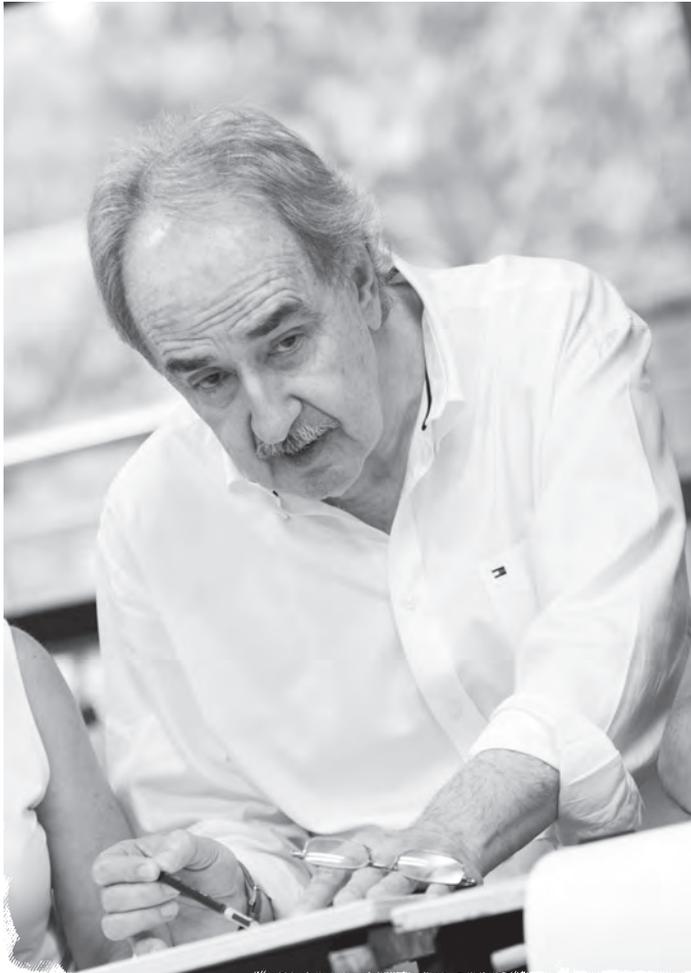
La verdad es que no eran los mejores amigos. Se habían visto en las clases. Pero cuando cada uno conoció lo que hacían los demás, se admiraron en silencio. Tampoco salían juntos a emborracharse. Ni drogas, ni veladas nocturnas, ni amantes. Cada uno encerrado en el taller, dibujando o pintando. Frailes del óleo, del grafito, del acrílico.

Esa sería la primera de otras exposiciones que harían juntos con ese nombre, que luego de esa noche les pareció acertado. El juego de palabras definía los que ellos hacían: hiperrealidad, un estilo que emergió a finales del 60' en Estados Unidos. Los artistas retaban la capacidad del ojo para diferenciar una fotografía de un dibujo. Una imagen sin desenfoque donde los planos deben ser definidos, las pinceladas van puras sobre el soporte. La sensación es de una realidad que rebaza la realidad misma.

## Minucioso

Lo primero que conoció César del Valle del maestro fue un retrato, el rostro de un malevo. Un gamberro de unos treinta y cinco años, los ojos cansados, vidriosos. Los párpados inferiores abultados. Las cejas gruesas. La frente y la nariz ancha. Bigote de tres días. Labios finos. Vestido con varias prendas llenas de pliegues. Los brazos cruzados.

Un vago que hace parte de una colección de errabundos, artistas, escritores, putas, ladrones, indigentes que Jaramillo dibujó, siempre al día siguiente de haberlos visto. Los miraba dos o tres veces y los aprendía de memoria. Lo hacía durante esas



**El maestro Oscar Jaramillo enseña la perfección del trazo.**

noches bohemias en las que erró por las calles de Lovaina y del centro de Medellín, acompañado de una jauría de amigos, entre ellos los escritores Elkin Restrepo y Manuel Mejía Vallejo.

Jaramillo perteneció a la generación de artistas urbanos inquietos con el realismo, entre los que estaban Saturnino Ramírez y Javier Restrepo. Todos hicieron inmersión en la cotidianidad de las calles, y retrataron lo que vieron. Fue una ruptura para la costumbre de las escuelas de arte, todavía metidas en lo tradicional, el paisajismo, la naturaleza muerta.

“Ve, vos dibujás como yo” le dijo Jaramillo en la primera clase. César se quedó mudo, con los músculos tensos. Los dos, como si se tratara de un revelado fotográfico, parten del blanco y dejan los tonos oscuros para el final. Maestro y discípulo se preguntan por lo fugaz, lo cotidiano, lo cercano, y por el retrato que, apenas está listo, dista del modelo; el otro ya es unos segundos más viejo.

Los seis dibujos que expuso César en Abierta Galería fueron vendidos. Un hombre tardó más en verlos que en comprarlos. Enmarcados con acrílico en cajas de madera pintadas blancas, eran piezas impolutas. Él pensaba en lo difícil que sería decirles adiós. Ya no era suyos y el maestro no llegaba a la exposición para contemplarlos.

César vive en una casa de dos cuartos, con pocas cosas. En el segundo cuarto pasa la mayor parte del tiempo. Reclinado a la pared está el colchón, sin sábana, en el que duerme. Sobre la mesa de dibujo reposa una carpeta de tela con pinceles. Una



**Expedición Extinción “Warrea Warreana”.**  
Autor Edwin Monsalve. Lápiz, clorofila, papel, vidrio,  
rótulo en acero, madera, 38x56 cm. 2011.

lámpara ilumina el retrato de un hombre con gafas, cigarrillo en los labios, ceño fruncido. Contiguo está el segundo tomo de cuentos completos de Borges, con un papelito dentro de la página 197. Las cuatro primeras líneas del cuento “Los espejos velados” están subrayadas con lápiz: “El islam asegura que el día inapelable del Juicio, todo perpetrador de la imagen de una cosa viviente resucitará con sus obras, y les será ordenado que las anime, y fracasará, y será entregadas con ellas al fuego del castigo”.

César es de Pereira, una ciudad del eje cafetero.

–Yo vi desde pequeño un hombre que dibujaba: mi padre.

Su padre tenía una empresa de publicidad y estaba suscrito a una revista que, paso a paso, explicaba los secretos del dibujo. César heredó los catálogos y una enciclopedia Lexis 22 en la que buscaba imágenes para copiar.

Luego de los primeros semestres estuvo a punto de regresar a Pereira, desanimado. Quería dedicarse al dibujo y la academia le hacía el feo, porque, decían, eso no era una obra sino un boceto de lo que no ha sido. Una tarde asistió a una muestra de estudiantes; vio, entre varios trabajos el de dos dibujantes que luego serían sus amigos: Edwin y Nadir.

–Eso hizo que yo me animara. Me emocioné porque eran trabajos muy buenos, sin saber que luego estaríamos juntos en la misma clase con el maestro.

Él consagró a Jaramillo como maestro –“Un señor de pelo blanco, un caballero sencillo y ceremonioso”–, el día que les dijo, apenas los vio afanados en terminar un retrato: “Entre más lento vayan, más rápido acaban”. Fue una licencia, un dictamen, un secreto. César dejó de dar zancadas sobre las líneas grises.

Su casa tiene un balcón con vista a Medellín. La noche nace, apenas, y las montañas se llenan con las luces de las casas y del alumbrado público.

–Si paso mucho rato dibujando me siento acá y contemplo la ciudad. Abro la mirada, descanso los ojos.

Cuando llegó por primera vez a Medellín, se aterró al ver esas montañas llenas de casas. Señala una que está al oriente, oscura, deshabitada, ese vacío lo alivia.

–Por eso-dice- me debe gustar tanto esa.

## Alquimista

A Edwin Monsalve le costaba mucho definir las tramas, su línea era torpe, indecisa. Un día de clase, el maestro Jaramillo se le acercó y le dijo que desde ese momento solo haría las tramas en una dirección hasta que él le ordenara lo contrario. Ya no recuerda cuánto tiempo pasó trazando líneas en el mismo sentido, hasta que el maestro se le acercó y le dijo: bien, muy bien, ahora podés hacer tramas como te dé la gana.

–Él nos enseñó a ver, a saber observar. A entender el dibujo como dibujo y no como imagen. A comprender el material.

Edwin es el único de Antioquia. Oriundo de Bello, un municipio que limita al sur con Medellín.

En la muestra de los hiperamigos expuso una serie de dibujos: distintos planos de una hoja que cae luego de desprenderse de la rama del árbol. Su dibujo, limpio e inteligente, habita en el filo entre lo conceptual y lo hiperreal. Se ha preocupado por entender los materiales.

En la sala de su casa tiene tres cuadros de “Expedición Extinta”. Dos son iguales, pero en el primero la pátina es añejada, ambarina: estuvo expuesta a la luz del sol, parece de otra época. En el segundo y el tercero los tonos verdes permanecen agudos. Los dibujos son copias de las ilustraciones de la expedición botánica en el Reino de Granada del sabio Mutis. Pero las de



Edwin fueron pintadas con pigmentos que extrajo de la clorofila. Aprendió a hacerlo en una clase de ciencias naturales cuando estaba en tercero de primaria.

—A la gente— dice— le parecen un objeto muy hermoso. A mí me cuestiona que quienes adquirieron una de estas obras deben cuidarlas mucho para preservarlas. Con el paso del tiempo los colores van a desaparecer. Es un objeto costoso. Mientras que la planta, la real, no importa tanto.

El taller es un cuarto pequeño. Sobre una mesa tiene tres hileras de tubos con acrílico, ordenados en escala tonal. No hay ni una mancha de pintura en el suelo ni en la pared. Edwin coge un cuadernillo de la mesa -un calendario- en el que usa los cuadritos de los meses como paleta de colores. Cada casilla tiene los tonos que usa para pintar.

—Son las fórmulas de los colores que uso, qué cantidad necesito de cada uno para que me den otros tonos.

En una clase el maestro Jaramillo les contó que para llegar a la invención de su técnica del dibujo con trementina, primero ensayó con gasolina y varsol. Por eso los primeros trabajos le quedaron brumosos y bermejos. La trementina logró el efecto que buscaba: los trazos se funden, imperceptibles; el retrato ya no es un dibujo que limita en líneas, sino una efigie orgánica. La obsesión por los materiales lo llevó a investigar y a conocer todos los tipos de papel, de lápices y hasta de borradores del mercado.

—Para la clase— dice Edwin— nos pidió un borrador de secretaria, un lápiz 6b y el papel *durex* de 180 gramos. Yo entendí que todos estos medios en apariencia tan técnicos eran una idea en sí misma.

## Alegórico

Un tríptico con tres personajes en primer plano, como el de las fotos de identidad, estaba colgado de la pared inmediata a las escalas por las que se subía a la galería. Era la primera de las obras que veían los invitados. Los retratos eran jocosos, tenían narices rojas, como payasos borrachos y sonrojados.

Las obras de Pablo Guzmán eran las más grandes y coloridas de la muestra. Son pinturas en un tiempo donde la pintura esta *demodé*.

La obsesión de Pablo por los fondos: las rejas, las persianas, las ventanas y las texturas evocan los retratos del maestro Jaramillo que gozan las calles, una atmósfera matizada en los fondos.

Pablo, en clase con el maestro, empezó a preguntarse por el espectador. “Si quien mira es lo real, entonces qué será lo que está viendo. Quería pintar un cuadro que representara otro cuadro”. En la sala tiene un cuadro: es una reja roja. En la parte superior hay un portillo desde el que un hombre asoma el rostro, la mirada escrutadora; parece esconderse de alguien, y vigila a quién pasa por ahí. Dentro del lugar todo está oscuro.

—Yo tiro la piedra y escondo la mano. Me gusta jugar con el espacio y la pintura. Me gusta que quien la mire pueda inventarse una realidad— dice Pablo.

Su taller está en una buhardilla fragante de acrílico. Tiene una ventana desde la que se ven “esos edificios que se tiraron la vista”. Tiene los cuadros apilados a la pared. Son altos, casi alcanzan el techo. En una mesa están dispersos tubos con pinturas, papeles, brochas, pinceles. También hay dos montañas de platos de icopor usados como paletas.

Un día, Pablo, el muchachito silencioso de San Agustín, colgó dos cuadros en los flancos de un balcón de la facultad de artes.



**Puerta Naranja**  
Autor: Pablo Guzmán  
Acrílico sobre lienzo.  
210 x 100 cm. 2010.

En cada pintura reprodujo el mirador y puso dos personajes, hombre y mujer, que parecen estar contemplando el jardín que se vería desde allí. Los transeúntes pasaban desprevenidos, pero después de alejarse unos pasos se detenían, hacían camino de regreso y volvían a mirar al balcón.

—Desde que los dejamos dibujar, mire lo que están haciendo-le diría el maestro Jaramillo, luego, a un profesor de la facultad.

La ceremonia en la que se ungió como el pintor fue una noche en la que él, César, Edwin y Nadir salieron con el maestro. Renovaron una y otra vez las copas con vino, en un bar de la calle Maracaibo, donde cuarenta años atrás Jaramillo se embelesó con rostros aciagos. Se emborracharon juntos por primera vez, y antes de salir abrazados, arrastrando los cuerpos, el maestro les dijo: “Ustedes son mis hijos”.

## Legatario

Nadir Figueroa, el barranquillero criado en Barrancabermeja, el mayor de los hiperamigos, es el heredero de la tradición: lleva hoy la clase del maestro en la Universidad de Antioquia. Jaramillo renunció al curso porque en la universidad pública cuando hay paro o asamblea, los salones quedan desiertos. Y porque aunque el salón estaba lleno, sabía que hablaba solo para dos o tres. A Nadir, recién graduado, le ofrecieron la clase.

—La semana pasada lo llamé para recordarle que él había dejado un vacío al irse. Yo me siento muy raro dando ese curso, pienso mucho en él, en la paciencia que nos tenía. Ser un profesor y entregar lo que sabes, con la generosidad que lo hace Jaramillo, eso sí es difícil.

Aprendió a dibujar porque el papá un día se cansó de dibujarle.



Desde que tenía dos años, Nadir le decía al papá, al verlo hacer figuras con las que calificaba los exámenes de sus alumnos:

– Papá, dibújame un perrito. Papá, dibújame un gato.

– Dibuje usted mijo, que usted también es capaz- le dijo el papá.

Capaz fue de sentarse a dibujar todos los días hasta seis horas. Y el papá, le volvió a decir:

–Lo que usted hace se llama artes plásticas, y eso va a estudiar.

Cuando estaba en la universidad el maestro de pintura, Fredy Serna, lo invitó a una exposición en el Museo de Antioquia. “Venga le presento a alguien” le dijo, y fueron donde un señor alto, sobrio, que esperaba en la entrada del museo: “Él es el maestro Oscar Jaramillo”. Nadir le extendió la mano al que él ya conocía desde pela’ito, cuando pasaba horas mirando los catálogos y las hojas de vida de los artistas más reconocidos del país.

-Me habló como si yo ya fuera todo un pintor, y yo estaba asustado. Nunca había visto una foto de él, pero conocía su obra; me lo imaginaba más joven. Lo sentía tan cercano a mí, porque sus dibujos hablan de lo cotidiano.

A los pocos meses supo que en la Universidad de Antioquia abriría un curso con Oscar Jaramillo. El día de la matrícula no alcanzó cupo. Esperó la primera clase, lo vio entrar al salón y se le acercó a decirle que si lo dejaba asistir, y claro.

- En la clase él ya sabía quiénes eran buenos dibujantes. Un día se me acercó y me dijo: ‘Ve a Nadir, ojo con Pablito, con César

y con Edwin, para que se reúnan y hagan una exposición. Ustedes son los que van a dibujar’.

En el tercer piso de la casa construyó hace dos años su taller, de paredes altas, grises, y con dos ventanales que coinciden con el oriente y el occidente de Medellín. La habitación se llena con la luz de la mañana y de la tarde, las horas en las que él se dedica a pintar cuadros de grandes formatos.

– Por eso –dice– le hice el techo alto.

Esta tarde estuvo con sus hijos de recorrido por Medellín, tomando fotos que luego usará para hacer los bocetos de próximas pinturas. En el taller no está el político de la panorámica desde el barrio Moravia, lo tiene expuesto en una galería de Bogotá, se tardó un año en terminarlo. Es una pintura donde decenas de casas en la ladera tiñen la montaña con el color del ladrillo, al fondo se elevan los edificios del centro de Medellín, grises, y más allá, en los picos de las montañas se exhibe una nube larga y gorda, como una cortina en el cielo.

– El maestro nos enseñó lo que tiene que saber un buen dibujante: observar.

\*\*\*

En Abierta Galería, a las nueve de la noche, ya no quedaba casi nadie. Las personas empezaron a marcharse. Los artistas también se fueron. El salón, casi desocupado, estaba a punto de cerrar. Solo se escuchaban las voces de los pocos que conversaban cuando a la entrada de lugar se asomó la figura de un hombre alto, vestido de camisa blanca y pantalón *beige*, con una sombrilla larga colgada en el antebrazo. Caminó hacia a las obras y las contempló sin afán. Los meseros recogían las copas vacías abandonadas en el piso.

El maestro Oscar Jaramillo había llegado. Los pocos que quedaban en el sitio se le acercaron a saludarlo. Él pidió disculpas por la demora.

– ¿Y dónde están los muchachos?- preguntó.

– Ya se fueron.

El maestro rió.

– Son tan juiciosos que uno al lado de ellos se siente regañado.

Para él la noche era un recién nacido que chillaba y al que sólo podría callar una copa de vino. Brindó, solo, por el nacimiento de ellos, los ausentes.

– Son unos niños. Son como mis hijos. ■

**Retratos 1**

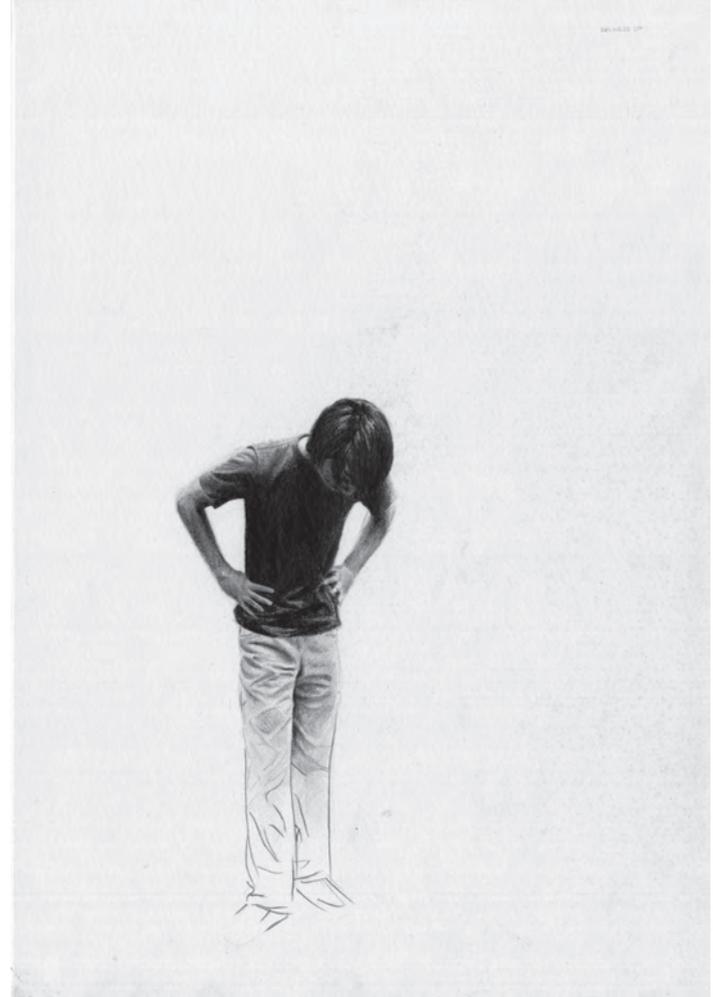
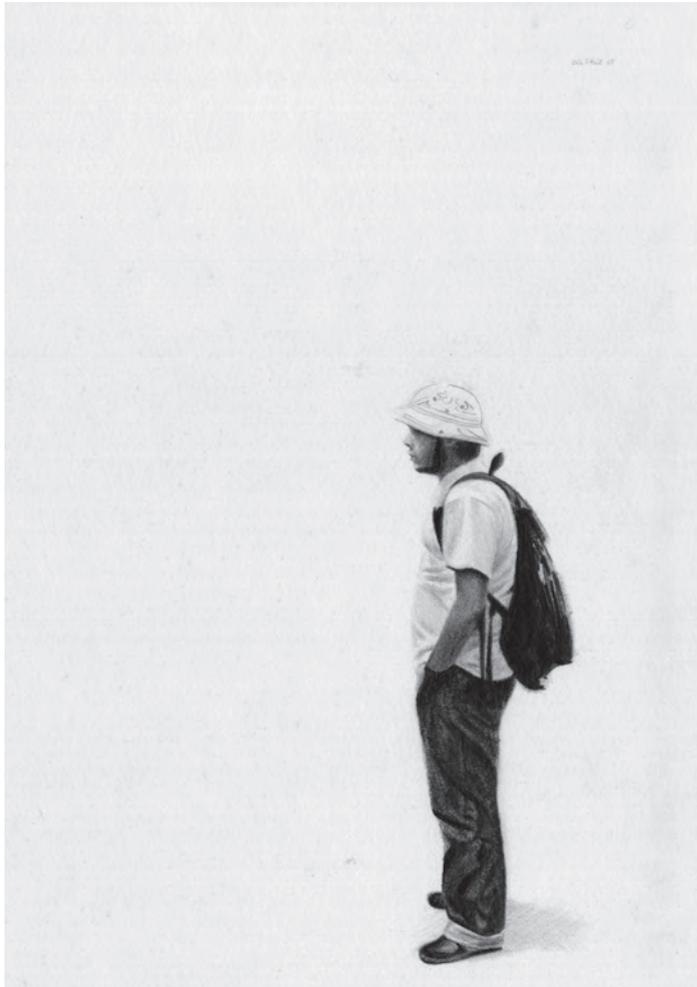
**Autor Cesar del Valle**

**Técnica: Lápiz sobre papel**

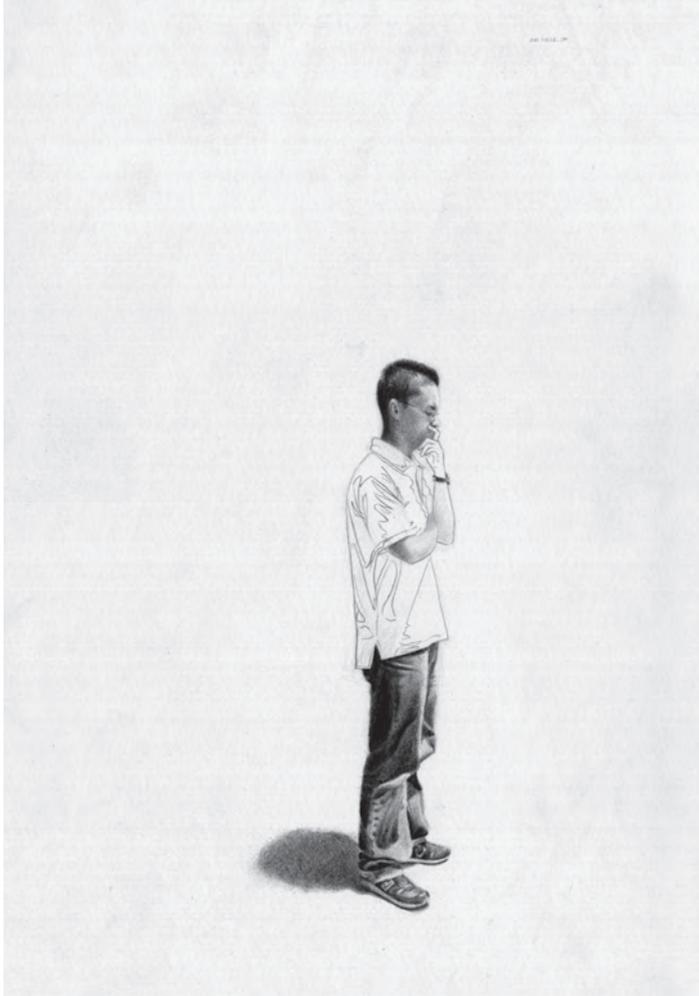
**Dimensiones: 25 x 17.5 cm.**

**Fecha: 2007**

**Nadir Figueroa**

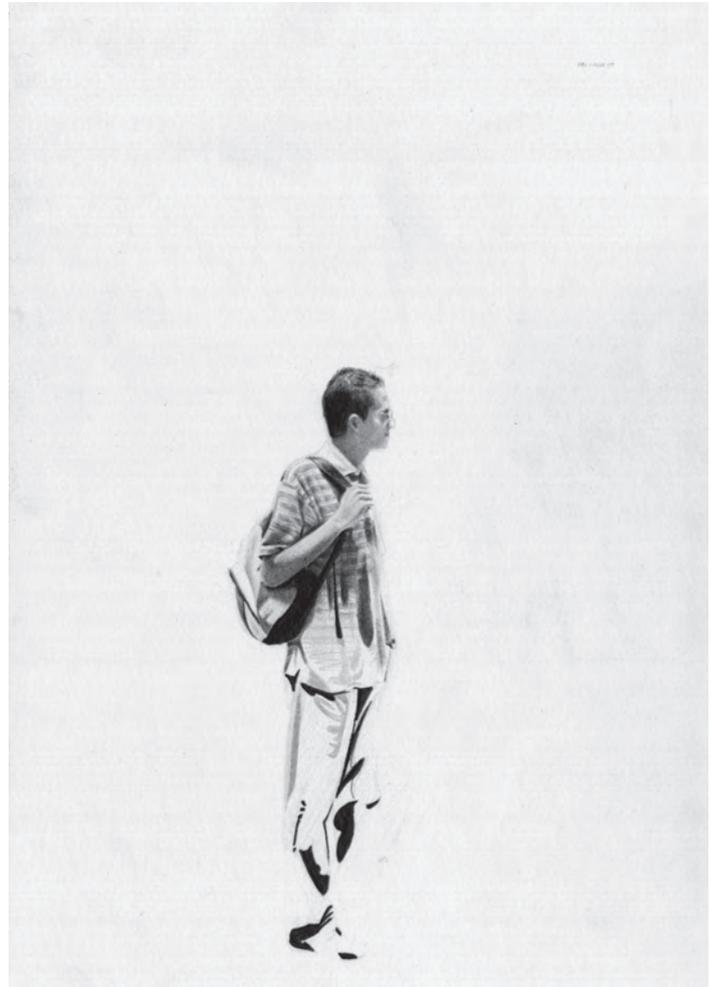


**Autoretrato**



Pablo Guzmán

Edwin Monsalve





Juan Pablo Tettay De Fex  
Daniel Gómez Roldán

Una arteria de Envigado, la carrera 44 A, entre las calles 30 sur y 31 sur, adquiere voz para contar el *boom* de la gastronomía en el Área Metropolitana del Valle de Aburrá. En menos de cinco años han abierto diez locales orientados por sabores del mundo que se suman al siempre vigente Trifásico y a los panes artesanales de Eduardo Madrid.

## La calle del sabor

**C**asi nadie sabe cómo me llamo, pero si preguntan por mí siempre van a tener la misma respuesta: es la calle del Trifásico, y no tendrán pierde. Me pueden encontrar en el barrio Jardines, a la entrada de Envigado, un pueblo grande al sur de Medellín. Hace cinco años era más tranquila, más calmadita. No había tanta bulla y no se sentían tantos olores deliciosos, ni había tanta gente. Todavía estoy llena de árboles grandes, como todas las calles del barrio. Eso sí, las flores que me adornaban ya no están.

En treinta años he visto servir muchos chicharrones. Dicen que el secreto está solo en los ingredientes: tocino de buena calidad, sal y abundante aceite hirviendo. Cuando se oye el crepitar de la carne de cerdo al caer a la paila, los clientes salivan. Después de probar una de sus patas todos quedan contentos, y prontico devuelven sus platos vacíos. Así ha sido siempre, nadie se queja y todos se van matados de la dicha. En todos estos años El Trifásico ha estado aquí y es como si fuéramos uno solo.

Ahora, cada día, al almuerzo y por las noches, llegan un montón de carros. La gente viene a comer a los restaurantes que abrieron hace poquito y me hicieron dizque famosa. Hoy le hago competencia a unas calles en El Poblado y en Laureles también conocidas por sus restaurantes. En sesenta metros son seis y, si se agrega una de las calles vecinas, el número sube rapidito a doce.

Tepito tiene el sabor mexicano.



Voy a empezar desde el principio. Hace treinta años, en 1982, don Orlando Montes compró un localcito en una esquina para abrir Asados La Parrilla, hoy conocido por todos como El Trifásico, por donde han pasado muchos ejecutivos y hombres de negocios. Esos señores, muy enchaquetados y encorbatados venían de cerquita, de empresas de vidrio, de cartón, de textiles y de lámparas: Peldar, Cartón de Colombia, Coltejer o Pavezgo. Escogieron esta esquina para cerrar negocios, hablar de plata, tomar decisiones o, simplemente, conversar de cosas sin importancia con una copita de aguardiente, una cerveza o un pocillo de tinto clarito. Empezaban cuando todavía había sol y tomaban la última gota cuando la luna se asomaba por las montañas. Los miércoles de clásico futbolero entre los equipos del alma, *El Poderoso* Deportivo Independiente Medellín y *El Rey de Copas* Atlético Nacional, todo se hacía más largo.

Los almuerzos aún son multitudinarios. No hay mesa vacía y muchos deben esperar a que se desocupe una. En una esquina, el noticiero acompaña a los comensales y el murmullo no deja oír a Julio Iglesias ni a Los Visconti. Los meseros corren de afán con platos y tazas y charoles y botellas. No descansan.

Cuando una mesa demora en pedir, los empleados miran como diciendo que hay más gente esperando. El lugar parece un restaurante de pueblo o quizás de carretera: el piso tiene diferentes tipos de baldosas; unas son rojas, otras veteadas con guayaba y blanco. Otras con amarillo y negro. Los manteles son de cuadritos rojos y verdes. La comida parece hecha por la tía solterona de una familia paísa.

¡Eso sí! ¡En gran cantidad! Bandejas montaÑeras de fríjoles con chicharrón de doble carril, dos hileras de carnosas y crocantes patas, acompañadas de arroz, tajadas de maduro, carne en polvo y guarapo. También sudados de lengua, posta y oreja con arroz, yuca y papa. Si se piden juntos, son el famoso Trifásico, el plato que le cambió el nombre a Asados La Parrilla. De postre brevas con arequipe. Muchos ven al almuerzo como una excusa para comenzar la tarde, porque con él viene el primer aguardiente y un ambiente más reposado, ideal para conversar, cerrar tratos y firmar cheques.

El Trifásico fue el punto de partida para lo que soy ahora. Pero si quieren que les cuente un poquito más de mi historia, tengo que hablar de Ramón Hurtado. Moncho, como le dicen los que viven por acá, es un hombre de pocas palabras,

se ríe de vez en cuando si le preguntan por sus nuevos vecinos, por los viejos, o cuando se acuerda del sabor de la comida que le preparaba su esposa, que se le murió hace pocos años. Es dueño del Restaurante Ramón. Sus clientes, los de toda la vida, son mecánicos y empleados de algunas de las empresas cercanas. Habla de la sazón del lugar, algo que le dejó su mujer a dos señoras que llevan con él más de quince años, “porque yo en la cocina no me meto”, suele decir. Adonde Moncho hay unos que van por las tortas de pescado, otros por los buñuelos. Casi todos llegan preguntando por las papas rellenas con carne molida de res, rebozadas con una mezcla de harina y agua que las hace crocantes si se comen frescas, recién salidas de las paila.

El Restaurante Ramón abre las puertas a las ocho de la mañana y las cierra doce horas después. Vende los tres golpes: desayunos de arepa y huevo, solos, en cacerola o con aliños. Al almuerzo, el sancocho es el preferido, pero también tiene típicas bandejas con frijoles o sopa con carne de res, cerdo o pollo. En la noche, tiene algo más ligero: arroz blanco, sueltico y esponjoso, servido con papa y yuca chorriadas con un hogao de cebolla blanca y tomate rojo. Él nunca ha ido al

Trifásico, asegura Moncho con un tonito y una carita medio irónica. Dice que es comida caché para gente pinchada. También lo dice de los nuevos vecinos, esos que llegaron hace cuatro años y me cambiaron un montón.

Y acá empezamos otra parte de la historia. Podría decirles que antes mi vida diaria era de los propios, de los que viven en el barrio, de los que trabajaban en las empresas textiles que hicieron que Envigado se convirtiera en un municipio industrial. Pero unos años después, en la oficina de planeación urbana de Envigado, le abrieron las puertas a otros.

Dijeron que yo tengo vocación comercial. Lo que se les pasó por alto es que soy estrecha y flaquita. No me caben muchos carros. Es imposible que uno se estacione detrás de otro, obstaculizando la circulación de los que me recorren. Además mis aceras son súper chiquitas y con los carros parqueados se hace muy complicado caminar. Estos son mis problemas. Faltan parqueaderos. El tráfico ha aumentado. La relación con los venteros ambulantes es a veces incómoda. Los habitantes se quejan por el ruido y por el cambio.

Las cosas se han multiplicado. Junto a los nuevos restaurantes llegaron otros negocios: una marquetaría y un estudio

**El Trifásico, lugar para gustos tradicionales. El nombre es oficial apenas desde hace un año.**



fotográfico, hoy cerrados. También vino el olor del pan fresco. Desde hace nueve años en un tallercito, bien escondido en un segundo piso, trabaja un panadero que se llama Eduardo Madrid. Este señor hornea todos los días amasijos convertidos en productos que llevan en bolsas las señoras encopetadas de El Poblado.

Entonces Madrid vino a hacerle compañía al Trifásico. Aunque no trajo mucha gente, llegaba un público muy diferente al que yo estaba acostumbrada. Pero con el pasar de los años se han multiplicado. Están llegando de todas partes de Medellín, atraídos ese montón de restaurantes abiertos hace poquito. El primero fue María Santo, un lugar de comida típica donde es recomendado el plato La Vuelta a Colombia: una bandeja llena de cositas fritas para picar: marranitas y aborrajados del Valle del Cauca, empanadas antioqueñas, chicharroncitos, patacones, carimañolas y arepitas de huevo de la costa Caribe, quibbes de la Sabana. ¿Qué es cada cosa? Venga, le explico: las marranitas son frituras hechas de plátano verde y chicharrón triturado; los aborrajados son de plátano maduro y bocadillo o dulce de guayaba; el patacón es el plátano verde frito y aplastado; las carimañolas son buñuelos de yuca rellenos

de carne o de queso y los quibbes son pequeñas croquetas de carne y trigo, una herencia siriolibanesa propia del Caribe. Este restaurante hizo que Medellín me empezara a mirar con otros ojos.

La responsabilidad de esa nueva mirada se la chantan a los Tres Sibaritas. Me acuerdo bien del día que llegaron por acá. Llevaban tres meses dando vueltas por Medellín, buscando una calle como yo. Los recuerdo saliendo del carro de sus papás y llegar al Trifásico. Se sentaban a escuchar las conversaciones de los grandes. Ese ambiente de camaradería hizo que pensarán unirse a sus amigos del alma al momento de crear María Santo.

Son tres. De seguro llevan el nombre Los Tres Sibaritas por un montón de viajes que han hecho. Así han aprendido a comer cosas diferentes a las que sirven en El Trifásico y en María Santo. Pero después empezaron a buscar sabores en otros países y abrieron Juana la cubana. Aunque no es un bar, muchas veces los fines de semana hay música en vivo. Las especialidades del lugar son, por obvias razones, los mojitos. Si se quiere probar de todito, lo mejor es pedir una Vuelta a la Isla, con chicharrones a la naranja, empanadas mixtas, yuca con mojo, tostones y torticas de plátano con chicharrón. En la carta están

también delicias cubanas como los Moros y Cristianos, la Ropa Vieja y la Vaca Frita. Todo eso porque los Sibaritas estuvieron en Cuba aprendiendo e investigando sobre las recetas y los ingredientes que se usan allá para cocinar.

Al mismo tiempo, abrieron otro lugar, Lucio Carbón y Vino, una parrilla argentina. Tiene como recomendado cualquier corte de carne: jugosos y siempre en su punto acompañado de un buen vino argentino o chileno. A Lucio lo invitaron Los Sibaritas. No hace parte de la sociedad, pero está claro que es amigo de la casa. En Lucio estoy notando un cambio en el paladar de los de aquí. Al almuerzo, los que vienen a seguir trabajando lo escogen porque en vez de aguardiente y comida típica encuentran vino de buena calidad y cortes finos. Razón para juntar placer y negocios. Les cuento esto porque Lucio es para los ejecutivos jóvenes un lugar de encuentros de trabajo, así como lo es El Trifásico. La diferencia no es el sitio sino lo que se toman. Acá no se servía tanto vino como se hace ahora.

Después, los tres socios abrieron Barbacoa Burguer & Beer. La camaradería y la amistad son muy importantes para ellos. Este cuento lo oí una vez que un periodista y un antropólogo se sentaron en una de las mesas de afuera del local, en el

lado occidental, a preguntar por mí y por los restaurantes que últimamente me han hecho tan famosa. Esteban Restrepo, uno de los socios de este negocio, contó que cuando sus amigos se quedaron sin trabajo, propusieron crear juntos el restaurante con una fórmula de la hamburguesa que ahora es la protagonista. Hoy, en la carta de esta hamburguesería, ingredientes delicados como los langostinos se mezclan con la rudeza de la carne de res, de la mostaza y de la salsa de tomate.

El pan es uno de los secretos de la casa: tienen una receta propia y, además del sabor, cuentan que resiste 250 gramos de carne, salsas y adiciones sin perder su consistencia. Dicen que es el resultado de una investigación de tres meses del cocinero Andrés Mejía, uno de los últimos en llegar a una de mis calles vecinas: abrió una panadería en un local en el que Los Sibaritas tenían su oficina.

El cambio no ha terminado. Hace poquito abrieron cuatro restaurantes más: la pizzería Olivia; Tepito, con sabor a México; El Barral, de cocina española; Mezzepasta, de carnes y paninis; y Estella, de comida *creole*.

Hoy pareciera no importar si hay lluvia o si no hay una silla para sentarse. Tampoco si no hay un lugar para dejar

el carro. Los restaurantes se mantienen llenos, unos más que otros. Las filas son largas. Algunos, pacientes, esperan a que se desocupe un lugar. Otros prefieren dar un *vuelton* buscando un restaurante menos vacío.

Por eso me quejo al decir que no se dieron cuenta que soy una calle chiquita y estrecha. Tantos son los problemas, que los dueños de los negocios formaron una corporación para ocuparse de ellos. Los restaurantes han puesto en las aceras sillas para que las filas se hagan menos insoportables y atienden desde el principio ofreciendo bebidas y tomando los pedidos de los que deciden esperar.

El crecimiento comercial hizo que el panadero Madrid decidiera salir del segundo piso para abrir, unas cuadras más abajo, un local más grande y con muchos parqueaderos. Los chismes cuentan que eso está quedando como una boutique. Lo mismo le sucedió al tradicional Trifásico que también debió engordar. Don Orlando hizo del espacio de una empresa familiar de confecciones que quedaba encima del local de siempre, un salón para el restaurante y allí tendrá cuarenta sillas más. En el nuevo mundo de platos que me hacen ahora tan multicultural los pasos y las voces se sienten afanados a la hora

de comer. De vez en cuando recuerdo los viejos tiempos reposados del Trifásico y me gana la añoranza. Al rato, en el trajín de bocados y sobremesas, me olvido, y me dejo ser sabores y multitud de sibaritas paisas con ganas de probar. ■

Las hamburguesas de Barbaoca & Beer, el secreto está en la carne y el pan.



Delcy Janet Estrada



Mirabay Montoya Gómez



Alejandra Montoya



Camilo Jaramillo  
Ronald Castañeda

De la salsa al tango, del pasillo al blues, un viaje sonoro por Medellín a bordo de tres mujeres. Vidas dedicadas a la música. Cantante, una, pianista, la otra, bandoneonista, la última. Vidas polifónicas atravesadas por notas y acordes, instrumentos y micrófonos, pero también por las incertidumbres de la ciudad que las vio nacer.

## Sonata para tres

**H**ela ahí: ella, Delcy Janet Estrada, de 14 años, última en la fila de pupitres a la derecha del salón. Mírenla: silenciosa, de cabello crespo alborotado, falda a cuadros, camisa blanca. No quiere salir al frente, le da pena. No quiere escuchar la rechifla de sus compañeros de colegio. Pero la profesora insiste:

– Delcy Janet, cante.

Días atrás, la misma escena. Ella, de última, casi escondiéndose entre la trapera y la escoba con que limpian el salón. Buscando hacerse la invisible. Y la profesora:

– Delcy Janet, pase al frente y cante.

Y tiempo atrás, en la misma clase, lo mismo:

– Delcy Janet, cante.

Así que era la tercera vez que su profesora de educación artística, Alba Ligia Jaramillo, se lo pedía. Pero Delcy moría de vergüenza ante la idea de abrir la boca y cantar. No importaba que

Delcy Janet Estrada pasa de la música andina a la música clásica con total naturalidad.



todos sus compañeros, incluso menores que ella, ya hubieran pasado al frente y cantado. Desafinados, sin ritmo, provocando la risa de todos. Ella no, no era para eso. Se había quedado siempre en su puesto. Hasta que su profesora le dice:

– Si no canta esta vez pierde la materia.

Lo piensa un rato. Tampoco es para tanto, se dice. Respira profundo, se levanta, camina lento al frente, con sus manos atrás. Se para delante de todos, cierra los ojos y sin más remedio canta:

*Recuerdo aquella vez que yo te conocí.*

*Recuerdo aquella tarde pero no recuerdo ni cuando te vi.*

Es “Alma, corazón y vida” del compositor peruano Adrián Flores Alván. Una canción que se sabe por una serie de televisión nacional presentada por aquellos días. La vio en la casa de una vecina porque en la suya no hay televisor.

*Alma para conquistarte, corazón para quererte y vida para vivirla junto a ti.*

Al fin termina. No hay rechiflas ni mayores aplausos. Solo su profesora que le dice:

– A la salida de clase me espera.

Y ella piensa: la embarré.

Luego de la clase, la profesora se acerca y se la lleva, tomada del brazo, al salón de profesores. Es un espacio de no más de diez metros cuadrados donde, delante de casi todos los docentes, le vuelve a decir:

– Cante, Delcy Janet.

Y Delcy, qué más da, canta la misma canción.

*Esas tres cositas nada más te doy...*

Aplauso de los maestros y luego a la rectoría. Ante el rector, un hombre gordo, bajito, muy serio, aquí va:

*Porque no tengo fortuna esas tres cosas te ofrezco.*

Tres veces la misma canción, aquella mañana de 1990 en la Concentración Santa Rita de Ituango, el único colegio de una vereda lejana en un pueblo de por sí lejano de cualquier cosa, menos de la violencia.

Entonces la profesora le dice al rector:

– Vea, don Fernando, esta niña tiene voz. No sé cómo, pero tenemos que apoyarla.

\*\*\*

Escúchenla: es Mirabay Montoya Gómez en la sala de su casa cantando *“Los aretes de la luna”* mientras posa para la cámara. Es así: *Los aretes que le faltana la luna los tengo guardados para hacerte un collar.*

*Los hallé una mañana en la bruma cuando caminaba junto al inmenso mar.*

Y Mirabay, mientras tanto, hace gestos de estrella de rock para burlarse un poco de todo eso: la industria de la música, lo *fashion*, la imagen. No es para parecer que no le importa. Es porque de veras no le importa.

La sala está tapizada con reproducciones de Frida Kahlo y fotografías de su vida artística. En el centro está El Señor Baldwin, el primer piano que pudo comprar su mamá, la pianista Teresita Gómez, después de 30 años de tocar en pianos prestados. Y Mirabay lo explica:

– En mi familia primero tuvimos piano que casa.

Lo dice sin dejar de posar, divirtiéndose un poco, condescendiente con la labor del fotógrafo.

Alguien le pregunta cómo llegó a la música. Y ella, entre *flashes*, responde:

Mirabay Montoya dedica gran parte de su tiempo a la música popular y folclórica.



A sus 26 años, Alejandra Montoya trabaja para ser directora de una gran orquesta con excelentes músicos.



– Llegué porque mi padre y mi madre durmieron juntos, como el cuento de las abejitas y las flores. Es más, ni siquiera yo lo decidí.

Y se ríe sola, con esa risa estentórea, caribeña, por la pregunta tan boba. Dice:

– No le busque tiempo a mi historia, ni linealidad. Yo soy música antes y ahora.

Se sienta en una silla para la última foto: un retrato.

El otro, a pesar de todo, no se da por vencido. Pregunta:

– ¿Pero cuándo tuviste el primer contacto con la música?

– En la placenta de mi madre -dice.

– Pero que lo recuerdes...

– A los dos años, con la "Partita N°3" de Bach.

– ¿Y en serio lo recuerdas? ¿A los dos años?

– En serio.

\*\*\*

Siéntanla: es Alejandra Montoya tocando el bandoneón. Abre sus brazos y el fuelle deja escapar ese sonido azul del tango. Sostiene el instrumento entre sus piernas, cierra los ojos. Suena la melodía de "Por una cabeza", de Gardel. En la guitarra, la acompaña su papá, Rodrigo Montoya. La gente del bar, conocido como Homero Manzi, en el centro de Medellín, observa en silencio. El bandoneón que Alejandra toca tiene más de 80 años. Fue construido en Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial. Ella apenas si se acerca a los 27 y es la única mujer en Colombia que interpreta este instrumento.

La cosa fue así: en su casa había instrumentos musicales por todas partes. Un violín allí, un contrabajo acá, una guitarra. En sus

primeras fotos, con un año de nacida, aparece sosteniendo una mandolina: su primer juguete. Alejandra comenzó a tocar el piano a los 4 años. Ingresó a un programa de iniciación musical en el Instituto de Bellas Artes.

– Me aprendí primero el pentagrama que el abecedario – recuerda.

Algo muy natural en la casa de un músico como su papá. Él había estudiado en el conservatorio de la Universidad de Antioquia y tocado en grupos de toda clase.

Para cuando Alejandra tenía 14 años y una década de tocar el piano, su padre le propuso hacer parte de un conjunto de tango dirigido por él: El Quinteto Clásico.

Una propuesta que le sonó a medias. La verdad es que, al principio, esta música de arrabal no le gustaba. Prefería la bossa nova y la música clásica. Y, a escondidas, el rock. Igual dijo que sí. Ni modo de contradecir a su padre. De tanto ensayar, de tantos conciertos donde veía lo que el tango producía entre la gente, comenzó a sentirse atraída por las historias de amores de puñal, por el aire de nostalgia de ese ritmo porteño.

Tanto se metió en aquello, que perdió el año escolar y no quiso volver al colegio Santa Inés. Prefirió dedicar todo su tiempo al piano.

Con El Quinteto Clásico –un bandoneón, dos violines, un piano y un bajo– comenzó a recorrer la ciudad, a ganar dinero. Un fin de semana el recital era en La Casa Gardeliana, en el barrio Manrique, y al otro en El Patio del Tango, en el Barrio Antioquia. O fuera de Medellín. De aquí para allá, ensayando, tocando todo el tiempo.

– A mí me encantaba eso: el tango, la música. Pero me aburría montones el ambiente de los bares, trasnochar de ese modo. Mi amigo más joven era un violinista del grupo que tenía 46 años.

Y aunque sentía que maduraba muchísimo viviendo entre gente mayor, escuchando sus historias, era algo extraño saber que tenía admiradores de 70 años.

\*\*\*

Hela ahí, casi un año después, un 20 de julio de 1991, en el parquecito Santa Rita de Ituango. Delcy Janet a punto de cantar el Himno Nacional. Ya no está nerviosa: se ha convertido en la cantante oficial de su colegio. En cualquier acto cívico, en las fiestas institucionales, ella de primera en la lista, cantando. Ensayo cada música con su profesora. Doña Alba le enseña bambucos de Luis Uribe Bueno y baladas de Vicky. La pone a cantar sosteniendo un cepillo de pelo en la mano, como si fuera un micrófono.

Mírenla: tiene una voz dulce. En la vereda comienzan a reconocerla por eso, a llamarla “la niña que canta”. Mientras Delcy entona el himno nacional, un guerrillero la filma con una cámara casera. No es para asustarse. Así es en Santa Rita de Ituango, o el menos así era por aquellos días: la guerrilla, se paseaba la mar de tranquila, por las calles. La guerrilla como autoridad.

Santa Rita de Ituango, principios de la década de 1990: un solo teléfono, cuatro calles, un parquecito a medio pavimentar, una iglesia grande para un pueblo chico, montañas por todos lados, poco más de mil habitantes viviendo de la agricultura. De vez en cuando el ejército hace presencia y la guerrilla desaparece. Luego el ejército se va y la guerrilla vuelve. Un vaivén que, como saldo, deja muertos y temor entre la población.

Delcy tranquila, hoy, 20 de julio. Luego del acto cívico el guerrillero va hasta una tiendita, ahí mismo en el parque y conecta la cámara a un televisor. La gente se acerca para ver. Delcy entre

todos. Lo recuerda como la primera vez que se ve en la pantalla, como toda una artista. Y le gusta eso.

Su pequeña fama de cantante veredal crece. En el municipio se organiza un concurso de canto y Delcy representa a Santa Rita. Es casi la primera vez que sale de su vereda. Viaja con un par de compañeros de colegio que la acompañan en la guitarra. Canta un bambuco de José A. Morales, “El corazón de la caña”. Ocupa el segundo puesto y con ello la posibilidad de competir contra otros pueblos del norte de Antioquia. En esta segunda vuelta gana, con “Cuando voy por la calle”, un vals de Jaime R. Echavarría. Se convierte en la representante del norte del departamento en el concurso. Antioquia le canta a Colombia.

Así que días después viaja con su mamá hasta Medellín. La ciudad le parece un escenario donde todo es repetido. Casas iguales, edificios iguales. Vestida de chapolera, canta un bambuco. No queda ni entre las finalistas, pero su nombre sale en el periódico por primera vez. Eso, en Santa Rita, es un triunfo tremendo.

Le gusta su vida, su vereda. Le gusta saber que hay naranjas, guayabas, moras en cualquier parte. Y gratis. Solo es cuestión de subirse al palo. Todo va bien.

Hasta que cierto día de principios de 1992, Guillermo, el comandante guerrillero de la zona - frente 35 de las Farc- se le acerca en la calle y le regala dos casetes, uno de Mercedes Sosa y otro de Violeta Parra.

– Quiero que se aprenda “Gracias a la vida” y “Me gustan los estudiantes” -le dice.

Eso cae como una bomba de hedor en su casa. Ni a don Saúl y ni a doña Leticia, padres de Delcy, ni a ninguno de sus tres hermanos, les gusta esa cercanía con la guerrilla. Cercanía que no mengua: cada cierto tiempo los guerrilleros van a la casa de los

Estrada, filman a Delcy cantando. A ella le gustan las canciones, de hecho. Pero hasta ahí. Sus padres temen que sea una forma de engatusarla y que se vaya para el monte. Temen que resulte como mujer de comandante. Delcy también lo teme.

La decisión es simple: enviarla donde un tío a Ituango, a que empiece noveno grado y decirle a todos en la vereda que la mandaron para Medellín. Delcy sola, lejos de su familia, en un inesperado cambio de vida. La niña de repente se enfrenta a ser mujer. ¿La salvará el canto?

\*\*\*

Sobre Mirabay Montoya cae todo el peso y honor de ser la hija de Teresita Gómez, una de las pianistas más reconocidas de Colombia. A los 7 años Mirabay comenzó a cantar en coros de óperas mientras su madre trabajaba como correpetidora, pianista acompañante. *Bohemia*, *La Traviata*, *Carmina Burana*, fueron sus primeros contactos con la música y el escenario. Por eso dentro de un teatro se siente en su lugar:

– Los camerinos me encantan, el olor de los teatros es maravilloso.

– ¿Mirabay, te pareces mucho a tu mamá?

– (Risas) Como puedes ver ni mamá ni yo vivimos en casas tradicionales. Nos falta el cuadro de “La última cena”, “El sagrado corazón”. No hace parte de nuestra iconografía.

Mirabay no llama a Teresita como “mi mamá”, la llama “La Maestra”. Es su asistente, su secretaria: contesta sus cartas, le agenda conciertos, calibra sus pianos, su forma de vestir, su hora de llegada y de salida. Dice que ahora inflan este oficio con el nombre de *manager*.

Mirabay es rigurosa con la puntualidad y la planeación. Atiende a los periodistas solo si son puntuales.



– ¿Por qué le llamas “La Maestra”?  
– Porque ella es maestra de vida. Uno se da cuenta que le tocó fácil, que realmente uno está recogiendo la cosecha y el trabajo de ella.

– Y como colega...

– Excelente, porque no trabajamos en lo mismo. Más que la cercanía es la instrucción. Grabé mi primer bolero a los 22 años, en Bogotá. Cuando ella lo escuchó me dijo: “No, hija, para cantar bolero primero hay que vivir”. Y nunca más volví a cantar boleros hasta que saqué mi primer disco, Palabras, a mis 42 años.

– ¿Y qué te dijo Teresita?

– Me dijo que ya estaba empezando a hacerlo mejor.

\*\*\*

La cosa fue así, decía: con el Quinteto Clásico, Alejandra recorrió la Medellín tanguera. Tocó en bares, cantinas, casas, teatros, tablados de barrio, fiestas de pueblos. Es que el tango es tan de Medellín como de Buenos Aires. No por nada, dice la leyenda, Gardel decidió morirse en esta ciudad.

Alejandra ganaba igual que los otros músicos. Era tan buena como cualquier pianista de conservatorio. Entre bares, compartiendo con los músicos del tango, aprendió que en este ritmo no se trataba tanto de seguir la partitura como de ponerle el sentimiento del intérprete. Aprendió a improvisar, a sacar adelante una canción de oído. Esas ventajas que dan la calle y difícilmente un libro de técnica musical.

Creció entre viejos, en definitiva. Una condición que le permitió desarrollar su instrumento, conocer el alma del tango, pero a su vez traía su desconsuelo.

– Es que a veces no era tan bueno tocar con mi papá -dice. Peleábamos hasta en tarima, nos hacíamos escenas. Recuerdo una vez en que me dijo que le organizara unas partituras, para un concierto en Manizales. Yo se las organicé, pero cuando llegamos a tocar él buscó mal y entonces me gritó reclamándome por qué no le había organizado eso. Y yo le dije que nunca en la vida le volvía a organizar una partitura. Otra vez, en un bar en Las Palmas, mientras nos estaban filmando él me decía: ¡estás corriendo en el tiempo de la canción, estás corriendo! Y yo: ¡dejé la bulla que nos están filmando!

Aunque le debiera todo a su papá, de alguna forma Alejandra sentía que necesitaba conocer otra cara del mundo y de la música. Un escape que encontró en el rock. Y, paradójicamente, en el mismo tango, solo que tocando el bandoneón.

\*\*\*

Hela ahí. ¿La ven? Es Delcy Janet Estrada en un salón de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, frente a la pianista Teresita Gómez y al maestro Detlef Scholz. Va a presentar su audición para ingresar a la universidad, a la carrera de canto. Y está nerviosa, mucho. Afuera, mientras esperaba a que la llamaran, veía a los otros jóvenes prepararse también para la audición. Algunos con una guitarra en la mano, virtuosos, otros cantando arias o estudiando partituras. Y ella, ella apenas si sabe de pasillos y bambucos colombianos, o algunos boleros, o las baladas de los setenta que se escuchan en Ituango. Se siente inferior, sin técnica, menos preparada.

– ¿Qué va a cantar, muchachita? -le pregunta Teresita Gómez.

– “Amo”, de Arnulfo Briceño.

– ¿En qué tono?

– En mi menor.

Teresita, que siempre ha gustado de la música colombiana (condición que le marcó muchas dificultades en su carrera), se sabe la canción, se sienta frente al piano, ensaya un poco la melodía, y dice:

– Adelante.

Para entonces, esa mañana de octubre en 1995, ya habían pasado muchas cosas en la vida de “la campesina que canta”, como la llegaron a llamar. Había vivido un año en la zona urbana de Ituango, en la casa de un tío. Había preparado arepas, que le vendía a un tendero, para sobrevivir. Había madrugado muchos meses, a las cuatro de la mañana, a asar y moler.

Había cantado mucho también. Representó otro par de veces a su municipio en *Antioquia le canta a Colombia* y quedó entre las finalistas. Y lo mejor: había salido en televisión regional.

Se cansó de la violencia en Ituango, de saber de tantos muertos. El negocio de arepas había fracasado. Se fue a vivir a Medellín, donde unas primas mayores. Con 17 años, había trabajado en una fábrica de confección y validado décimo y once en un instituto del centro de la ciudad.

Recorrió mucho la ciudad. De muchas formas, a pie o en bus. Madrugaba, trabajaba, estudiaba, volvía en la noche exhausta.

Aprendió algo más de canto, de tanto presentarse a concursos. Le habían dicho que, en la de Antioquia, enseñaban esa carrera. Pensó que, quizás, eso era lo suyo.

Por eso estaba allí. Jhon Castaño, un guitarrista que le había ayudado a preparar la audición, le dijo que, si le preguntaban, respondiera que estaba en mi menor. Ella, que cantaba pero no entendía de instrumentos musicales, se limitó a seguir las instrucciones de John.

Luego de la audición, Delcy volvió a mirar los chicos afuera, con sus canciones raras, agudas. Alguien le explicó que el énfasis de la carrera es el canto lírico. ¿Canto qué? Música docta, le dijeron. Vaya, ¿y eso con qué se come? Ella se sabe muchas canciones de Claudia de Colombia, pero de lírica y eso nada. ¿Música docta? ¿Entonces esa carrera sí será lo suyo?

\*\*\*

En 1983, bajo la presidencia de Belisario Betancur, Teresita Gómez fue designada como agregada cultural de la República Democrática Alemana, donde estuvo con su familia durante 5 años. Y Mirabay con ella. Tenía 15 años cuando partió. Para ella haber estado en Alemania no significó mayor sufrimiento: aprendió el idioma en 4 meses y le encantaba la puntualidad germana. Nunca se sintió discriminada por ser negra, como sí se sintió muchas veces en Colombia. Los insultos o los rechazos no llegaban tanto por lo negra como sí por "sudaca", "tercermundista".

– El problema es de aquel que lo sufre. Sí, soy negra, ¿y? También lo puedo entender, es cultural, viene con nosotros, con nuestra colonización.

Mirabay Montoya hizo sus primeros estudios artísticos en Alemania Occidental, en la escuela Stagefright de Berlín, adjunta al conservatorio Hoch Schule der Kunst.

– Canté para la audición "La cumbia cienaguera" y competí con rusos, coreanos, italianos. Todos presentaban óperas, arias, y yo me presentaba con un grupo instrumental colombiano, todos folclóricos, sin zapatos: *La cumbia cienaguera que se baila suavezona... iepa!*

Mirabay Montoya es reconocida como cantante de música popular. Su primer encuentro profesional fue con la gran Totó La Momposina y con su hermano, Daniel Basanta. Tenían un grupo de danza llamado Macondo, con el que viajaron a Túnez. Cuando llegaron a Alemania le dijeron que Totó necesita una corista. Canta con ella en Basilea, Suiza.

– Y con Totó, todo fue de una.

Como si fuera ayer, Mirabay, en el centro de su cocina, mueve sus hombros, abre sus manos y canta: *Si se quema el monte déjalo quemar, que la misma selva quiere retoñar*. La música popular y folclórica colombiana estaba en la sangre de Mirabay. Solo le faltaba reconocerla y ese fue el papel de Totó La Monposina.

– Pero Mirabay ¿no tenías susto en la audiencia?

– ¿Yo? Care palo. Porque en la audiencia me preguntaban: ¿y qué aria vas a interpretar? Y yo que "La cumbia cienaguera". Nosotros jurábamos, convencidos, que la estábamos sacando del estadio, y de hecho sí, pero desde nuestro punto de vista. Porque en la calificación nos fue fatal. Ahora, años después, pienso que debí haber dicho que eso era un aria del folclor colombiano.

\*\*\*

El bandoneón estaba ahí, entre tantos instrumentos de su casa. Tras la insistencia de su padre, Alejandra comenzó a tocarlo. De a poco, sacándole melodías de oído, entendiendo con paciencia el carácter del instrumento: los 71 botones color marfil, el cuerpo de madera, el fuelle largo que encanta tanto a los espectadores cuando se abre. Alejandra tenía 19 años cuando eso, y a los ocho meses de ensayar comenzó a presentarse en vivo con su papá. Así nació, oficialmente, el Duetto Montoya.



Hay pocos bandoneonistas: ni siquiera en Buenos Aires abundan. Tampoco abundan los bandoneones. La última fábrica cerró con la Segunda Guerra Mundial. Entonces a Alejandra comenzaron a llamarla para que acompañara a cantantes o músicos que venían a Medellín. Ya fuera con el bandoneón o con el piano, que toca aún mejor.

Cuando los bandoneonistas argentinos Ramón Quevedo, Norberto Pivatto y Abel Stagnaro vinieron a Medellín a conmemorar

los 69 años de la muerte de Carlos Gardel, en un concierto en el Teatro Metropolitano junto con la Orquesta Filarmónica de Medellín, ella los acompañó en el piano. Cuando los gauchos Lilian Duque y Marcelo Santos vinieron a cantar, ella los acompañó en el bandoneón.

Se convirtió, sin pensarlo, en la única bandoneonista del país. De ahí que le resulten propuestas para acompañar orquestas de tango dentro y fuera Colombia. Algunas las rechaza: prefiere esperar un poco, aprender más primero. Sabe que, para eso, ya llegará el momento.

No es que no le guste tocar con su padre. Al contrario. A él le debe la música, la rigurosidad, el valor como artista. El Duetto Montoya -sucesor del Quinteto Clásico- sigue tan activo como hace siete años. Pero sabe también que ya, a los 26 años, es momento de comenzar a ser.

Y así, en esa búsqueda, llegó el rock.

Un ritmo hace años impensable en su casa, donde sonaba música brasilera y clásica. Pero ella, a escondidas, se quedaba atenta a escuchar la música de un vecino que deliraba con el metal a todo volumen.

– A veces me quedaba hasta las dos de la mañana pendiente de lo que sonaba al frente.

Y lo que sonaba era Rammstein, un ruidoso grupo alemán, o System of a Down, representante del llamado nü-metal.

La joven de corazón tanguero y virtuosismo de música clásica, sentía que tenía alma de roquera. Por eso cuando un compañero de Bellas Artes, que lideraba una banda de metal, le propuso hacer un par de años integrarse a su grupo en los teclados, no dudó en aceptar. Y anunció en su casa:

– Me metí a una banda de rock.

A los quince días ya estaba tocando en vivo con esta banda.

\*\*\*

Mírenla: es Delcy Janet Estrada en el escenario del Teatro de la Universidad de Medellín, uno de los más importantes de la ciudad. Viste un traje blanco y negro como la piel de una cebra, brillante. Detrás de ella, una orquesta sinfónica la acompaña. Suena el piano. Suena el violín. Caen luces azules. Y canta:

*Viví y disfruté*

*no sé si más que otro cualquiera,*

*y sí, todo esto fue a mi manera.*

Es 15 de septiembre de 2012. Delcy ya no sabe cuántas veces ha pisado este escenario. Ni el Metropolitano, ni el Pablo Tobón Uribe, ni muchos otros de igual importancia. Desde que comenzó a estudiar en la Universidad de Antioquia, su carrera ha sido un continuo ascenso, una mezcla entre lo lírico y lo popular que no siempre ha sido bien vista entre académicos de la música. Lo mismo que le pasaba años atrás a la maestra Teresita Gómez cuando terminaba sus recitales con una canción colombiana.

Pero en Delcy todo esto fue inevitable. De la universidad adquirió la técnica, de su tierra el gusto por los sonidos andinos.

Hela ahí: sola en una ciudad ajena, con sus padres lejos, sin su campo. Abriéndose paso con su voz. Cantando donde la

llamaran. Al final, en su quinto intento, gana en *Antioquia le canta a Colombia*, en 1996. Un par de años después gana el festival Mono Núñez, el más importante del país en música andina. Graba discos, hace parte de coros.

No teme pasar de una ópera a un pasillo, del formato grandilocuente de las sinfónicas a la mera compañía de una guitarra. Delcy representa una generación de músicos que combina sin problemas lo popular y lo clásico. Que adoran, al mismo tiempo, a Carlos Vico y a Haendel.

Músicos que le han dado a lo colombiano mayor rigor en el canto, gracias a la lírica. Músicos que le han dado a la lírica la frescura de lo colombiano.

¿La ven? Gana concursos aquí y en el exterior, participa en montajes de ópera, canta en México, Ecuador, Cuba, Estados Unidos, Argentina. Sale en periódicos y revistas, presenta programas de televisión. Pero sigue siendo “la niña que canta”: sin alardes, con una sonrisa limpia cuando ríe.

Suena la última estrofa:

*Tal vez lloré, o tal vez reí,*

*tal vez gané, o tal vez perdí,*

*ahora sé que fui feliz,*

*que si lloré, también amé,*

*puedo vivir, hasta el final, a mi manera.*

Cuando habla, tiene cierto acento de pueblo, que no es gratuito. Aunque sus padres ya vivan con ella en Medellín, imagina su lugar ideal como la finca en Santa Rita, al lado de la quebrada.

Por lo pronto seguirá aquí, en esta ciudad que ama y a la que, dice, le debe gran parte de su carrera. Lista ahora para salir al frente cuando alguien le pida:

– Delcy Janet, cante.

\*\*\*

Si se contaran los años que Mirabay lleva en la música, desde la placenta hasta ahora, se diría que tiene 45 años en ese trajín. “Póngale que estuve en unas 50 orquestas”, dice con cara de aproximado. De vuelta a Colombia, en 1991, llegó a la salsa con Connie Riveros, la orquesta femenina Yemayá, la orquesta Cañabravas; a la música popular con la agrupación Nueva Cultura, Nicoyembe; al folclor con Delia Zapata Olivella (“Mama Yeya”) y su palenque; el Ballet Folclórico Sonia Osorio... Perdemos la cuenta.

–¿Un instante, un momento inolvidable, Mirabay?

– En Bogotá, cantando con Joe Arroyo y La Sonora Ponceña, la canción “Hay fuego en el 23”. Ese momento, ese instante...

En la casa de Mirabay, sobre El Señor Baldwin, hay una agenda apretadísima. No le cabe una letra en cada cuadrito del calendario. “Tengo 30 estudiantes, mis conciertos, soy la asistente de la maestra... uf... ”.

– ¿Te sientes bien enseñando para todo tipo de músicos?

– Trabajo para la industria de la música, que no es para la música. En la industria de la música son pésimos músicos y los músicos somos los músicos. Los músicos armamos la industria de la música, porque los músicos de algo tenemos que vivir, aunque sea de los zopilotes que ponen la cara.

– ¿Y tiene muchos de esos que ponen la cara?

– Prenda la radio...

Ronda por la sala La Negrita, una gata, su dama de compañía. Mirabay dice que lo siente mucho, que la disculpen pero tiene que ir a despedir a La Maestra porque sale para Bogotá. Además, debe organizar el programa, la agenda, preparar sus clases. Suena el teléfono. Es La Maestra y Mirabay le dice:

– Mira las obras de Debussy. Tú llegas el domingo, alcanzamos a organizarlo para el lunes. Relajémonos. Si eso se va así luego estamos cambiando las cosas...

Cuelga el teléfono y dice con un gesto de preocupación:

– Es que pensar esos programas a la lata no funcionan.

– Mirabay, cierto que tú cantaste recientemente con tu mamá en el Teatro Matacandelas...

– ¡Claro!, y ahora estamos preparando... ¡Ay, me acordaste, casi se me quedan las partituras de La Maestra!

Mirabay, afanada, corretea por su casa. Todos se despiden. Pero antes de que salgan, como un fogonazo, como si cayera en la cuenta, dice:

– Una cosa sí les pido. No vayan a retocar mis fotos. A mí déjenme tal cual soy.

\*\*\*

Hace un mes que Alejandra Montoya probó, por primera vez, el vino barato. Hace cuatro meses que, por primera vez, tiene un novio: el guitarrista de una banda de música alternativa.

– Es como si todo lo estuviera viviendo a la inversa.

Y lo dice por la música también. Ahora piensa en la necesidad de pasar por una academia formal. Aunque lleve toda una vida en clases particulares y en Bellas Artes en cursos de extensión, aunque su padre la haya acercado al mundo de la música como el mejor de los maestros, le falta algo que, tristemente, este sistema exige para ciertos trabajos o estudios: un diploma. Y sin ese no puede estudiar la maestría en dirección de orquesta.

Sabe que ya tiene -y lo saben quienes tocan con ella o quienes la escuchan- lo que se consigue con la experiencia: ese *feeling*, la capacidad de improvisar en vivo, de no amedrentarse ante una partitura difícil, de acompañar a músicos de muchos estilos, de tocar rápido y suave dependiendo la intención de la obra.

– Toco lo que sea -dice, riendo.

En parte es un chiste. En parte no: hace unos meses, por ejemplo, fue seleccionada para ser la pianista acompañante de la Red de Coros Juveniles de Medellín, un trabajo para el que audicionaron a músicos graduados de diferentes universidades de la ciudad.

Con el coro, ha montado la “Misa de Coronación” de Mozart, un concierto de música Colombia y “El Fantasma de la Ópera”. Ahora trabaja en “Carmina Burana”, una cantata escénica compuesta por Carl Orff.

– A mí me dicen que soy tanguera los viernes, metalera los sábados y clásica los domingos.

La verdad es sí. Y le gusta. La música se complementa, cada ritmo la lleva a experiencias diferentes. En el metal encontró su generación, la energía en vivo. En el tango, el sentimiento. En la clásica, el virtuosismo. Cuenta, orgullosa, que en pleno Festival de Tango de Medellín se fue a “mochiliar” a Barranquilla y Cartagena, en una pequeña gira de su banda. Su padre la necesitaba para los conciertos durante el Festival, pero le dijo: “Váyase tranquila”.

Un día acá, un día allá, sin descanso. Alejandra comienza a volar. Toda ella música. Música todo el tiempo. Vida.

A veces, cuando algún académico la ve tocar y, sorprendido, le pregunta de qué universidad salió, ella dice, segura:

– De la calle, mi hermano. ■





María Camila Vera Arias  
Juan Esteban Agudelo Restrepo

## Esta crónica busca un mecenas

¿Dónde están los mecenas de Medellín? ¿Hay todavía quienes sostienen a los artistas con dinero y le dan libertad para que sigan creando? Con esas preguntas en la cabeza, dos cronistas salen a recorrer la ciudad. Intentan encontrar quiénes son aquellos que están dispuestos a desprenderse de parte de su fortuna por amor al arte. Parece una tarea difícil, en la que el tiempo y el destino no están de su lado.

-¿Están buscando un mecenas? Ja ja ja... Se ríe Alberto Correa sentado en su oficina de la Orquesta Filarmónica de Medellín.

- Si lo encuentran me avisan y yo voy a visitarlo con ustedes.

¿De dónde vamos a sacar un mecenas cuando aquí todo el mundo dice que no hay? ¡Que no hay! Que hubo hace años pero que ya se fueron del país, que están sin plata, que ya están muy viejos, que se murieron. O bueno, que mecenas sí hay, pero muy poquitos y muy escondidos: les da miedo salir a luz pública y que el tipo equivocado llegue a saber de ellos, porque al otro día amanecen secuestrados o extorsionados y chao pinturas y esculturas y ahorros de toda la vida.

Sabemos de un odontólogo que puede ayudar, uno que fue Secretario Departamental de Educación, pero no contesta el teléfono.

Y hombre, puede que sí haya mecenas, pero no son personas, son empresas y fundaciones.

- Y una vez –cuenta el maestro Correa- una de esas empresas me dijo que como todos los pobres siempre les iban a pedir, ellos ya tenían listos unos paqueticos con plata. Hay apoyos, pero no un mecenazgo como tal. Esto se volvió casi una limosna.

Y lo siguiente que hace es levantar el dedo índice para señalar en su biblioteca de partituras el borrador de un libro que la Filarmónica no ha publicado porque imprimirlo vale 60 millones de pesos y ellos, los músicos, prefieren usar la plata para comprar instrumentos musicales.

-¡Que pereza ir a rogar a las editoriales!, luego lo pongo en el computador y que de ahí lo baje el que quiera.

A él no le fue tan mal. Desde que fundó la Filarmónica en 1983 se las ingenia para conseguir quien los apoye y seguir tocando. A cambio da conciertos, incluye logos en los programas y menciona a los benefactores. Pocas, casi escasas, son las veces en las que no debe dar nada a cambio. Solo seguir haciendo música. Aún así, ni él ni la Orquesta han conocido un verdadero mecenas.

Félix Ángel, artista antioqueño y exdirector del Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo repitió lo mismo que todos: que no, que no hay:

-El mecenazgo no existe en Medellín. Diría que no existe en Colombia. Por mecenazgo me refiero a lo que hizo que en sociedades como la florentina, la romana y la milanesa se crearan



obras de arte extraordinarias. Como cuando el duque de Milán contrató a Leonardo da Vinci. No hay personas ni empresas que se conviertan en patrocinadores de un artista porque no consideran su trabajo importante para la ciudad. Puede que haya uno que otro caso aislado.

Buscamos un mecenas de esos del Renacimiento. De los que patrocinaban a un pintor, a un músico, a un escultor. Que les daban con qué comer, dormir, trabajar y hasta rumbar. Un mecenas: una persona que cubre todos los gastos de un artista, escritor o

científico para que este pueda dedicarse por completo a su obra. Que no solo le da una ayuda, sino que lo sostiene. Que financia cada necesidad que tenga para que su única preocupación sea crear. Queremos encontrar a los Medicis provincianos, al Federico de Montefeltro paisa.

-Buenas tardes señor, estamos buscando un mecenas.

Y lo que sigue es la misma respuesta con distinta cara: unos se ríen, voltean los ojos, tuercen la boca y finalmente todos dicen que si encontramos uno le avisemos. Otros, cuando ven la desilusión, ahogan la risa pero repiten que no, que de eso ya no hay.

El más creativo dijo:

-¿Ustedes están buscando un mecenas del arte en Colombia para escribir un artículo? pues tienen dos opciones: escriban una tragedia o escriban una comedia.

Pero hay que encontrar un mecenas.

-¿Y el odontólogo?

El odontólogo es Leonel Estrada, pionero de la ortodoncia a quien el arte nunca le pareció una bobería. Le gustaba tanto que también estudió pintura, fue uno de los primeros pintores abstractos locales, sino el primero. Convirtió la Casa de la Cultura de Medellín en el Instituto de Artes Plásticas, la base de lo que hoy es la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. También hizo el Conservatorio de Música de Antioquia, que ahora es el Departamento de Música de la misma universidad. Estuvo detrás de las Bienales de Arte de Medellín y apoyó la creación del Museo de Arte Moderno.

Pero don Leonel no contesta el teléfono. Toca seguir buscando.

-Hablen con los de Casa Teatro El Poblado, ellos tienen un mecenas.

Y no, no tienen un mecenas. Tienen un grupo de amigos que juntaron una plata para montar un teatro porque en ese lado de

la ciudad, en el Sur, no hay escenarios culturales. Pero no es que ellos puedan sostener el Teatro: ya tienen una deuda bancaria encima y lo que resulte debe ser autosostenible.

-Vean, hay un señor en Envigado que ayuda cantantes y estudiantes.

Y tampoco. El señor apoya más estudiantes que cantantes y los estudiantes son de ingeniería. No, no es un mecenas. Él es el primero en decir que está muy lejos de eso:

-Lo que pasa es que tengo el palito para dar con artistas pobres.

Hasta Sergio Esteban Vélez, conocido en la ciudad como el Niño Poeta, metió la cucharada en la búsqueda del mecenas:

-Queda el doctor Adolfo Arango, pero no puede hablar porque le dio un derrame cerebral. Fueron grandes mecenas don Diego Echavarría Misas, José Gutiérrez Gómez y Jorge Rodríguez Arbeláez. Y hubo el caso de una dama mexicana establecida en Medellín: Antonieta Pellicer viuda de Vallejo, que apoyaba a todos los artistas.

Pero ya no están.

Está Fernando Botero, que se fue de Medellín siendo el bobo del pueblo por querer ser artista en una cultura de comerciantes, y llegó a Nueva York siendo el tercermundista desubicado que pretendía ser figurativo cuando la moda era ser abstracto. Cincuenta años más tarde se ha convertido en uno de los pintores más cotizados del arte internacional, y con su propia fortuna ha donado a dos museos colombianos, el Museo de Antioquia y el Museo Botero, costosísimas obras de arte de los más grandes nombres de la pintura: Picasso, Degas, Dalí, Monet, Matisse, Renoir, Tàpies, Freud, Ernst, y la lista sigue. Lo último que hizo fue diseñar una botella de ron con la condición de que le dieran parte de la plata recogida al Museo de Antioquia, y se estima que esa *platica* sean siquiera 900 millones de pesos.

Pero tampoco es un mecenas. El Museo ha crecido por él, sí, pero no le cubre todos los gastos y la institución debe buscar recursos para financiarse por otros lados.

- ¿Ya contestó el odontólogo?

- Nada. Luego intentamos de nuevo.

Y otra vez desde cero: ¿De dónde vamos a sacar un mecenas cuando aquí todo el mundo dice que no hay? ¡Que no hay! Hay Becas a la Creación Artística de la Alcaldía de Medellín. Hay Estímulos al Talento Creativo del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia. Hay Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia. Hay Estímulos a la Creación del Ministerio de Cultura.

-Pero el Estado jode como no ha jodido. Dice: vengan les compro una obra, un concierto, una pintura. Pero si vale 20 millones, la compran a 12. Eso es como ir a comprar un carro de 50 millones y decirle al del concesionario: 'ay no, yo le pago solo 30'. Pero no diga quién le dijo esto porque ayuda es ayuda y no me puedo poner a pelear con ellos. Si quieren un mecenas les toca devolverse en el tiempo porque sí hubo.

Hubo. Cuando Francisco Antonio Cano se quebró en París, en su Yarumal natal hicieron una fiesta para recoger dinero y enviarle para que él pudiera seguir estudiando allá. Cuando don Diego Echavarría Misas pagó los estudios de piano, en Europa, de Blanca Uribe. Cuando don Pablo Tobón Uribe pagó la construcción de un teatro en el Centro de Medellín. Cuando don José María Acevedo trajo artistas de la Scala de Milán solo por el placer de oír buena ópera. Cuando Coltejer tuvo un presupuesto para cultura mucho más grande que el que la Alcaldía tenía en ese entonces para lo mismo.

Rodolfo Pérez fue director del Departamento de Cultura de Coltejer entre las décadas del 60 y 70. Esa, la más grande empresa textilera de Colombia en ese momento, lo mandó a traer de España

para que dirigiera un coro con sus más de 20 mil empleados. Les montaron una sala de ensayo para que prepararan los conciertos. El primero fue de música del siglo XVI español.

-Hoy en día –dice- se estimula la vulgaridad. La época que me tocó fue excepcionalmente buena. Los viejos siempre decimos lo mismo, pero es que en realidad sí fue muchísimo mejor.

Pasaban cosas que ya no se ven: cuatro directivos de la compañía salían de ronda por las exposiciones de arte de la ciudad. Buenas, malas o regulares, eso no importaba. En cada una compraban tres obras sin decir ni siquiera que eran para Coltejer. Si un pintor se ponía en la tarea de hacer una exposición, pensaban en la compañía, había que premiarlo.

Y la biblioteca.

- ¡Ay, la biblioteca! Con solo decirles que fue administrada por computador antes que la de Berlín. Sin censura: teníamos *El Capital*, libros de educación sexual, y los curitas se escandalizaban. Preguntaban que si íbamos a prestarle esos libros a los que los quisieran.

Y en el otro lado apareció competencia. Fabricato, la otra empresa textilera importante de la época, quiso igualar a Coltejer: salones de artistas, programas sociales, patrocinios musicales. Parecían dos monarquías europeas agarradas por tener los mejores artistas. Por tener los empleados más cultos.

Hacéb también participó. Su fundador, don José María Acevedo, un hombre de pueblo que empezó vendiendo hornillas en Barrio Colombia, se enamoró de la ópera.

¿Que había que traer un cantante de la Scala de Milán?, pues la chequera estaba lista. Les pagaban a grandes concertinos del mundo sueldos que podían ser de 12 mil dólares, una cosa impresionante para esa época.

A don José María le gustaba tanto la música que cuando Rodolfo le contó que un miembro del coro, un empleado cualquiera de Coltejer, se iba a casar, él le regaló una cocina.

- Pero eso ya no existe. Que no y no y no -, repite Rodolfo.

Queda el odontólogo Don Leonel Estrada. El gestor de la Academia Colombiana de Letras, el presidente de la Sociedad de Antropología de la Universidad de Antioquia. El odontólogo que presidió la Junta Directiva del Museo de Antioquia y que fue miembro del comité asesor de la Bienal de Florencia. Él es el único que queda. Hombre, ojalá contestara.

Nueve de noviembre. Contestaron. Por fin hay noticias.

- ¡Qué se murió Leonel Estrada!

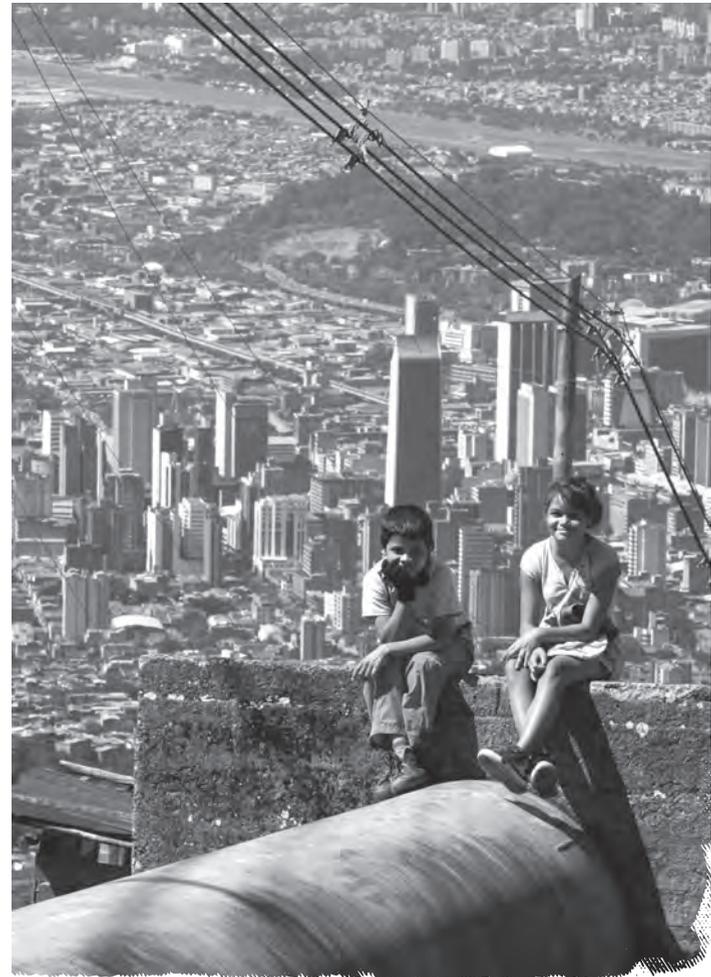
- ¡No jodás!

- No estoy jodiendo. Tenía 91 años, qué más querés.

¿De dónde vamos a sacar un mecenas cuando aquí todo el mundo dice que no hay? ¡Que no hay!, que hubo hace años pero que ya se fueron del país, que están sin plata, que ya están muy viejos.

Que ya se murieron. ■

... se busca mecenas





El Centro Comercial Palacio Nacional, antigua sede de los juzgados, es hoy es la gran vitrina de un tipo de moda en Medellín.  
Foto: Julián Roldán

Jacobo Franco  
Santiago Restrepo Vélez

En el Centro Comercial Metr poli, uno de los tantos mercados de Medellín donde se confecciona la moda popular, un grupo de mujeres que fabrica y vende ropa falsificada no solo crea las tendencias que consumen sus clientas. También inventa una vida nueva: destinos que se reconstruyen con la misma pericia y los mismos colores brillantes de los productos que ofrecen.

## Sexi, diva, nativa

La voz de Dios habla en su mente. Le dice que se tape las piernas. La juzga por vestir minifalda en la iglesia. Por vender ropa para putas. Por meterse con un hombre casado. Por desesperarse ante el retardo mental de su hija de 16 años. Gloria Gallego avanza en la fila por la hostia con el bolso adelante para que el sacerdote no vea como vistió hoy. Ella se comprometí con Dios a ir a misa de ocho todos los días, a la iglesia de San Juan Bosco cerca de su sitio de trabajo. Medellín ya es infierno desde temprano, especialmente en la zona del comercio más popular de la ciudad conocido con el nombre de El Hueco.

El sector se convirtió a finales del siglo pasado en un sitio lleno de negocios diferentes unidos por pasajes que formaban una especie de laberinto con múltiples salidas. Los habitantes del lugar empezaron a llamarlo "El Hueco". All  el que no está en la trampa se quema.



Cielo Gómez y Glen Ortega, cortador,  
en su empresa Manilla Woman.  
Foto: Santiago Restrepo.

A las cuatro de la mañana, Gloria abrió los ojos. Su ritual de oración cotidiano es de hora y media. Encendió la radio en la emisora cristiana Vida, 8.70, la voz de Dios en Amplitud Modulada. Despertó a Mónica para bañarla, vestirla y darle el desayuno: un jugo y una arepa con queso. Al alba, le llegó el momento de decidir qué ropa se pondría. No es fácil conservar el título de la mejor vestida del Centro Comercial Metròpoli: se puso las botas de piel de peluche, la minifalda negra traída de USA y la blusa divina en *animal print* de piel de cebra. Después de caminar un par de cuadras dejó a su hija donde la abuela y tomó el bus del barrio

La Milagrosa. Tras quince minutos de viaje llegó a su trabajo y al encuentro con el Dios que la rescató de la muerte.

Su almacén se halla en el Centro Comercial Metròpoli. Es un edificio estrecho de 6 metros de frente adosado a otros centros comerciales. Piso de mármol, luces de neón, pequeños negocios de dos metros de frente por dos de fondo en los que venden vestidos y zapatos. Parecen más bien una serie de nichos de ropa brillante, zapatos plataforma con colores y todo tipo de prendas para la dama que desee llamar la atención. Sin embargo, en el Metròpoli se ofrece tanto ropa importada o elaborada por grandes empresas como por pequeñas propietarias de una marca.

El camino entre la iglesia y el trabajo puede ser una verdadera tortura para Gloria, pero la conforta saber que no pasa inadvertida. Bajo el viaducto del Metro, los habitantes de la calle le gritan piropos vulgares. Un chacero deja su labor de organizar chicles y confites en su puesto improvisado de la acera para decirle: *así me la mandó el doctor*. Ella le regala una sonrisa. Algunos vigilantes abren sus ojos y aprecian sus atributos. Su cuerpo, rediseñado por cirujías de senos, caderas y nariz, ya se acerca al medio siglo, exhibe un caminar impetuoso y hace de la calle una glamurosa pasarela urbana sobre el asfalto.

Gloria no solo es una vendedora de ropa importada de China y de Estados Unidos, y prendas copiadas de marcas colombianas, sino también la modelo a seguir por sus clientas. Una *fashionista* de tiempo completo que ha cambiado de estilo con el pasar de los años. De camino al trabajo, cruza por el centro comercial Singapur, llamado como tantos otros del sector con nombres llamativos como Hollywood, Bombay y el El Tesoro del Hueco. Gloria recuerda con nostalgia cuando fue propietaria de un almacén de ropa para mujeres extrovertidas. No olvida a su madre cuando le aconsejó no abrir otra sede. No le hizo caso. Se

asoció con una amiga y ésta aprovechó que tenía el control del nuevo almacén para robarle. Se las ingenió haciéndose pasar por inexperta en el manejo contable del negocio. Por eso, decía, no llevaba los registros de las ventas. Gloria sospechó, y le pidió a una clienta de confianza que le comprara una mercancía antes del cierre de mes. Cuando llegaron a liquidar, no aparecía lo vendido a esta supuesta compradora. Encontró otras inconsistencias, asumió el control de los dos almacenes y se enteró del desfalco de 80 millones de pesos que la llevo a la ruina. En consecuencia, se vio obligada a cerrar ambos negocios.

Se detiene ante la imagen de un maniquí femenino de hombros remendados con cinta transparente. Dice sentir vergüenza de aquel cuerpo exuberante, lo compara con el suyo al que le invirtió siete millones de pesos en refacciones, sin incluir la cirugía de nariz regalada por un antiguo patrón. A pesar suyo se considera una mujer con tesón y dignidad. Ella viste siempre original y americano. Tampoco juzga, sabe que *la mitad del Hueco copia a la otra mitad del Hueco*.

La mayoría de las clientas de Gloria la visitan los viernes y los sábados cuando aún es temprano. Son prostitutas, estriptiseras y travestis. Buscan mostrar más allá del límite que traza la moral y deslumbrar con la mayor cantidad de brillo que puedan vestir esa noche. Ella sueña que Dios la ubique en otro lugar para no ayudar a que las mujeres se vuelvan prepagos o inciten a los hombres con esas ropas. De paso, para no tener que escuchar sus reproches en la cabeza.

¡Hola, mi amor!

Hola Gloria. Es que hoy tengo una vuelta por la noche y necesito estar muy espectacular.



Las vitrinas de los centros comerciales de El Hueco exhiben lo mejor de los originales y las copias.  
Foto: Julián Roldan.

Esta *pashmina* me llegó ayer. Te la podés poner como *estrapless*, así, sin nada por debajo. Con este *shorcito* dorado de lentejuelas. ¿No?

¡Ay no querida! Yo quería algo más farándula.

Mmm. Ponéte esta trusa negra con este trapo verde brillante como de danza árabe.

¡Ay... como que no!

¡Qué pesar! Vení dentro de quince días que me está llegando una mercancía muy divina de Los Ángeles. Volvés y te das una pasadita.

Al guardar los *shorcitos* dorados se recuerda a sí misma hace tres años, cuando también vestía como ellas, con faldas diminutas y blusas destapadas. Cuando conoció a aquel hombre ajeno por el que perdió la cabeza. Con los ojos aguados hace una oración en silencio. Para distraerse cambia las ropas de los tres maniqués de la vitrina. Entonces sube el volumen de la radio y acalla las voces internas.

### La copia de la copia

El centro comercial Singapur es un edificio de cinco pisos. El primero es similar a una pasarela en luces con neón, una bóveda de cañón y almacenes a lado y lado a manera de escaparates de ropa que exhiben sus maniqués con senos talla 38, sin cabeza o con pelucas mal arregladas, vestidos con ropa ligera llena de brillos. En el segundo, tercero y cuarto piso venden ropa al por mayor. En el quinto piso se comercializa y se confecciona ropa rediseñada. Las lentejuelas, satines y chifones se exhiben en las vitrinas. Las vendedoras se equiparan a los maniqués al no mostrar el pudor de sus evidentes atributos.

*Pregunte por lo que no vea, a la orden, en qué lo puedo asesorar.*

Visitan el Singapur mujeres solas, de a dos y mamás con sus niñas repletas de bolsas. Caminan tan lento como pueden, mirando a un lado, mirando al otro, pareciendo indecisas. Se detienen. Retroceden un poco para enfocar mejor. Fruncen el ceño. Avanzan, tocan las prendas, señalan, demandan. Posan ante espejos como si fueran modelos de revistas. Construyen sus identidades con prendas novedosas.

En el quinto piso del Singapur comienza el fantástico arte de rediseñar la copia de la copia. Las ideas son arrebatadas de un original o adaptadas para crear la moda popular.



En el Local 513, Diana Rendón da la orden de cortar la tela, especifica qué debe hacer la maquila, selecciona lo que se va a estampar. Diana, dueña de *Secret Fashion* a sus 28 años, cuelga el teléfono con tristeza. Cabello negro muy largo, blusita oscura, jeans ajustados, listón rosado, senos operados talla 36, lipoescultura y un metro y cincuenta y cinco de estatura.

Esta empresaria se define sobria, clásica, aunque en su camiseta brilla un *GUESS* en lentejuelas, de su riñonera otro en muranos y un corazón en brillantes recoge su madeja de pelo. El local es de nueve metros cuadrados. A este lugar le dicen el fogón

por el calor que crece con el transcurrir del día. Es un ambiente de decisiones rápidas. Aquí cada centímetro se optimiza. Puede decirse que es una de tantas pequeñas empresas de confección de ropa chiviada o trucha. Son prendas falsificadas de patrones de ropa de marca. Es fácil hacer ropa falsa, conseguir telas parecidas, o una moldura. La imitación debe llevar una pequeña modificación para venderse al por mayor.

A un costado una empleada incrusta al calor brillantes en cientos de blusas operando una máquina sublimadora que permite estampar o adherir pedrería liviana a las prendas.

Una pequeña empresa de confecciones no requiere de un gran espacio. Para la cadena de producción solo se necesita la mesa plana articulada para cortar las prendas. En la parte inferior se guardan las telas y otros insumos, unos entrepaños en la pared para almacenar lentejuelas y brillos, a un lado un espacio para el computador. La confección de las prendas se remiten a maquilas textiles, después se reciben para darles un pequeño acabado en la máquina sublimadora si es que el diseño lo requiere.

Un eslabón fundamental de este negocio es Sandra Cardona, la vendedora que trabaja para Diana. Ella tiene 26 años y se define como una mujer del comercio de tiempo completo. A sus clientes les lleva lo último que saca Diana. Está al tanto de la cartera para que la marca *Secret Fashion* pueda sobrevivir. Sandra le toma fotos a las prendas que se exhiben en las vitrinas de Studio F y en el centro comercial Metrópoli para mantener actualizada a su jefa.

Diana se sienta, se seca el sudor del rostro. Quiere entender mejor la noticia: las telas fueron mal confeccionadas en las maquilas. Eso significa que el rediseño se perdió y que la cadena colapsó. El error le puede costar unos 12 millones de pesos.

En el sector de El Hueco las clientas de ropa llamativa no se reconocen como grillas, tampoco tienen idea del concepto de

Sexi Divas Nativas que acuñaron los profesores Jorge Urquijo y Juliana Peláez para definir a las mujeres que lucen estas prendas.

El calor se torna insoportable en el quinto piso del Singapur. El ventilador le mece el pelo azabache a Diana. Glen Ortega, cortador y gurú a la hora de resolver problemas, tiende las telas y Tripichina las corta. Nada se detiene. Hombres y mujeres entran y salen con rollos de tela, con bolsas gigantes y facturas. Moldes en cartulina colgados en la pared, retazos en el piso, miradas largas. Aquí el drama humano se reconfecciona entre los dolientes.

Del local de al lado, Cielo Gómez otra pequeña empresaria textil y vecina, intenta tranquilizar a su compañera: *algo podrá hacer con las telas dañadas, no mija, no todo está perdido, hágale otra cosa y seguro que se arregla.*

Diana se hace la fuerte. Como aquel día que supo que su novio y socio la llevó a la bancarrota, con el almacén de tenis que tenían, cuando perdió 150 millones de pesos, ese fue su primer fracaso.

*Vos sabes -le dice Cielo- que también me ha tocado muy duro. Me robaron y me quebré. Mirá, aquí estoy parada. No me dejé caer a los 14 años cuando tuve a mi niña y me tocó aguantarme a todos en el barrio. Relajada que eso se resuelve.*

La blusa es del mismo color de los tenis: fucsia. Con Diana tiene en común la edad, la fortaleza y el ser ahora dueñas de sus marcas de vestuario. Cielo, la niña-madre, no olvida los juicios de sus vecinos de Santo Domingo cuando la supieron preñada. Cuchicheos en un barrio con casas como botones dispares que se pegan a las laderas de la montaña, habitadas por familias campesinas que dejaron atrás sus tierras para huir de la violencia.

Cielo fue humillada, expulsada del colegio por quedar embarazada. Pero ganó una tutela y logró su cartón de bachiller. La marca *Manilla* la copió de la etiqueta de un tarro de pintura y le agregó la palabra *Woman: Manilla Woman*. De sus inicios con

su socia en este negocio sólo le quedó la estatuilla de Marianito, un beato milagroso que no alcanzó a protegerlas de la quiebra: *no fue por el desamparo del santo, sino por desorganizadas, porque este negocio es de mucha puntada fina.*

*¿300 unidades, Glen? ¿Eso no son muchas blusas? Vea lo que le pasó a Diana. Si me va mal, pierdo 30 millones de pesos.*

*Relajada que le va ir bien, le dice Glen.*

*Tranquila gorda, confié en Glen que a fin de año todo se vende-* dice Cielo a Melissa, otra empresaria de 25 años.

*Cómo Diana -remata Cielo- que sacó esa blusita que fue un éxito y vendió más de las mil unidades. Hágale gorda sin miedo que en temporada se va lo que saque.*

Melissa Gómez es la menor de las tres. En común tiene con ellas ser empresaria de vida remendada. Se diferencia porque nació en una familia más pudiente. Se crió con su abuela al viajar su madre a los Estados Unidos tras la muerte violenta del esposo. Melissa se asume como negociante nata. Ya en el bachillerato se costeaba todo vendiendo dulces y accesorios de fantasía a sus amigas. Estudió mercadeo y empezó a traer mercancía de la zona libre de Panamá. Por eso conoce a medio Hueco.



Gloria Gallego en su almacén Menta del Paseo Real Metropoli.  
Foto: Julián Roldán.

Las jornadas son de nueve de la mañana a nueve de la noche si todo sale perfecto. Por eso Melissa sólo quiere trabajar en el fogón un año más. Sueña casarse con su novio ganadero, tener hijos, vivir con menos prisa. Aunque un día pensó en estudiar una carrera profesional, Diana la convenció de no hacerlo para invertir esa plata en el negocio.

Paradójicamente, ninguna de las tres empresarias se ponen la ropa que re-diseñan.

## Gloria y su soporte espiritual

Cuando estafaron a Gloria, hace unos tres años, ella pensó que no iba a sobrevivir. Quería suicidarse porque no encontraba la manera de pagar los 80 millones que debía. Tampoco estaba dispuesta a compartir al hombre que amaba. Tres meses vivió con su hija sin servicios públicos, ni agua, ni luz, ni teléfono. El hombre casado la abandonó cuando la vio sin un peso. Lloraba de rabia haciendo aseos para otros y oraba: *ayúdame señor que yo no la tenga que repartir.*

Planeó varios tipos de muerte. Un día su vida cambió. Gloria afirma que fue un milagro. Le llegaron 15 millones de pesos de un cliente que la llamó a través de un desconocido y le entregó el dinero. Ese día decidió dar su vida a El Señor. Empezó a ir a misa y orar tres veces todos los días, a diezmar, a ir a un *subuthi* donde los árabes le limpiaron el alma y le enseñaron a meditar.

El locutor de la emisora anuncia las ocho de la noche. La mayoría de los locales de Metropoli ya están cerrados. A Gloria

le duele el estómago por no haber almorzado. La vejiga le pesa. Luego de un pasado de robos y estafas no quiere descuidar el puesto un instante. Guarda los maniqués y la vitrina. Cierra la reja, corre hacia el baño. Afuera la noche avanza. El infernal caos diurno ha cedido al infierno de la Medellín noctámbula. Camina de prisa anhelando el abrazo de su hija. Entre tanto, piensa en qué ropa se pondrá mañana. Mira hacia atrás y descubre por primera vez lo linda que es la cúpula de bronce del Palacio Nacional, un edificio de estilo románico convertido en centro comercial para las modas populares. Se le ocurre que sus clientas son princesas en busca de un poco de brillo.

Al pasar por el centro comercial Singapur, se topa de nuevo con ese maniquí remendado. Con ropas lindas, cuerpo exagerado y remendado. Quizá piensa en cuánto tienen ambas en común. ■



Máxima extensión. Federico Zapata en ensayo de la obra Middlesex del coreógrafo Peter Palacio.

María Claudia Mejía  
Jorge Caraballo Cordovez

Federico llegó a Medellín desde Belmira para estudiar ingeniería forestal. Su destino cambió cuando asumió su vocación y se entregó a la danza contemporánea. Su talento conquistó a maestros, coreógrafos y público. Solo su madre se resistió durante años a ese nuevo hijo atravesado por el arte, la belleza y la diferencia. La historia de Federico es también la historia del pedregoso camino para ser bailarín profesional en Colombia.

## “Me sacó a bailar el destino”

### Entrada

Aquí bailar parece una ironía. En la penumbra, bajo el puente, los indigentes descansan, cocinan, se drogan. Huele mal. El ruido de la autopista es arrítmico, los motores ensordecen. Federico está nervioso; sabe que es un intruso. Solo conoce el lugar porque ha visto desde lejos cómo los ladrones corren hasta aquí para esconderse. A pesar del miedo, se acerca a un anciano que duerme en un rincón. Antes de agacharse y tocarle el hombro, el perro del viejo ladra.

– Disculpe, señor -dice Federico con delicadeza- voy a hacer una presentación aquí, y le quería preguntar si usted me puede prestar su espacio.

El anciano, desconcertado por los ladridos del perro y el hombre vestido de novia que acompaña a Federico, grita:

– ¡Este lugar es mío, acá se murió mi hermano y nadie me va a sacar!

La limpieza del gesto sencillo.  
Taller de danza en los patios  
interiores del Museo de Antioquia

Federico y Wilson se excusan y se alejan rápidamente. Deciden ensayar una escena de la coreografía que ocurre en la manga, junto al puente. A simple vista el terreno promete ser amable, pero descubren que está plagado de hormigas, basura, mierda humana, vidrios y carbón. La presentación es en un mes y tienen que ensayar: así que Wilson danza, y Federico lo dirige.

El anciano los ha observado todo el tiempo y, al final, cuando ve que están por irse, se acerca y les pregunta:

– ¿Ustedes por qué vienen a bailar acá? ¿No les da asco? Me gusta cómo se mueven, y a usted se le ve bien ese vestido. Yo también soy gay. Si todavía quieren, les presto mi rincón.

Los bailarines sonrían y vuelven, cada día, durante un mes, a practicar allí. El vestido de Wilson se irá ensuciando, rasgando, hasta confundirse con los de quienes los rodean. Aunque no tardan en familiarizarse con ellos, pocos comprenden por qué dos de los bailarines más talentosos de la ciudad están practicando en ese lugar.

\*\*\*

## Estiramiento

Es inusual encontrar bailarines como él en Medellín. Federico Zapata tiene casi todas las condiciones físicas que se necesitan para hacer parte de cualquier compañía de danza en el mundo:



mide 1.80 metros, pesa 69 kilos; su musculatura es alargada y flexible, tiene buenas extensiones, memoria coreográfica, empeine natural, fuerza, fluidez en el movimiento, excelente percepción espacial y equilibrio. Tiene, sobre todo, la mente de un bailarín.

Manifestación espontánea y significativa de la cultura nacional, en Colombia la danza como profesión es reciente. No hay un patrón corporal dominante: la diversidad de estaturas, pesos, contexturas, hacen de esta tierra un campo ideal para distintos tipos de danza.

Hoy existen cerca de ochenta escuelas de danza en Medellín, pero pocas pretenden formar bailarines profesionales. Generalmente los que se inscriben en clases de baile lo hacen pensando más en ejercicio físico, en diversión o entretenimiento, pues ni la ciudad ni el país tienen una tradición de bailarines como ocurre en Europa o Estados Unidos. En esos lugares se enseña de todo, y el colombiano tiende a asimilarlo rápidamente: ballet clásico, hip-hop, danza contemporánea, jazz-dance, folklor, break dance, danza afro-contemporánea, salsa, tango, flamenco. En solo dos años se ha triplicado la cantidad de cursos y espacios para el baile en la ciudad.

Hace un par de décadas, un grupo de jóvenes decidió que no querían hacer algo distinto a bailar. Esa generación, formada por personajes que siguen siendo tutelares en el contexto de la danza en la ciudad, es la que ahora forma a los jóvenes como Federico, la que enseña que desde la danza se puede conocer la ciudad, aprender a leerla y moverse armónicamente en ella.

\*\*\*

## Primer movimiento: Búsqueda

Federico creció en un pueblo sin saber nada de su padre, asesinado en 1990 cuando él tenía un año y medio. Si preguntaba por su papá, su madre, María, esquivaba el tema con malhumor y silencio.

Belmira está ubicado en la Cordillera Central, a 2550 metros sobre el nivel del mar, y 66 kilómetros al norte de Medellín; es de clima frío y tiene una economía basada en el ganado lechero y el cultivo de truchas. María le decía a su hijo que el padre subsistía con lo que le dejaban unas vacas, como la mayoría de los habitantes del pueblo. Después le contó que además de vacas tenía una quesera; y casi como una confesión, a los doce años, terminó contándole que también tenía una flota intermunicipal de vehículos para transportar mercancía. Entonces, se arrepintió de lo dicho y el tema volvió a ser tabú.

– Lo que contaba María me parecía muy raro, yo sabía que me estaba ocultando algo. Quise seguir buscando por otro lado, porque en una mano tenía un libro escrito con la historia de mi madre y su familia; y en la otra, una página en blanco donde quería leer la de mi papá.

Una madrugada, mientras ayudaba a su madre a preparar comidas rápidas en el parque del pueblo, Federico conoció una mujer que tenía contactos con su familia paterna y, en secreto, pidió que le diera sus datos. A la semana siguiente llegaron a Belmira dos hermanas de su padre y con ellas, discretamente, llegó la verdad.

1990 fue el tercer año más violento en la historia de Medellín, con una tasa de 312 homicidios por cada cien mil habitantes. En 2011, para comparar, la ciudad más violenta del mundo fue San Pedro Sula, en Honduras, con 158 homicidios por cien mil habitantes, casi la mitad de la que se registró durante la guerra entre

Ensayo en el escenario  
del Teatro Metropolitano.  
El día a día del oficio.

los narcotraficantes del Cartel de Medellín y el Estado colombiano a comienzos de los noventa.

Cuentan las hermanas de Rodolfo, el padre de Federico, que ese año recibió por teléfono una amenaza: se tenía que ir de Belmira. Al parecer sus vehículos estaban siendo utilizados por un grupo armado para transportarse de un pueblo a otro. Rodolfo sólo le informó a su esposa que tenía que ir a Medellín a resolver asuntos urgentes, y que en un par de días volvería al pueblo por ella y el niño, para abandonar juntos el país. Pero un día antes de que eso sucediera iba en un taxi a cerrar un negocio en un barrio de la ciudad, cuando dos sicarios lo cruzaron a balazos. Murieron él y el taxista.

María se quedó en Belmira, madre y viuda a los veintitrés años, dueña de una casa enorme, sin estudios, sin saber trabajar. Desde entonces se obstinó en educar a su único hijo con una disciplina marcial. Lo levantaba a las cinco de la mañana, lo metía bajo un chorro de agua fría, le daba jugo de naranja y lo sentaba en el comedor a estudiar. “Usted va a ir a la universidad, usted va a ser el profesional de la familia”, le repetía a Federico como una orden, y él, dócil, obedecía.

\*\*\*



## Segundo movimiento: Descubrimiento

Quizás gracias a esa disciplina impuesta por su madre, Federico soporta hoy jornadas intensas de entrenamiento con naturalidad: clase de danza contemporánea de nueve a once de la mañana; ensayo o montaje de alguna obra hasta las doce y media; descansa en el almuerzo, y a las dos de la tarde continúa el ensayo hasta las cinco. Hora tras hora, de lunes a domingo, se repite la misma rutina en el escenario del Teatro Metropolitano de Medellín, o en un salón subterráneo que el teatro dispone para Danza Concierto: la única compañía de danza contemporánea en la ciudad que cuenta con oficina, lugar propio de ensayo y patrocinadores.

Luego de estudiar por veinte años en las mejores academias de danza moderna en Estados Unidos, el bailarín y coreógrafo barranquillero Peter Palacio llegó a Medellín, invitado por un grupo de academias interesadas en fundar lo que sería la primera compañía profesional de danza: el Ballet Metropolitano. El proyecto fracasó en un año, pero Palacio se quedó en la ciudad y fundó Danza Concierto en 1990, el año en que Federico perdió a su padre y aprendió a caminar. Ahora, como director y maestro suyo, es quien se encarga de que ese cuerpo blanco y delgado se exija cada día más.

En la joven historia de la danza contemporánea en Medellín, Peter Palacio es uno de los protagonistas. Además de los montajes que ha realizado dirigiendo su compañía, fue quien organizó el Festival Internacional de Danza en Medellín, único en el país, entre 1996 y 2006. Gracias a ese festival, una generación de bailarines jóvenes tuvo la oportunidad de conocer compañías de danza internacionales y confirmar con ellos su vocación: la danza no era una alternativa o un hobby para el tiempo libre; era lo único que querían hacer, el lenguaje del cuerpo para expresar su sensibilidad.

Muchos de ellos estudiaron en Medellín, luego salieron a completar conocimientos en otros países regresaron para apostar a su propio proyecto creativo: dar clases por todas partes, bailar y “coreografiar”; verbo nuevo, para ellos, que significa crear piezas de danza. Abrieron espacios para promover la danza contemporánea en muchos ámbitos: talleres en universidades, clases en museos vacíos y casas abandonadas, obras en la calle, parques, pequeños teatros. Hoy son los maestros y referentes de los bailarines en la ciudad: Beatriz Vélez, Norman Mejía, Wilson Cano, José Florez, Martha Echavarría, María Claudia Mejía, Henry Lou, Lina Villegas, entre otros.

\*\*\*

Federico llegó a Medellín en 2005 con la intención de ser ingeniero forestal en la Universidad Nacional. Un día, encartado con los pesados libros de cálculo, encontró en un cartel su verdadera vocación: Audiciones para el Ballet Folklórico de Antioquia. Hasta ese momento no se había tomado la danza como algo más que una diversión ocasional en el pueblo, donde daba clases de aeróbicos. Olvidó sus responsabilidades con la ingeniería y pensó en presentarse.

Conocía un par de amigos bailarines de tango que lo empujaron a dar el salto: “A usted le va bien en esto, hágale a ver”. Cuando llegó a la audición, el profesor que dirigía la prueba, Andrés Arbeláez, no tardó en fijar su atención sobre ese cuerpo que estiraba las piernas en el salón, y que trataba de seguir las indicaciones, ubicarse en el espacio, pararse de algún modo.

¡Natividad vení, mirá!–, gritó Arbeláez a la profesora cubana Natividad Premier.

Ella vio, entonces, cómo su colega sostenía el pie de Federico, perfectamente estirado en punta pronunciando un arco maravilloso, que en el argot de la danza suele llamarse simplemente “empeine”. Federico tenía por naturaleza uno de los tesoros más preciados para cualquier bailarín, uno de los más difíciles de construir en el entrenamiento si la genética no lo provee. Cuando cuenta esa historia, Federico resume la epifanía del instante:

– Ese día descubrí que tenía pies.

Abandonó la ingeniería, pero conservó la idea de ser un profesional. Por eso entró a la Licenciatura en Educación Básica en Danza de la Universidad de Antioquia, creada en 2004 por los bailarines Beatriz Vélez, María Claudia Mejía y Carlos Henao,

junto a un grupo de profesores de la universidad. A la primera cohorte se presentaron casi 150 candidatos de Medellín, el Área Metropolitana, pueblos de Antioquia y otras ciudades del país.

Ese primer impulso tuvo el soporte, la fuerza y la flexibilidad de uno de los coreógrafos más importantes de América Latina: Luis Viana, venezolano, formado en la reconocida escuela de danza Merce Cunningham de Nueva York, conocedor de Medellín gracias a que Peter Palacio lo invitaba regularmente a presentarse en la Temporada Internacional de Danza y a bailar en las producciones de Danza Concierto. Luis llegó como coordinador principal de la Licenciatura e imprimió su sello a los profesores. Entre ellos estaba Andrés Arbeláez, el mismo que en la segunda cohorte vio con agrado que uno de los admitidos fue Federico Zapata.

\*\*\*

– María, venga y nos tomamos algo en el centro, tengo que hablar con usted–, le dijo por teléfono Federico a su madre cuando quiso contarle que hacía dos años había cambiado la ingeniería por la danza.

Como siempre, María llegó del pueblo maquillada, con el pelo cepillado, de tacones y vestido largo. Se encontraron en una cafetería y, sin rodeos, Federico le informó:

–Vea, las cosas son así. Yo ya no voy a estudiar más ingeniería, ya cancelé. Yo lo que voy a hacer es bailar. Si quiere la invito a ver una clase.

María no acertó a decir nada, se quedó en silencio, desubicada. Era la segunda sacudida que Federico le provocaba en poco tiempo. Un par de meses antes, le contó que le gustaban los hombres y con esta nueva noticia terminaba de derrumbar lo que ella esperaba de él.

Aún así subieron a la sede del Ballet Folklórico de Antioquia, ubicado en una ladera empinada del barrio Prado. María estaba angustiada. La disciplina con la que crió a su hijo por tantos años la condujo inesperadamente a esa casa, donde se preguntaba cómo le diría a sus amigas y familiares que Federico, desde que vino a la ciudad, se volvió gay y bailarín.

Apenas llegaron, se les acercó un grupo de jóvenes en trusa, sin camisa, contentos por la llegada de Federico. Ante esa imagen la madre sufrió un ataque.

– Mi mamá los vio, hizo una cara espantosa y bajó entaconada por las calles de Prado gritando: “¡No, no, ¿qué pasó con mi hijo?!”. Gritaba como loca y a mí me dolió, pero no salí detrás de ella. Tenía clase y entré llorando. Pero la hice.

Andrés, su maestro percibió sus ojos aguados, pero se encogió de hombros y espero a que se parara en primera posición al lado de la barra de ballet. Cinco, seis, siete, ocho: Tendu, flex, cierro, plié. Otra vez, lado izquierdo. Supplez: Alargo la espalda, baja el torso hasta tocar rodilla con nariz. “No”, se dijo Federico mientras hacía los ejercicios, “no cedo ni un ápice aunque me lo pida mi mamá: yo voy a hacer esto toda mi vida”.

\*\*\*

### **Tercer movimiento: Soporte**

Durante seis meses, Federico dejó de recibir dinero. Su madre no lo volvió a llamar. Se resistía a apoyar lo que a su parecer era un capricho. “Estudiar para bailar: eso no es estudiar”, fue una de las últimas frases que le dijo antes de regresar al pueblo.

–En el ballet, cuando llegaba a la clase, me encerraba en el baño y lloraba un poquitico. Después me iba en el bus llorando.



**Maestro y alumno se encuentran.**  
**Los bailarines Luis Viana y**  
**Wilson Torres ensayando un**  
**dueto de la obra Middlesex.**

Llegaba a la casa y otra lloradita en la pieza. Yo no sabía qué iba a hacer, estaba solo y no tenía cómo sostenerme económicamente.

En Medellín hay pocas opciones laborales para los bailarines. El 90% de los egresados de la Licenciatura de la Universidad de Antioquia se dedica a enseñar en escuelas de danza o gimnasios; algunos hacen presentaciones en discotecas y clubes nocturnos. Muy pocos reciben salario como miembros de una compañía de danza.

De la gran mayoría de bailarines dedicados a formar a otros, casi todos lo hacen en academias privadas. Tan solo un programa público ofrece oportunidades de formación para aproximadamente 450 niños y jóvenes de la ciudad. La Red de Danza, creada por la Alcaldía de Medellín hace nueve años, fomenta esta expresión artística a partir de tres géneros: ballet, danza folclórica, y danza contemporánea. Para los jóvenes profesores, enseñar en alguno de los catorce salones donde tiene presencia la Red es un privilegio bien pagado y uno de los escasos apoyos que reciben desde el sector público para vivir de su vocación.

En su mayoría son estudiantes de la Licenciatura a punto de graduarse o recién graduados. Tienen que lidiar con una realidad dura con poca experiencia de vida. La Red opera en todas las comunas de Medellín, incluyendo las más problemáticas, la 12 y la 8, que se miran frente a frente, de montaña a montaña. Han dado clases en salones mal equipados, con pisos duros y estrechos, sin equipo de sonido, a veces en la mitad del fuego cruzado. Bandas de delincuentes, fronteras invisibles, adolescentes que van a

clases y se miden con algún compañero de un bando contrario. Historias como la anécdota de una de las profesoras, sobre una estudiante adolescente que sacó un arma blanca en plena clase para vengarse de otra.

Eso desde la realidad social. Desde el punto de vista de la danza se cuestiona un modelo pedagógico que quiere meter en la disciplina marcial y europea del ballet clásico a niños y jóvenes cuyas realidades apelan a otras cosas: la realidad cultural de una Medellín que apenas entiende el arte como profesión, violencia intrafamiliar, violencia en su barrio, violencia y pobreza en su vida. También se cuestiona si lo que se pretende es formar mejores seres humanos o bailarines listos para una carrera profesional (o que tanto pueden convivir ambos objetivos).

Federico, por su parte, tuvo el privilegio de ser escogido por coreógrafos reconocidos para participar de sus obras. Con eso y un subsidio de la universidad pudo sostenerse mientras su madre asimilaba la situación.

Para hacer las paces con ella, la invitó a que lo viera bailar en un teatro. Era una obra de Fernando Zapata, un artista polémico por sus propuestas, que mezclan teatro con danza contemporánea. Escéptica, María del Carmen fue con una amiga y se sentó entre el público. Lo que vio en el escenario la dejó perpleja.

Yo entraba a escena desnudo, pero con una capa de crema de helado cubriéndome la piel, y una amiga encadenada me la chupaba. También comía tortas y las escupía, y me metía ojos de vaca a la boca. Yo sentí que dos señoras se pararon y se fueron.



No creí que fuera mi mamá. Cuando se acabó la obra yo era buscándola y nada, hasta que me sonó el celular.

Su madre y una tía lo citaron a una tienda. Y comenzaron con la cantaleta: que se valorara, que se respetara, que qué estaba haciendo de su vida.

–A mí esto me gusta mucho, y lo voy a hacer con su apoyo o sin su apoyo –les dijo.

Lloraron, pero la determinación de Federico Zapata estaba cerca de convencer a María.

–Ella me perdonó cuando me vio haciendo de sapo en la Noel. Yo todo achantado en una obra infantil y ella fascinada, con los ojos brillantes. No entendía cómo no le gustaba la propuesta artística de Fernando Zapata y sí verme disfrazado de rana. Pero es que a mí mamá lo que más le gusta es el caché, los grandes escenarios, la alfombra roja. Y entonces invita a las amigas y se vienen todas arregladas a verme. Por eso cuando vio que yo bailaba en el Teatro Metropolitano se maravilló, vio que era algo digno y empezó a sentir orgullo.

Peter Palacio habló con ella al final de una función y, aprovechando la emoción de madre, le dijo que la danza era algo irreversible, que Federico tenía un talento muy especial y que entre todos los que lo querían debían ayudarlo a hacer su carrera. Las palabras hicieron efecto. Al poco tiempo María se vino a Medellín a vivir con su hijo en un apartamento.

\*\*\*

## Cuarto movimiento: Salto y giro

Es 31 de octubre y el centro de Medellín está repleto de gente disfrazada: superhéroes, personajes de televisión, dibujos animados, piratas, heridos, momias, princesas. Al frente de las

tiendas reparten confites a los niños y el tumulto obliga a girar de medio lado para no chocar los hombros. Hay que dar pasos largos, pasos cortos, para evitar pisar a otro. Dar rodeos, esquivar los manteles con películas y libros copiados. Detenerse en el andén y esperar a que el semáforo esté en rojo. Cuidar los bolsillos de las manos ágiles que roban al distraído. Para moverse sutilmente entre tantos, hay que tener experiencia.

Siete años ha vivido Federico en la ciudad, siete veces lo han atracado. Cuando recorre las calles para tomar el bus o ir a clases de inglés, aprieta su bolso al pecho como si fuera un hijo. Avanza con la espalda recta, la cabeza en alto, atento, en una postura que señala su entrenamiento en danza y el temor a ser discriminado por su homosexualidad o a ser víctima de un nuevo robo.

Esa noche, entre los disfraces, recordó a su madre con una sonrisa, y evocó una antigua señal del destino.

– Cuando yo tenía cuatro años, en *Halloween*, mi mamá me llevó sin disfraz a la plaza del pueblo. Doña Silvia, una amiga, la regañó y le dijo que ella podía disfrazarme en media hora. Fuimos a su casa y en un momentico me convirtió: me hizo un tutú perfecto, me maquilló, me disfrazó de bailarina. Volvimos a salir y un tío me vio: “¿Quién es esa niña tan linda?”, le preguntó a mi mamá. “¿Cuál niña, no ve que es Federico?”

\*\*\*

El miedo más intenso de Federico es lesionarse y no poder bailar de nuevo. Ya estuvo incapacitado en una ocasión: nueve meses en reposo por una distensión de ligamento en el hombro, justo cuando su carrera como bailarín tomaba nuevos caminos. Acababa de ganar una Beca de Creación, otorgada por la Alcaldía de Medellín para montar y realizar su propia obra de

danza contemporánea: *La muñeca del bosque*, inspirada en un personaje popular de Medellín de los años 40 y 50.

*La muñeca* fue una loca e indigente que recorría las calles de la ciudad. Se cuenta que abandonó a su esposo, un maestro de escuela rural, por venir a Medellín esperando la llegada de Jorge Negrete, el actor y cantante mexicano. Era feliz, excéntrica, le gustaba mandar la mano a los hombres, levantarse la falda ante los jovencitos. Las mujeres adineradas la recogían de vez en cuando, la llevaban a sus casas, la bañaban, y la vestían con los trajes que habían pasado de moda. Por eso vestía sucia y elegante, llena de anillos, aretes, cubierta con telas y bufandas que alguna vez fueron finas. Vivía cerca al Bosque de la Independencia, lo que hoy es el Jardín Botánico, y hacía parte de la sociedad medellinense, hasta que un día desapareció.

Federico conoció la historia en periódicos antiguos y a través de ancianos que la recordaban:

– El personaje me llamó la atención y quise que mi primera obra estuviera basada en ella. La iba a representar a través de la danza y el espacio, pero entonces me lesioné y tuve que buscar a alguien que hiciera el papel por mí.

\*\*\*

La danza contemporánea difumina la frontera entre géneros. No importa si el cuerpo que baila es hombre o mujer. A diferencia de las danzas clásicas, en la danza contemporánea no hay jerarquías, no hay modelos o patrones: cada cuerpo, con sus condiciones, se entrena para expresarse a la medida de sus

posibilidades. Quizá por eso no es extraño que este género de la danza se abra paso en Medellín como opción de vida: hay un respeto absoluto por la naturaleza de cada individuo, cada cuerpo es único y se cuida para poder bailar día a día.

Federico no necesitó buscar una bailarina para interpretar a “La muñeca”. Le pidió a uno de sus profesores, Wilson Cano, que la interpretara. Los ensayos se iniciaron al cobijo del renovado Teatro Lido, sobre piso flotante de madera, el ideal para los bailarines. Allí estuvieron cuatro meses encerrados. Después estuvieron un mes probando giros y saltos donde sería la función, debajo del puente que hay donde ella vivió: el de la Avenida Barranquilla, al norte de Medellín.

– Era un espacio cochino, peligroso. Los ensayos eran interrumpidos. Muchas veces nos sacaron los policías, diciéndonos que ese era un lugar de alto riesgo y que no podían responsabilizarse por nuestra seguridad—, dice Wilson Cano, el hombre que sufrió en el cuerpo las hostilidades del terreno.

– Me corté mucho la espalda, me raspé las rodillas, me mantenía con las uñas negras y una molestia constante en la garganta por la polución. Todos los días llegaba a casa y me encerraba dos horas a bañarme. Pero lo más interesante fue la experiencia con los indigentes. Íbamos a ensayar y nos saludaban, nunca nos trataron mal, los niños sacoleros se sentaban a vernos, jamás nadie nos agredió. Uno veía prostitutas, jóvenes bien vestidos que se encontraban para pasarse paquetes, hombres heridos que pedían plata. Pero no éramos extraños. Para ellos era indiferente que estuviéramos ahí.

\*\*\*

## Último movimiento: Función

Esa figura delgada, nerviosa, tendida en un rincón bajo el puente. Arriba, solo separados por una capa de concreto, pasan buses, motos, camiones, carros. Ese ser, envuelto en trapos, se mueve despacio. Los labios están pintados de rojo intenso. Abre los ojos, la mirada está perdida. Se levanta. Es una mujer vestida de novia, el velo hecho jirones, calza unos zapatos de muñeca que alguna vez fueron rojos. Llena de hollín, se levanta, camina y se sienta al borde del puente a mirarse las uñas. Se arregla, adopta poses de adolescente mimada y sale corriendo: se va a casar. Las piernas largas y fibrosas dan zancadas por debajo del puente. Allí pasan las principales autopistas que bordean el río Medellín.

La novia cruza corriendo elegantemente los tres primeros carriles de la autopista y se queda en el camellón que los separa de los otros tres. Mucha gente la sigue: es el público convocado a mirar esta pieza de danza contemporánea, bailada en un espacio que puede ser todo menos convencional. Las miradas de esta audiencia, conformada por jóvenes bien vestidos, profesores universitarios, curiosos que pasan por el lugar, motociclistas que se detienen, siguen al bailarín que con movimientos rápidos, nerviosos y ágiles levanta una polvareda en el camellón. Cuando la nube de polvo desciende, los ojos del público tropiezan con los que están allá, al otro lado de la avenida: hay otro grupo de personas mirando, otro público disfruta. Nadie los invitó a ver la obra, porque en realidad la están haciendo en su propia casa, ellos son los que habitan siempre a la sombra del puente. Hoy celebran y asan chorizos al pie del río mientras contemplan a la *Muñeca del Bosque* interpretar su corte nupcial. El fenómeno estremece: se miran frente a frente las dos ciudades, quienes viven bajo los puentes y quienes los cruzan.

En medio de ellos, Wilson termina de debatirse contra el piso y cruza otra vez la peligrosa avenida. Regresa a la explanada llevando en sus manos una camisa de hombre. Es el fetiche de la Muñeca, la camisa de Jorge Negrete, el amor que nunca llegará.

Los movimientos de Wilson se alejan del estereotipo de la danza bella y estilizada. Combina grotescas maneras de caminar y saltar con dulces gestos que recuerdan a una mujer vieja anclada en su adolescencia. De vez en cuando ejecuta algunos pasos de baile que recuerdan los bailes en pareja de los campesinos antioqueños. Cuando en la obra se da cuenta de que su gran amor no vendrá, el personaje salta y gira en catarsis, un ataque de locura que solo puede mostrar con tanta veracidad un cuerpo bien entrenado bajo el mando de un artista. Wilson, el bailarín, parece enajenado, poseído por esa señora loca a quien no le importa si el piso mancha o lastima. Se revuelca en él, se arrodilla, lanza la camisa al aire y finalmente la entierra. Se tiende sobre el montículo como si fuera su cama. Se percibe su respiración agitada, su mirada de mujer. Al final, resignada, sale corriendo y se pierde sobre el puente.

La Muñeca, la loca, saltando en sus dos ágiles piernas, ha desaparecido. En el sitio donde la camisa está enterrada, sale humo. Allí, justamente esa mañana, quemaron llantas. En el taxi que lo lleva a su apartamento, saliendo del trance en el que encarnó a *La Muñeca del Bosque*, Wilson nota los quemones en la piel. Federico, a su lado, le agradece por interpretar de esa manera el papel que soñó para él. El estudiante y el maestro se alejan del lugar donde bailar duele, donde bailar deja marcas en el cuerpo. Bajo el puente los indigentes siguen tomando alcohol y asando chorizos. El público invitado ya se ha ido. Así se separan las dos realidades que por un momento unió la danza. ■

## Maestros editores

**Cristian Alarcón**, radicado desde hace más de veinte años en Buenos Aires, es autor de los libros *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (premio Samuel Chavkin a la Integridad Periodística en América Latina, otorgado por North American Congress of Latin American Authors) y *Si me querés, quereme transa*. Coordina talleres de crónica en Buenos Aires y otras ciudades de América Latina. Escribió en *Página/12*, *Revista TXT* y el *Diario Crítica*. Actualmente dirige la revista *Anfibia* de la Universidad Nacional de San Martín y coordina *Cosecha Roja*, la Red de periodismo policial de América Latina, ambas con apoyo de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Es el director del posgrado en Periodismo Cultural de la Universidad Nacional de La Plata.

**Patricia Nieto** es Comunicadora Social-Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Entre sus libros están *Llanto en el Paraíso* y *Los Esocgidos*. También *Jamás olvidaré tu nombre*, *El Cielo no me abandona* y *Allí donde pisé aún crece la hierva*, redactados por víctimas del conflicto armado colombiano durante talleres de escritura. Actualmente finaliza su doctorado en Comunicaciones de la Universidad Nacional de la Plata. Se desempeña como profesora asociada de la Universidad de Antioquia, allí enseña en el área de narrativa periodística. Ha sido nominada y distinguida con varios premios nacionales e internacionales, entre los cuales están el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio de Periodismo José Marí y el Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia.

## Cronistas

**Alfonso Buitrago Londoño**. Estudió Comunicación Social y Literatura Comparada en la Universidad de Antioquia. Ha publicado en *La Hoja de Medellín*, *El Malpensante* y *Soho*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y una Beca de Creación en Periodismo Narrativo de la Alcaldía de Medellín. Es profesor de Edición Periodística y hace parte del comité editorial del periódico *Universo Centro* de Medellín. En 2012 publicó *El hombre que no quería ser padre*, un libro que es un viaje a su propia historia.

**Lucía Donadio**. Es Antropóloga de la Universidad de Los Andes y diplomada en Literatura del Siglo XX en la Universidad Eafit. Escribe poesía y prosa. Es co-directora de la revista *Odradek*, el cuento. Dirige dos talleres literarios en Medellín: en la Universidad EAFIT y en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Ha publicado *Sol de Estremadello*, poemas, *Alfabeto de infancia* y *Cambio de puesto*. Como directora de *Silaba Editores* recoge las voces de los escritores de la ciudad.

**Alejandro González Ochoa**. Estudió Periodismo en la Universidad de Antioquia. Es autor de la compilación *Zoológicos Urbanos: historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo* y de la investigación periodística *Crónicas de Opio: testimonios sobre el escritor que quería ser gato*. Trabaja como docente en la Corporación Universitaria Minuto de Dios y como realizador en la Emisora de la Universidad Nacional de Colombia (UN Radio).

**Jorge Ignacio Sánchez Ortega**. Periodista de la Universidad de Antioquia y Magíster en Educación de la

Universidad Javeriana. Enseñando a redactar noticias se acercó a los procesos de producción de textos. Se declara activista comprometido con la democracia y la construcción de alternativas políticas plurales. Coordina el Sistema Informativo De La Urbe, laboratorio para la formación de periodistas en la Universidad de Antioquia. Dice tener el corazón en el cielo y los pies, generalmente, en la tierra.

**María Isabel Naranjo Restrepo**. Periodista de la Universidad de Antioquia. Es redactora del periódico *Universo Centro* y hace parte del comité editorial. Trabaja con *Publicaciones Semana* en su portal de cultura y entretenimiento PlanB.

**Carlos Mario Pineda Echavarría**. Cinéfilo empedernido. Lector de literatura y de teoría cultural, y asiduo espectador de teatro. Programador de cine en el Teatro Matacandelas y en Casa Teatro El Poblado. Formado en psicología y especialista en Gestión Cultural. Estudiante de Maestría en gestión cultural en la Universidad de Antioquia. Docente de cine, de humanidades y de ciencias sociales.

**Ana María Bedoya**. Periodista de la Universidad de Antioquia. Se ha desempeñado como reportera para *De la Urbe*, *Tinta Tres*, *Altaír Radio*, *Revista El Caminero*, *Revista Semana*; ha sido asesora del concurso *Voces y Silencios* de la Corporación Educativa Combos. Es autora del libro *De oro están hecho mis días*, Beca a la creación 2010. Fue ganadora de los premios Emisión 2008 en la categoría crónica con: *Cuando la Sangre Hierve*. Trabaja como corresponsal en Medellín para *Verdad Abierta*.



**Oscar Roldán Alzate.** Maestro en artes plásticas y politólogo de la Universidad de Antioquia. Desde el año 2008 es curador en el Museo de Arte Moderno de Medellín donde lideró la creación del Departamento de Curaduría y contribuyó a la gestión para la construcción de la nueva sede del MAMM. En el año 2010 fundó el Programa ALBO, plataforma de intermediación cultural que promueve proyectos *site specific* de artistas jóvenes colombianos desarrollados en la galería de arte de la Casa de la Música, en Medellín.

**Juan Pablo Tettay De Fex.** Egresado de Periodismo de la Universidad de Antioquia. Periodista con buena sazón y cocinero de buenas letras. Ha hablado con Ferrán Adriá, con Adoni Luis Aduriz, con Josep Roca, con Massimo Bottura, con Enrique Olvera, con Elena Arzak... pero nunca ha probado su comida. Espera, eso sí, sentarse a manteles algún día con uno de ellos.

**Daniel Alberto Gómez Roldán.** Sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana, Antropólogo de la Universidad de Antioquia y Cocinero de la Escuela Gastronómica de Antioquia. Se interesa por las cocinas regionales colombianas y su relación con la vida de las personas. A eso dedica sus clases en la universidad.

**Camilo Jaramillo Acevedo.** Es comunicador social-periodista de la Universidad de Antioquia. Su mayor mérito en la vida ha sido ser buen hijo, editar una revista con historias de su pueblo –Abejorral– y ganarse un concurso de cuento cuyo dinero invirtió en grabar un malísimo disco de rock que guarda con cariño en su biblioteca. Sobrevive escribiendo textos para revistas empresariales y cuidando la finquita de su padre en Abejorral.

**Ronal Castañeda.** Periodista de la Universidad de Antioquia. Ha desarrollado su trabajo entre el periodismo escrito, el audiovisual y el digital. El cine y la fotografía son otras de sus pasiones. Ha trabajado como periodista en la Corporación Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia, Medellín Digital, Coratioquia y en el Museo de Antioquia. Acaba de estrenar su primer documental: Luis Alberto Álvarez, un espectador intensivo.

**María Camila Vera A. Medellín.** Periodista de la Universidad de Antioquia. Solo le gusta escribir y por eso se pasa los días tratando de que las palabras cuadren. También le gustan las ballenas.

**Juan Esteban Agudelo,** Periodista de la sección de cultura del periódico El Mundo, en Medellín. No le gustan las autobiografías.

**Santiago Restrepo Vélez.** Es licenciado en Filosofía y Letras Universidad Pontificia Bolivariana, Especialista en hermenéutica y semiótica del arte y Magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia. Y también Candidato a doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de Historia del Arte en la Universidad de Antioquia y de Semiótica y Retórica del diseño gráfico en la Universidad Pontificia Bolivariana.

**Jacobo Franco.** Es comunicador social-periodista de la Universidad de Antioquia. Ha trabajado para Teleantioquia, la Empresa Antioqueña de Energía, Todelar, el Teatro Pablo Tobón Uribe y la Universidad de Antioquia. Actualmente es periodista de moda para Canal Une.

**María Claudia Mejía.** Bailarina, coreógrafa, profesora de danza contemporánea. Comunicadora social - periodista de la Universidad de Antioquia. Co-fundadora de la Licenciatura en Educación Básica en Danza en la misma universidad. Máster en Prácticas Artísticas Contemporáneas y Diseminación de la Universidad de Girona - L´Animal a L´Esquena, España. Ha obtenido premios a la creación, estudiado, creado y presentado sus obras en Colombia, México, Venezuela, España y Reino Unido, entre otros países.

**Jorge Iván Caraballo Cordovez.** Para graduarse como Periodista de la Universidad de Antioquia escribió tres perfiles de poetas colombianos contemporáneos, con el objetivo de mostrar su cotidianidad y su obra, y destacar la importancia de la poesía en la cultura. Cree que el periodismo narrativo, hecho con el rigor de la reportería y con la sencillez de las historias, es el mejor retratista de las culturas. Siempre le ha interesado compartir con otros su pasión por los libros y la literatura, por eso trabaja como asistente editorial y gestor de contenidos en Tragaluz Editores.

## FOTÓGRAFO

**Julián Roldán Alzate.** Estudió periodismo en la Universidad de Antioquia. Su trabajo de grado le implicó viajar varias veces entre Medellín y el golfo de Urabá en motocicleta para fotografiar como vive la gente en las márgenes de la carretera. Todavía espera un editor para su fabuloso trabajo. Se ha dedicado al fotoperiodismo y a la fotografía documental y colabora para diferentes medios.

Bogotá  
2012



MinCultura  
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD  
PARA TODOS

fundación  
Gabriel García Márquez  
para el nuevo  
periodismo iberoamericano

fnpi

Con el apoyo de:

Anfibia



UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN